

Cosmocápsula

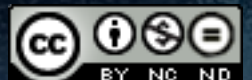
Nº 3

Revista Colombiana de Ciencia-Ficción

Mayo - Julio. 2010



www.cosmocapsula.com



Cosmocápsula N° 3

Revista Colombiana de Ciencia-Ficción

Mayo - Julio. 2010

Fundadores/Editores:

Antonio Mora Vélez, Dixon Acosta, Juan Diego Gómez Vélez, David Pérez Marulanda.

Comité editorial para este número:

Antonio Mora Vélez, Dixon Acosta, David Pérez Marulanda.

Agradecimientos especiales:

Corporación Universitaria del Caribe CECAR



Diseño y diagramación:

David Pérez Marulanda.

Ilustración de portada:

"Sirena"

por Lourdes Yadira Martínez Pimentel

<http://simplemente-yad.blogspot.com>

Nota importante:

COSMOCÁPSULA no se responsabiliza de las opiniones emitidas en esta publicación. Lo expresado en cada texto o imagen es responsabilidad única de su respectivo autor.

El logotipo de Cosmocápsula es de © David Pérez.

Se permite la redistribución de esta revista siempre y cuando se haga de forma íntegra, sin modificar su contenido, manteniéndose el archivo pdf como unidad sin extraer los textos individuales, y no se obtenga beneficio económico alguno.

www.cosmocapsula.com

Colombia. 2010

Índice

- Ir 4 Editorial "Encuentro Fractal 2010"
Juan Diego Gómez
- Ir 9 ¿Quién Diablos es Arthur Owen?
Fernando Galindo Gordillo
- Ir 17 Renacimiento Verde
Víctor Manuel Valenzuela Real
- Ir 24 Santuario
Carlos Ayala
- Ir 27 Ilustradora Invitada: Lourdes Yadira Martínez
Pimentel
- Ir 29 ¿UDB?
Juan Manuel Valitutti
- Ir 34 El Genio de Pi
Tito Contreras
- Ir 38 *Noli Me Tangere*
Antonio Mora Vélez
- Ir 40 La Pulsera de la Vida
Dixon Acosta
- Ir 42 El Cerrojo del mundo está en Butteler
Nestor Darío Figueiras
- Ir 51 La Ciencia Ficción en Colombia. Versión 3.0
Diego Darío López Mera
- Ir 55 El ADN del Mundo ¿Las Palabras?
Pequeñas Implicaciones Derivadas de "El
Orden Alfabético" de Juan Millas
Yesid Henao Pérez
- Ir 59 Razón de Cambios
Claudio Guillermo del Castillo Pérez
- Ir 62 Máquina del Tiempo con Físicos
Campo Ricardo Burgos
- Ir 67 Ketman
Manuel Jordan
- Ir 72 Poemas
Julián Pérez
- Ir 75 El Vidente
David García
- Ir 79 Una Cosita muy, muy Pequeña
Carlos Enrique Saldivar
- Ir 82 Lluvia de Plomo
Daniel Escalante Gómez
- Ir 84 Las Apariencias
Carlos Morales
- Ir 86 Reseña: "Antología del Cuento Fantástico
Colombiano" de Campo Ricardo Burgos
David Pérez Marulanda
- Ir 89 Reseña: "Posibles Futuros. Cuentos de
Ciencia-Ficción" Autores Varios
Dixon Acosta
- Ir 91 Novedades Editoriales

Editorial

Encuentro Fractal 2010

Juan Diego Gómez

Para esta nueva edición de la revista *Cosmocápsula*, no pude participar en el comité editorial. Estaba apoyando la preparación del segundo Encuentro Fractal, que tuvo lugar, al igual que en 2009, en el Orquideorama del Jardín Botánico de Medellín, el pasado mes de abril.

Fractal es el sueño de un par de jóvenes emprendedores, Quijotes, los llamo yo, Hernán Ortiz y Viviana Trujillo. Un sueño que comenzó hace varios años cuando tuvieron la idea de traducir y publicar algunos de sus cuentos de ciencia ficción favoritos, textos en la vanguardia del género. El resultado fue “Agua/Cero”, nueve historias de diversos autores anglosajones que, adelantándose al dilema del futuro del libro en la era digital, incluía como novedosa propuesta el acompañamiento musical con piezas escogidas para cada uno de los cuentos. Después vinieron las descargas fractales, lecturas de historias cortas seleccionadas por Hernán y Viviana, acompañadas de la sutil estimulación de los sentidos a través, ya no sólo de la música, sino también de algún aroma, una atmósfera, un holograma. Ante un grupo pequeño pero selecto, que se fue convirtiendo en público incondicional, se leyeron historias tan diversas como “Día Millón” de Frederik Pohl, “Engoogledos” de Cory Doctorow y “Flores de Invernadero” de Mike Resnick.

Para 2009, Hernán y Viviana se propusieron una meta más ambiciosa: ¿Por qué no invitamos a estos escritores que tanto admiramos? Así podremos tener un encuentro con ellos, saber qué

les inspira, qué les preocupa, qué nos espera de ellos para el futuro. En marzo de ese año lograron traer a los laureados James Patrick Kelly y a John Kessel, quienes nos demostraron que los escritores de ciencia ficción no son gente engreída e inalcanzable. Pero Hernán y Viví no se quedaron ahí, decidieron hacer un evento alrededor de esto que combinara la ficción con el arte, la ciencia y la tecnología. Así también vinieron Federico Witt, autor y administrador del Portal de Ciencia Ficción de España y Eduardo Carletti de la revista *Axxón* de Argentina, junto con expertos de nuestro país en diferentes disciplinas.

El reto para 2010 fue enorme, debían mantener la continuidad del Encuentro Fractal como un evento anual pero además mantener el alto nivel académico y de contenidos. Los obstáculos fueron muchísimos, tanto con las dificultades de patrocinio que implica la ley de garantías en un año de elecciones como con los inconvenientes relacionados con los invitados internacionales. John Kessel tenía todas las intenciones de regresar, esta vez en compañía de su amiga, la escritora Kij Johnson, pero Kij se lesionó un tobillo mientras escalaba y ambos tuvieron que suspender su viaje. La cyborg-antropóloga Amber Case tampoco pudo acompañarnos porque también tuvo un accidente con su tobillo, en el festival SXSW. Alex Beim, creador de artefactos interactivos, tuvo problemas de agenda cuando un compromiso con The Blue Man Group en Japón se cruzó con el evento en Medellín. La bioingeniera Reshma Shetty también tuvo inconvenientes de última hora pero afortunadamente pudo enviar en su remplazo al doctor Joey Davis. Finalmente, pocos días antes del encuentro, la erupción del volcán de Islandia obligó al experto en realidad aumentada, James Alliban, a cancelar su viaje.

Pese a todos estos inconvenientes, Fractal'10 sí se pudo realizar el sábado 24 de abril. El primero en presentarse fue el escritor de ciencia ficción y fantasía Daryl Gregory, nominado al premio Philip K. Dick por “The Devil’s Alphabet” y ganador del premio William L. Crawford por su primera novela, “Pandemonium”, que tiene lugar en un

mundo igual al nuestro, sólo que allí son comunes y recurrentes las posesiones demoníacas, pero los espíritus que se encarnan en los cuerpos de desprevénidos humanos pertenecen a celebridades muertas, como Sinead O'Connor y Philip K. Dick. Precisamente de Dick nos habló Daryl en su conferencia. Habló de la importancia y de la influencia de Dick en la literatura y en el cine, así como de su manera de hacernos dudar de nuestra cordura y de la realidad de nuestra realidad. Sus personajes se preguntan frecuentemente si ellos mismos están locos o si todo lo que les sucede es producto de su enferma imaginación. Algo de eso tiene el cuento "Máquina del Tiempo con Físicos" incluido en esta edición de *Cosmocápsula*, en el que las acciones de los viajeros del tiempo resultan tener un impacto mucho más personal que el esperado por ellos.

Después se presentó el doctor Francisco Lopera, experto en trastornos neurológicos y del lenguaje, quien habló sobre el cerebro y cómo éste se las arregla para comprender el mundo. Citó a Albert Einstein: "Lo más incomprensible del Universo es que sea comprensible" y de allí nos llevó a considerar lo desconcertante que es el cerebro humano. Nos habló de organismos primitivos, de las esponjas de mar, que a pesar de contar con todo el material genético para construir el cerebro, carecen de él. "Las esponjas sueñan con tener un cerebro para poder soñar".

También nos habló de los "perceptos", la forma como el cerebro construye representaciones de los objetos y acciones que observa en el mundo para poder comprenderlos. Algo así como las palabras de las que habla Juan José Millás en su libro "El Orden Alfabético", sobre el cual hay un ensayo de Yesid Henao en la presente edición.

¿Es el cerebro la cuna del alma? le preguntaron al doctor Lopera. Tal vez, respondió, el cerebro es el alma o de pronto el alma de un bailarín se encuentra en sus piernas y el alma de una cantante en sus cuerdas vocales. Una respuesta que nos transporta al texto que escribió Daryl Gregory para este encuentro fractal, "Digitalizándose", en el que

un hombre despierta un día y descubre que su conciencia se ha trasladado al dedo índice de la mano izquierda.

El tercer conferencista fue Paul D. Miller, un escritor, filósofo, músico y artista multimedia cuyo nombre artístico es "DJ Spooky, That Subliminal Kid", inspirado en un personaje de William S. Burroughs en "Nova Express". Spooky vino a hablarnos de William Gibson, un escritor para el cual el futuro ya se encuentra entre nosotros, sólo que está mal distribuido. Relacionó la novela "Neuromante" de Gibson con la "ilustración" europea de los siglos XVIII y XIX y la discusión sobre el racionalismo de filósofos como Kant, Berkeley y Locke. Fue incluso más atrás, al enfrentamiento entre la percepción Platónica del mundo contra el empirismo de Aristóteles.

Mencionó asimismo los objetos artísticos de realidad aumentada geolocalizados en la novela "Spook Country" de Gibson y cómo se relacionan con la idea del espacio codificado, el "scripted space" y como el mundo virtual se comienza a confundir con el mundo real. La obra de Gibson inicialmente se situaba en el futuro cercano y actualmente en el presente. Spooky explicó esta transición como parte de una tendencia en esta generación de escritores, el desencanto por el futuro que nos prometieron y no se presentó, se suponía que en el 2001 tendríamos bases permanentes en la luna y autos voladores, pero hoy hay una percepción pesimista del futuro, el calentamiento global y el colapso de la economía.

En la sesión de preguntas, Spooky retomó el concepto de "scripted space" en el sentido de que se trata de un espacio que es invocado por textos. En "Neuromante", existe toda esta realidad que es invocada por datos. Algo similar a lo que plantea el cuento "El Genio de Pi", publicado en esta edición, donde el número Pi es realmente una fórmula cabalística que, al ser pronunciada de cierta manera, invoca a una especie de genio que resulta ser un ángel, varado en nuestro universo hasta que el protagonista logre dar con el encantamiento que lo regresará a su plano espiritual.

Joey Davis cerró la sesión de conferencias de la mañana con su intervención “Programando ADN para diversión, Arte y Necesidades Humanas”. Explicó cómo la biología sintética no es una ciencia nueva, la humanidad lleva siglos modificando los organismos de su entorno, mediante la cría controlada, los cruces, los injertos. Hoy estamos cerca de hacerlo programando directamente el ADN, el reto es lograr que la nueva tecnología sea utilizada para beneficio de todos y no para causar daño, para lo cual considera de crucial importancia la democratización y el libre acceso a los conocimientos específicos. La empresa para en la cual Joey trabaja con la Doctora Reshma Shetty, Ginkgo BioWorks, ha logrado modificar la información genética de microorganismos para que huelan a banano o a menta. A futuro se podrá utilizar este procedimiento para la fabricación de combustibles, medicinas e incluso entidades macroscópicas. El objetivo en el largo plazo es, en lugar de construir una silla, programar las semillas de un árbol para que cuando crezca tenga la forma de una silla. Es la promesa de un mundo futuro más en armonía con la naturaleza, como el futuro postapocalíptico que nos plantea el cuento “Renacimiento Verde” en la presente edición.

La primera conferencia de la tarde fue sobre neuroingeniería y le correspondió al Doctor Juan Guillermo Lalinde. Nos habló de un mundo futuro, a mediados del presente siglo, cuando será posible trasplantar el cerebro de una persona a un medio mecánico. ¿Sería entonces la misma persona? ¿Seguiría siendo persona? Nos aclaró que a diferencia de la ciencia, que pretende comprender el mundo, la ingeniería se propone intervenir en ese mundo, así no seamos capaces de comprenderlo. La neuroingeniería no necesita conocer los porqués del funcionamiento del cerebro para las aplicaciones que hoy se están desarrollando: miembros artificiales controlados directamente por el sistema nervioso, filtros de las señales nerviosas para aliviar el mal de Parkinson y la eventual replicación de la mente humana en un computador, si esto no es en sí una imposibilidad

teórica. Mientras la ciencia se sigue haciendo las preguntas de fondo, la tecnología deberá seguir buscando alternativas para mejorar la calidad de vida, así no tenga todas las respuestas.

En la sesión de preguntas, Juan Guillermo Lalinde nos recordó que la tecnología en sí no es un problema, el problema aparece cuando le damos una cualidad que no tiene, cuando asumimos que las respuestas de los computadores siempre tienen la razón. Tenemos que mantener siempre una actitud crítica frente a ellos, que no son más que una herramienta para desarrollar el potencial del cerebro.

A continuación estuvo la segunda conferencia del doctor Francisco Lopera. ¿Qué nos diferencia de los demás animales? Nada, somos unos completos animales, nos dice el doctor Lopera. Nos recuerda que la capacidad de razonar no es exclusiva de nuestra corteza cerebral. Por ejemplo, el pulpo es un animal con cerebro aparentemente muy sencillo pero ha demostrado en experimentos altos grados de raciocinio y análisis. Sin embargo, admite que nuestra capacidad de construir representaciones verbales sí puede identificarse como una diferencia fundamental. El lenguaje nos permite abordar el mundo de una manera nunca antes vista en la historia de la evolución, especialmente desde el momento en que se inventaron los verbos y la capacidad combinatoria que se conoce como sintaxis.

El escritor Jeremy Robert Johnson habló sobre lo raro en la literatura, un género que se ha llegado a denominar Ficción Bizarra. Es un género transversal que acoge historias románticas, del oeste, ciencia ficción, terror, con la única condición de que sean increíblemente extrañas. Jeremy nos habló del renacimiento de lo extraño, de como la literatura y el arte en general lo desarrollan como una defensa metafórica que permita sobrellevar la presión excesiva del entorno: la amenaza nuclear, la catástrofe ecológica, las atrocidades de la guerra, el colapso financiero. Las raíces de lo Bizarro son diversas, desde el aliento radiactivo de Godzilla a la película

surrealista “Santa Sangre” del chileno Alejandro Jodorowsky y el cine de David Cronenberg. La era Bush disparó un resurgimiento de lo extraño en la cultura, la imagen lovecraftiana de Cthulu, la deidad inabarcable que te hace perder la razón de sólo mirarlo se convirtió en un ícono de culto, se hicieron populares el cine de terror japonés y los zombies devoradores de cerebros. El cuento “El Cerrojo del Mundo está en Butteley”, incluido en esta edición, no dista mucho del género bizarro y, por otra parte, “Ketman” es un recordatorio no tan metafórico de ese entorno cada vez más ominoso.

La siguiente presentación estuvo a cargo de Patricia Montañés, doctora en neurociencia cognitiva. Ella reflexionó sobre la relación entre el cerebro, el arte y la creatividad, nos aclaró que inteligencia y creatividad no siempre van juntas: contrario a nuestro esquema educativo que promueve el pensamiento convergente, la creatividad está asociada al pensamiento divergente y los estudios han encontrado que también lo está a la actividad de los lóbulos frontales del cerebro y a la generación de ondas alfa, aquéllas que se presentan cuando el individuo está relajado y sin estrés. La originalidad, la flexibilidad y el nivel de elaboración son elementos recurrentes en las personas creativas.

Genio y locura también han sido asociados a través del tiempo, muchos esquizofrénicos y otros enfermos psiquiátricos han sido grandes creadores. Presentó varios ejemplos de artistas que por lesiones cerebrales modificaron radicalmente la apariencia de su obra y de pacientes afectados en distintas facultades cerebrales que paradójicamente habían desarrollado su creatividad en una forma inesperada, como el caso de una mujer con trastorno degenerativo del lenguaje que se convirtió en una artista capaz de expresar la música sinestésicamente a través de la pintura.

El evento fue cerrado por DJ Spooky. Su segunda charla fue una presentación rica en efectos y contenidos multimedia, con piezas de los orígenes del cine, las primeras grabaciones de música, trailers de películas como “A Scanner

Darkly” y “Sleep Dealer” y mezclas de música realizadas por él en directo con una aplicación que desarrolló en conjunto con Apple para el Iphone. Para él, la ciencia ficción es el arte de las posibilidades, que te lleva al límite del mundo conocido y te conduce a zonas que nunca habías considerado posibles. Como DJ aclara que no se trata sólo de la música, sino la obsesión con la información: los DJs son archivistas, siempre buscando nuevos materiales, nuevos sonidos y, sobre todo, nuevas maneras de conectar todos estos elementos. La tecnología nos ha permitido capturar sonidos, congelar imágenes y acceder a percepciones imposibles para nuestros sentidos.

Spooky nos contó que los DJs tienen a su mártir en Stravinsky: este compositor fue encarcelado en los Estados Unidos por crear variaciones a partir del himno Americano. El futuro no se limita a la literatura y la música, involucrará el video y los videojuegos, con la posibilidad de hacer mezclas e interpretaciones colectivas que a la vez tomarán sonidos de nuevas fuentes inesperadas, tal vez de la secuencia del ADN o de los patrones eléctricos de la atmósfera. Contar historias y mezclar sonidos (las ficciones sónicas) implican la generación de una red de correspondencias, donde la constante es la diversidad y la apertura global.

JUAN DIEGO GÓMEZ VÉLEZ (1965)

Contrariando los planes de sus padres, nació en Bogotá un mes antes de lo previsto. Casi toda su vida la ha pasado en Medellín, donde se suponía nacería. Además tiene genes paisas y cartageneros, por lo que se define simplemente como colombiano. Asiduo lector de ciencia ficción desde que tuvo uso

de razón, apenas a principios de 2009 decidió compartir por escrito su pasión. También ha sido dibujante y animador y en un futuro, a lo mejor, escritor. Su alter ego es ingeniero electricista con especialización en organización industrial y regulación económica y, de momento, se gana la vida como director de proyectos.

Blog personal:

www.cienciaficcionsciencefiction.blogspot.com

¿Quién diablos es Arthur Owen?

Fernando Galindo Gordillo

I

Nunca supimos quién leyó por primera vez su nombre. A menudo suelo pensar que sucedió de manera simultánea y cuando escuchamos con detenimiento los testimonios advertimos similitudes, pero pronto sentimos la frustración de obtener una muestra únicamente parcial. Cuántos como nosotros habrá en algún lugar del mundo, guarecidos ante los desastres, ocultos entre extraños y añorando el pasado, temiendo el porvenir... He pensado... he sido ingenuo, lo sé. Después de haber ensayado cada uno de los artificios nos queda este. Y no quiero apelar a la piedad, no quiero armarme con lástima y conmiseración para que usted se compadezca y levante la bota de nuestro cuello, no; no quiero Arthur Owen, no quiero y parecerán estúpidas estas reflexiones más cuando ignoro si usted existe. Pero deseo pensar que es así, quiero pensar que usted es “alguien” y que su personalidad reprueba el melodrama, que admira la valentía y que no se dejará sobornar. Sé bien lo que estoy haciendo... y ahora pienso en que le hablo como si le hablará al ideal que tengo de hombre y le ofreciera lo único que mi pobreza y la del mundo permite, la verdad.

No resulta difícil de pensar que usted sabe con certeza lo que ha hecho. Quién si no es Arthur Owen conoce todos y cada uno de los pormenores de los acontecimientos que él propició. Entiendo que ante su mirada se descubre una panorámica inmensa que se desborda apenas comienza a concebirse: la infinidad de datos, cifras, fechas,

referencias, observaciones, apuntes, notas, páginas, volúmenes, bases de datos, videos, tonos, imágenes, fotografías, códigos, todo trasciende las cifras y quizá las posibilidades de cualquier intelecto humano. Entiendo que usted goza no tanto de la presencia absoluta y continua de estos elementos, sino de la posibilidad en cuestión de segundos de tenerlos a su alcance. Por eso quiero que lea esta historia, Arthur Owen, aunque sé cuán improbable es que salga de mis manos y llegue a las suyas.

II

Ese día decidí responderle a un amigo de inmediato. Después de contarle sobre los últimos reportes me detuve en un par de correcciones y cuando fui a enviar el correo en lugar de la dirección usual, apareció otra: arthurowen@hotmail.com. Pensé primero en un error. Guardé la información, cerré la ventana y comencé otra vez. Y sucedió exactamente lo mismo. De inmediato pensé en un virus, en un programa en la plataforma, incluso en algún daño en el computador. Olvidé el tema. Me encontré con un compañero, le conté. Esa tarde todo volvió a la normalidad.

Al día siguiente encendí el computador en la oficina, abrí mi correo y sin recordar lo ocurrido intenté enviar un mensaje. De nuevo en lugar de la dirección que escribí, apareció arthurowen@hotmail.com. Le pregunté a un amigo y de inmediato se comenzaron a reportar irregularidades por toda la red. Era claro: había un problema y ese problema no estaba confinado a una humilde oficina. Las páginas más visitadas fueron los principales blancos. Youtube.com presentó los peores trastornos: en la mañana los comentarios de las personas aparecían invertidos; a mediodía eran los videos; en la noche salvo los títulos y los comentarios todo el material era porno. Y resultaba difícil cerrar la página, resultaba casi imposible detener el video.

El escenario no variaba en otros lugares. De repente recibí un correo de un nombre familiar:

Arthur Owen.

Cuando leí que todos los correos que había enviado habían llegado con copia a su dirección electrónica no lo pude creer. Mis amigos también recibieron el mensaje y todos sin falta no dimos crédito a lo que estaba ocurriendo. Cuando partí de la oficina sospeché que sobre la red se había abierto una grieta supremamente delgada, acaso letal.

En casa advertí que **Youtube** había recobrado el orden a costa de mantenerse cerrada. Reparé en mi dirección personal de correo y noté que había varios mensajes que provenían de Arthur Owen: el primero contenía un mensaje que mi hermana le había enviado a mi tía contándole que todos estábamos bien, extrañándola mucho, pendientes de su llegada; el segundo era el comentario de un amigo en una fiesta que había incluido mi nombre en una lista de invitados. Ambos eran correos privados, que yo jamás había visto ni tenía por qué ver. Los periódicos y los motores de búsqueda trabajaban sin inconveniente, contando desde luego los tropiezos que había tenido durante el día **Youtube**.

La semana había terminado con dificultades en la oficina, pero albergué la esperanza como muchos bloggers que la situación tarde que temprano se normalizara. En la mañana del sábado encendí mi computador, reparé en la bandeja del correo electrónico y no advertí irregularidad alguna. Decidí mirar los comentarios en **Facebook**. Me extrañó que no entrara directamente, ajusté entonces el correo electrónico y escribí la clave una y centenares de veces: mi clave había sido alterada sin duda y ya había escuchado las mil y una bromas que se gastan cuando esto ocurre. Con seguridad en cuanto abriera mi cuenta mis datos estarían trastornados: de hombre pasaría a mujer, de “estar en una relación” pasaría a buscar embarazadas, también habría formado un grupo para salvaguardar los movimientos neonazis y por último había patrocinado el movimiento ultracatólico en aras de restaurar, toda vez que se necesitaran pruebas de esperma, las incisiones

testiculares. No hubo forma de recuperar mi clave; de repente en el espacio de la contraseña apareció un nombre: arthuowen. Y mi cuenta abrió. Por fortuna todo estaba intacto, sin embargo noté que la constante actividad de la página había disminuido de forma considerable, no tardé en sospechar que acaso yo no era la única víctima, quizá “arthuowen” podría abrir las cuentas de los demás. Y lo ensayé. Y abrieron... “arthuowen” era el “¡Ábrete, Sésamo!”.

En un par de horas la noticia apareció en los periódicos y en los portales. La caja de pandora se había abierto. Ahora cualquiera persona en cualquier parte del mundo podía tener acceso a los mensajes, guiños, apuestas, tests, pruebas, opiniones, formularios, clubes, datos, todo estaba a dos palabras de descubrirse. Pareciera que **Facebook** se hubiera vuelto transparente. De inmediato traté de borrar a la mayor velocidad los mensajes, sentí al principio que no había tiempo para que los demás revisaran mi cuenta y para que yo revisara las de los demás. Mi principal preocupación consistió en desmontar la mía y no dejar ni el “tag” de una foto rondando. Acaso el mío fue el mismo comportamiento de los otros... Quizá no, habría personas que apostarían primero a físgonear que a quitar. Quienquiera que deseara averiguar acerca de las citas y datos, de encuentros e intimidad, tenía las puertas abiertas con solo escribir dos sencillas palabras. La información en **Facebook** no me alarmaba. Hace tan sólo unos años el mejor amigo de mi hermano nos contó su versión del apogeo de las redes sociales: sostuvo que todas no son sino portales para transmitir información de mercadeo a las principales firmas del mundo, la única diferencia y el verdadero avance respecto al pasado, es que en esta oportunidad los formatos y las encuestas habían obtenido tanta calidad que ahora las personas los llenaban de forma voluntaria, sin recibir recompensa alguna. Habíamos llegado a la panacea del marketing, decía. Cualquier empresa estaría dispuesta a pagar millones de dólares por recibir una información tan vasta y completa. Y claro, sostuvo, toda vez que alguien está dispuesto a pagar, alguien está dispuesto a vender. En un

principio estas ideas me alarmaron. Luego comprendí que vivíamos en un mundo desbarajustado, pero con la firmeza suficiente para seguir. Sin embargo por una reacción acaso inconsciente, decidí emplear este tipo de páginas para buscar las fotografías de algunas personas y jugar tonterías, pero jamás escribir cosas serias. Estoy seguro, yo no era la excepción.

En cuestión de minutos surgieron desórdenes públicos. La policía tuvo que intervenir en el apartamento 611 de mi edificio. Yo quise mantenerme al margen. Los demás portales de internet no presentaron mayores cambios. Todas las redes sociales quedaron en cuestión de segundos desocupadas. Sólo sobrevivieron con la totalidad de sus datos las personas muertas. De resto si la página hubiera sido una ciudad se estaba convirtiendo en un vulgar pueblo fantasma, con un amplio y nutrido cementerio.

Después de pasar horas frente al monitor, el hambre me levantó. No podía dejar de mirar las noticias, de leer en los portales los comentarios, de examinar las claves y las preguntas de mi correo electrónico. Por doquier aparecieron las burlas al “Private Policy”, por doquier los periódicos registraban las pesquisas por este “terrorismo informático”. Nadie tenía idea de usted Arthur Owen; hoy pasados cuatro meses nadie la tiene. A lo largo de la semana los periódicos seguían registrando más y más casos producidos por el fenómeno de las redes sociales. Los fundadores rindieron testimonio y acudieron a la policía. Se tomaron medidas para controlar la situación, la mayoría, desde luego, sólo fueron mentiras.

Luego de tres días de presunta normalidad, aparecieron algunos indicios y el rostro de un par de sospechosos. Las conjeturas allanaron el territorio para que apareciera la localización exacta de los criminales. En la oficina no dejábamos de hablar de los casos que habíamos tenido en suerte. Hubo separaciones, peleas y, por extraño que parezca, reconciliaciones.

Un compañero del refugio insiste en que el gran

día comenzó en Junio 10, a las 12: 00 de la noche. Más allá de sus especulaciones, más allá de los mil y un casos que nos hemos contado, en la mañana del día siguiente lo mismo que le sucedió a **Facebook**, le sucedió no a los servidores de correo electrónico del mundo, sino a todas las cuentas que había en la red... todas sin falta abrían con arthurowen... y peor aún que eso, poco a poco a la manera de una tormenta infinita, llegaban a la bandeja principal correo tras correo hasta llenar decenas de páginas. No tardé en abrir uno y advertí que eran similares a los mensajes que había recibido en un principio: entre mis contactos, entre las personas allegadas ya fuera a mi cuenta en **Facebook** o a la lista de contactos de mi correo electrónico, cualquier mención sobre mí, con algunas cuantas letras similares a mi nombre, subrayadas en verde en estos mensajes, llegaba a la bandeja principal. El algoritmo en un principio arrojó cientos de equivalencias. Con el paso de las horas eran menos y menos, como si el buscador hubiera demorado indagando en cada uno de los lugares y hubiera encontrado una pista después de mucho tiempo en el rincón más remoto.

En ese instante me sentí traicionado y huérfano de cualquier institución. Toda la confianza que había depositado a lo largo de los años me pareció una ridiculez. Asaltado, pobre, desprotegido, no tardé en vislumbrar que en medio del peor de los problemas en la era tecnológica, la ética guardaba una esperanza, una solución. Pero caí. Sí, caí. Mientras más y más pasaban y pasaban los mensajes, yo albergaba la certeza de mantener un estoicismo a toda prueba. Sin embargo los organicé y encontré el repertorio de personas que de una u otra manera me habían mencionado, había cientos que desconocía o que sencillamente resultaban equivocados; esto no me desalentó. Pude leer sin embargo algunas menciones sobre mí que no debí leer nunca, que no debí leer jamás, que ocasionarían en un mundo caótico y desenfrenado más caos, más entropía, si es que esa palabra hoy significa algo. Leí un par de mensajes y lo descubrí por completo. Arthur Owen, usted cumplió el deseo de media humanidad y sentado en algún paraje desconocido, miró como esos deseos se

transformaban en el verdadero apocalipsis. Más de veinte mensajes de un par de años atrás descompusieron mi vida. Y en medio de la atmósfera más turbia, la humanidad herida de sí misma, debía arreglárselas para salir.

Era sencillo. En el peor de los casos debíamos apagar los servidores y en el mejor respetar la intimidad aun cuando tuviéramos las puertas abiertas. Pero esta herida no representaba un golpe tanto como una tentación. Por un lado era quedar desnudo y por otro mirar la desnudez de los demás. Durante esos momentos necesitamos separar el individuo de su función en la sociedad. No obstante, la posibilidad que tenía cualquiera era sobrecogedora e irresistible. Somos, es claro, el lobo. Lo único que usted hizo, señor Owen, fue quitarnos las cadenas.

Todavía conservo una editorial que quiero rescatar hoy para usted. Entiendo que fue leída por muy pocas personas, hubo un grupo que decidió repartirla en los medios de comunicación que seguían en pie a pesar del caos. La transcribo:

Todas estas dificultades únicamente nos dicen cuán fuertes somos. Los altercados no enseñan tanto la debilidad como el ímpetu. La pequeñez de nuestro corazón es ilusoria. Un ataque desarrollado con los avances más recientes de la tecnología, una furia titánica semejante a la oscuridad del universo, resulta débil frente a nuestros ideales. Estamos al borde de un holocausto, pero si conjuramos un par de llaves estaremos en el paraíso. La solución no la tenemos en las máquinas o en la programación. Que cada uno de nosotros obre según la máxima que exige su privacidad. Que cada uno de nosotros piense que dentro de sí mora el poder para detener este ataque. Nuestro sueño ha sido zamarreado, han vapuleado nuestras prevenciones, han minado la confianza: abrieron la armadura... nos queda lo mejor y lo más frágil. Probémosnos a la altura de estas circunstancias. Hagamos realidad la fe en el hombre. Que las cerraduras desaparezcan, que las claves se diluyan en dos tontas palabras, que sepan que la fuerza del individuo ante sí mismo es

superior a la fuerza de la humanidad sobre los demás. No condescendamos a perder. Mañana podremos vivir con las puertas abiertas de nuestro hogar, con la certeza de que estamos viviendo entre hermanos y de que hay un honor inmarcesible detrás de la palabra “humanidad”.

Apenas terminé de leer llegó una andanada de puños a mi rostro. La tranquilidad de la oficina se había resquebrajado. Yo también combatí, también vi, también tomé bando, también sospeché, también entré a otras cuentas... me mostré indigno. Y no me importó. Las noticias concernientes a las cuentas bancarias no me sorprendieron.

Ahora que escribo esto me parece inverosímil que estos acontecimientos hubieran sucedido en un lapso tan corto. Cada uno había sido puesto a prueba y había fallado... Esa noche usted nos dio una prueba más de nuestra ingenuidad: la información que con tanta diligencia habíamos desmontado en las redes sociales fue reincorporada de inmediato. Confiamos tanto en la palabra “borrar”...

III

Cuando se restituyó la información de las redes sociales no tardó en aparecer la infinidad de correos electrónicos que habíamos borrado a lo largo de los años. Las páginas que servían de bodegaje para los archivos sufrieron un ataque inmisericorde: los archivos depositados no dejaron rastro. Atribulado por mil problemas, jamás imaginé el caos desatado en el ámbito internacional. La información clasificada de los países, los registros y los tratos, las predicciones, la incertidumbre, las alianzas y el temor, la animosidad y la venganza, todos y cada uno de los elementos estaban al alcance de la mano. Como la mayoría de los ciudadanos mis nervios tomaron el control, los accidentes de tránsito se multiplicaron, los hospitales y las redes de salud fueron las primeras en colapsar; la red telefónica, con el paso de las horas, sucumbió.

Las horas se sucedían entre atropellos, hurtos y

caos. Necesitábamos ocultar los naipes en la mano, seguir sonriendo y mantener la información regulada con una censura metódica y exquisita, pero de repente nos forzaron a abrir el juego. Usted sabía que la guerra estallaría más por temor que por ambición, usted contaba con esa fuerza soterrada que desata la cobardía, esa sed de morder los puños del otro, de enterrar el puñal por la espalda. Eran tantos los escenarios que los países habían previsto, tanto los temores... que tomar la decisión de adelantar los ejércitos era cuestión de segundos. El pulso entre las fuerzas debía resolverse: unos atacaron porque sabían que los demás no se quedarían de manos cruzadas; otros porque habían descubierto los planes de sus enemigos, y le sumaron al alud de información más y más especulaciones, como si por azar les estuvieran vedados ciertos datos, justo los que indicaban cómo, dónde y cuándo, ya era claro el porqué. Aquellos atacaron primero porque sabían que no podrían atacar después, supieron que el sistema estaba destinado a colapsar rápido y en una situación semejante la precisión de David importa más que los músculos de Goliat.

Yo intuí un elemento exquisito Arthur Owen... el As escondido bajo la manga. La última vez que revisé mi correo electrónico me pregunté si todo cuanto estaba leyendo, todo cuanto estaba a mi alcance, no podía ser parcial... La médula de su ataque consistió en que era imposible verificar la información; la médula de su ataque era la posibilidad de infiltrar cualquier engaño... ¿Lo habrá hecho? ¿Era suficiente la verdad como para no avivar más la llama con unas mentiras?

Aquí la información comienza a ser precaria. Los detalles de las guerras se conocen parcialmente y mientras los ejércitos se enfrentaban por las costas, la mayoría estaba reducida a la simple y descarnada supervivencia. El ataque a los centros de información repercutió en el tipo de guerra que se estaba librando, la certeza de las órdenes, los canales de comunicación e incluso el software que había detrás de los lanzacohetes y de los misiles crucero, había sufrido un trastorno engañoso, presente, pero

casi imperceptible. Sin embargo la herida más extensa recayó en el sistema castrense: las órdenes entre los mandos quedaron entrecortadas, la comunicación era errática y el corazón de cada uno de los miembros estaba atrapado en la situación de su familia, en la suerte de los demás. Se rumora que los sistemas brindaron la confianza para movilizar las tropas y embarcaciones, pero toda vez que ensayaron la artillería pesada, fallaron. ¿Quién sabe hace cuánto tiempo estaba planeado este golpe, quién sabe con cuánta ventaja usted Arthur Owen habrá movido pieza tras pieza antes de aparecer en la superficie? Su nombre sonaba en la boca de los líderes políticos, de los generales, de los soldados... Usted era el enemigo: el ala terrorista de los gobiernos de izquierda, la facción radical de derecha, el estandarte del fanatismo más retrógrado, el resultado del peor de los libertinajes, "Arthur Owen" era el preámbulo de una batalla inaplazable, el primer movimiento de una invasión: sólo el nacionalismo podía haberlo producido, sólo el nacionalismo podía hacerle frente. La política mundial instó a su manera a capturar a los sospechosos usuales, por desgracia éramos todos.

La mayoría apiñó su vida en unas cuantas maletas. Ya no recuerdo cuándo las noches comenzaron a teñirse de escarlata. Los incendios comenzaron a abrasar las montañas de la cordillera; la lluvia de ceniza, mientras salíamos de la ciudad, era incontenible, constante, silenciosa. Los rumores entre los caminantes dibujaban un panorama todavía más desolador, algunos hablaban sobre la caída de decenas de aviones al mar, hubo rumores sobre una red de explosiones atómicas, cientos de megatones que produjeron el ardor más severo convirtiendo en polvo bases militares, ciudades y praderas. Hubo rumores sobre armas químicas y biológicas. Sí, señor Owen, el mejor escondite que la humanidad encontró para la dinamita fue debajo de la cama... Habíamos dejado entre la ropa miles de cuchillos y pensamos que con precaución jamás nos iríamos a cortar.

Los habitantes de la ciudad nos convertimos en un desfile disparejo de vagabundos entre los potreros, escatimando cada gota de agua,

guardando con celo la comida. En un pueblo nos recibió un escuadrón de aviones de combate regados por el piso, algunos clavados en la techumbre de una iglesia. Por los caminos sentimos la extrañeza de mirar el suave ondear del río frente a una empinada montaña convertida en antorcha. Por suerte jamás me ha tocado un bombardeo, los oigo, eso sí, y todas las noches siento la tierra estremecerse.

Cerca de una vereda levantamos un campamento. Éramos una misión de oficinistas y técnicos exiliados de su elemento natural, la ciudad. Nuestros conocimientos detallados de ventas y publicidad, la intuición que había desarrollado un inversionista en la bolsa y la perspicacia del diseñador de lencería, nos permitieron encender una hoguera todas las noches con dificultad. Presentábamos sin excepción una invalidez absoluta. La suerte deparaba qué comíamos, en ocasiones encontrábamos vehículos equipados por completo con enseres, alimentos y herramientas, a veces al lado de unos cuantos cuerpos había algunos enlatados. Pronto el campamento se convirtió en un puerto obligado. Supimos que este caos todavía traía más y peores repercusiones. Se habían formado grupos, se escatimaba el alimento, por doquier había extorsiones, enfrentamientos, combates, muertes, heridos. Supimos que al igual que nosotros varios grupos combatieron el caos no con el egoísmo sino con la generosidad. A falta de las comodidades usuales, que con el paso de los días parecían jamás haber existido, nos aprovisionamos de más historias.

Hubo un hombre, ya entrado en años, que hablaba de los descubrimientos que había hecho en la red. Consiguió ver antes del cataclismo las confesiones de su esposa a sus mejores amigas, todo cuanto pensaba de él, todo cuando pensaba de su vida marital, de la intimidad, de sus éxitos, de sus opiniones, todo cuanto clamaba por ternura y belleza, esos errores que parecía pasar por alto, esa presunta sinceridad; en suma el asco que sentía por él. El problema, decía, no era tanto afrontar una guerra de semejante calibre, era pensar que la

mayoría debíamos hacerlo con el corazón descompuesto de una forma u otra, por lo que hicimos, por lo que nos hicieron y aún peor, por cuanto dejamos de hacer. Acaso no lo pensó, pero luchar por la supervivencia tiene un don exquisito: no admite compañía, es ella y ya. Supuse que había rodado con suerte, porque después de todo ¿cuánto pesa el dolor por el odio soterrado de su mujer? Tres noches durmiendo mal, agua sucia, estreñimiento, mala comida y ese dolor se va... tal vez vuelva cuando duerma bien, cuando tome agua limpia, cuando pruebe un pedazo de carne tibio y tierno, cuando deje de temblar la tierra, cuando deje de caer ceniza, cuando se levante la mesa con mantel y cubiertos, copas de cristal, y sí, por qué no, unas cuantas velas...

Un chico nos dio la versión más completa de lo ocurrido en la cercanía de un pueblo. Después de semanas de recorrer los potreros, exiliados por un bombardeo aéreo, el personal de un hospital movilizó a cada uno de los heridos al convento que quedaba a las afueras. Muchas personas murieron en el camino, los médicos y las enfermeras hicieron su mejor esfuerzo y llevaron en sus hombros la responsabilidad que nadie más quería acatar. Cuando llegaron, las monjas no abrieron. El portón alto de madera dejaba abrir una ventana muy pequeña, que estaba guarecida por una celosía. Las hermanas no se dignaron a decir una sola palabra. Adentro había comida, eso era seguro, adentro había agua, porque había un pozo y dentro de los enfermos había uno que había trabajado en el convento: era el paraíso, decía. El portón seguía incólume. Los médicos tocaron, las enfermeras trataban de mantener la calma, hasta que ocurrió lo inesperado. La escuadra de aviones regresó. A lo lejos se escucharon las detonaciones: el sonido era estremecedor, las bombas, los misiles, las ráfagas. Y el alto portón de madera, quieto. Algunos enfermos comenzaron a rezar. Uno empezó a arrojar piedras. Los aviones seguían pasando. Todos rompieron en pánico y empezaron a forzar el portón. Los rezos se escuchaban entrecortados, interrumpidos, todos forzaban la puerta, incluso un niño con quemaduras en los brazos. El ruido de las turbinas se escuchaba más cerca, el aire estaba

viciado, lo único que se alcanzaba a ver era la puerta de madera. No, las hermanas dijeron que no podían abrir: algo le había ocurrido a la puerta. Los aviones empezaron a disparar. Había gritos, forcejeos, llantos, y una que otra persona seguía rezando. La escuadra siguió de largo. El aire tardó en aclararse un poco. El alto portón de madera finalmente cedió. Los sacerdotes y las monjas permitieron la entrada sólo de algunos enfermos, dejaron a muchos por fuera: no se podía, no había tanta comida, pero ¿qué se puede hacer? La puerta de madera volvió a cerrarse solemne, interrumpiendo cualquier llanto, cualquier excusa, cualquier cosa. Diez minutos después varios explosiones levantaron la construcción entera en llamas. Nadie pudo salir. Es probable que los misiles y las bombas hubieran estallado a destiempo.

Un joven que acababa de recibir su grado de Filólogo, nos contó cómo decenas de personas quemaron los jardines de los principales servidores de la red. Frente a un computador aparecían los comportamientos menos esperados, algunos miraban los monitores como una ventana que apuntaba hacia los restos de un viejo y entretenido pueblo que alguna vez fue. Un ingeniero nos presentó un menú variado y selecto de explicaciones sobre usted, Arthur Owen. Avezados ya en las hipótesis más llamativas, escuchamos con interés en busca de novedad. Pensamos que detrás de su nombre no había tanto una persona como una organización, porque la red no estaba en un solo lugar, no era una suerte de matriz generadora que alimentaba a todos y cada uno de los equipos, su fortaleza radicaba en no ser así; pensamos que la red había sido superpuesta a la red convencional, alguien con un grupo de servidores casi ilimitado había copiado la red para desmontarla paso a paso desde la comodidad de sus equipos. El ingeniero nos habló de algunos descubrimientos matemáticos en torno a la descomposición de los números primos, nos habló de varios códigos de seguridad que podrían violarse de este modo, virus que inoculaban comandos absurdos, virus cuyo efecto era la repetición continua, virus que producían bucles. Cada quien sentía que podía aportar algo.

Estas explicaciones nos animaban, nos sentíamos detectives advirtiendo cada una de las pistas, al rato, en la noche, recuperábamos el sentido: nos acostábamos con la seguridad de que nada se podía hacer.

El paso de los días exhibió más atrocidades. Una compañera siempre pensaba que la humanidad había sido bañada en polvo sin darnos cuenta, nos habían revuelto la ropa, nos habían ensuciado, nos dejaron un par de medias agujereadas, dañaron la suela de nuestros zapatos y nos abandonaron a la suerte del cuerpo: los pelos, las uñas, los granos, la piel escamándose, las heridas, las quemaduras... En esa lavadora nos agitaban en polvo: la ceniza de las montañas y la tierra expulsada por las bombas y el sol despiadado, todo. Yo he entrado en un estado curioso. Ahora recuerdo los posgrados que hice, los estudios que practiqué y esa altivez propia de quien ostentaba un empleo alto y poderoso y miraba los dígitos abultarse en su cuenta bancaria. Hoy esos estudios no valen nada. Prefiero guardar silencio y olvidar que alguna vez hice diplomados sobre ventas, que me destaque manejando programas y bases de datos, que fui el mejor del trabajo, que recibí menciones, aplausos, golpecitos en la espalda. Todo esto no era conocimiento sino una técnica más, útil según la latitud. Nada de cuanto aprendí me enseñó a combatir la pérdida absoluta. Los hombres y mujeres que la combaten con el cuerpo erguido, parecen los verdaderos apóstoles de la buena nueva. Son ellos los dueños del conocimiento. Alrededor suyo llegan ajadas varias personas buscando no tanto una respuesta sino una mejor pregunta, no solo una buena pregunta sino un silencio, algo que hacer, un trabajo, un propósito. Para nosotros lo básico y todos aquellos que lo supieran se volvió sagrado.

Quizá lo más doloroso sea afrontar la muerte. Recuerdo la primera vez que en el campamento clamábamos por un médico, cuando la única que había se estaba muriendo en nuestros brazos. Hoy casi todas las heridas y las enfermedades han vuelto a ser mortales. Hace unas semanas los quejidos entrecortados de un viejo me despertaron en la madrugada, sospeché que le estaba dando un

paro cardíaco, que estaba muriéndose, pero no quise levantarme, no quise recuperar el estado de impotencia que durante semanas he tenido. Que muriera sin un rostro descompuesto a su lado, que muriera en paz...

Esta es la última página Arthur Owen. Yo prefiero pensar que detrás de su nombre hay una persona, yo ignoro a través de qué medios usted logró desmontar la red y de ese modo la sociedad. No había pensador que ignorara que la seguridad de la sociedad era ilusoria, no había hombre que se supiera tan fuerte como para vivir sin todos y cada una de las ventajas. Nos educaron para vivir sobre

las comodidades y los resultados de generaciones enteras, no para valernos por nuestras propias manos, escogíamos la metafísica y opinábamos desde una comodidad casi palaciega. Tomamos nuestras debilidades por los derechos y las condiciones que otro debía suplir. Pensamos que por el hecho de ser miembro de nuestra especie, ya valíamos la pena. Usted, Arthur Owen, nos demostró lo contrario.

FERNANDO GALINDO GORDILLO

Colombiano.

Tengo 31 años, trabajé dictando un taller de escritura de ciencia ficción en la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente dicto conferencias sobre literatura y escribo reseñas en una revista.

Renacimiento Verde

Víctor Manuel Valenzuela Real

Ilustración de Lourdes Yadira Martínez
Pimentel

La radio ha dejado de funcionar, por más que lo intente no consigo arreglarla. Lo he intentado todo, todos los trucos que me enseñó mi abuelo y los de mi padre también, pero ya no se enciende. Puede que sea la radio o puede que se haya estropeado el ajado panel solar. En realidad, da igual, hace años que solo oímos estática.

Muchos de los jóvenes creen que la radio es sólo un cacharro inservible, ellos no conocieron a los hombres blancos, no recuerdan a mi abuelo, muchos opinan que leer y escribir es una pérdida de tiempo y que mis historias son leyendas absurdas.

Mi abuelo me enseñó muchas cosas, pero me dijo que tenía la obligación de trasmitírselas a los demás y evitar que todos olvidasen. Es una tarea difícil, nadie quiere escuchar a una vieja que cuenta historias absurdas. Me tratan con consideración porque sé curar sus heridas y enseño a las mujeres a cuidar de sus hijos y a plantar comida. Saben que siguiendo mis consejos casi todos los niños sobreviven y que siempre hay comida para la tribu.

Enseño a Iratí, una inteligente niña de unos diez años. Será mi sucesora y espero que propague el conocimiento en la tribu. Le cuento la historia según me la narró mi abuelo y hago memoria para intentar no distorsionar nada, en las pieles dejo escrita la información más esencial: medicina y cosas así. Especialmente le enseño a proteger y conservar los libros y utensilios que atesoramos.

La niña me mira con una mezcla de curiosidad y veneración, yo hago hincapié de en que no hay nada de mágico en lo que le cuento pero es difícil para una criatura que ha nacido en algún lugar del Alto Amazonas creer que antes había hombres blancos que volaban en máquinas y que tenían ciudades enormes con millones de habitantes ¿Cómo le explicas a alguien que lo máximo que ha visto son unas treinta o cincuenta personas el concepto de millones?

Iratí por lo menos aprende rápido y será una buena curandera; hemos conseguido mezclar la sabiduría de la selva con los métodos médicos modernos que nos transmitió mi abuelo y nuestra tribu tiene una salud aceptable: cualquier cosa que no necesite un quirófano lo podemos curar.

Mi abuelo era médico y pertenecía a un grupo de blancos que estaba en contacto con algunas poblaciones indígenas. Vivían a medio camino entre la selva y la civilización y necesitaban ayuda pues tenían lo peor de los dos mundos. Algunos miembros estaban empezando a olvidar la manera de coexistir con la selva y todavía no estaban integrados en el mundo moderno. Cuando ocurrió el Colapso, abuelo se vio en mitad de la nada, pero las noticias que recibía por la radio desde la civilización eran tan malas que pensó con acierto que era mejor quedarse con los indígenas.

Cuando se cortó el contacto con la civilización nuestra colonia retornó a las profundidades del bosque y volvieron a vivir como los antepasados. Los ecos de los blancos se fueron haciendo más lejanos, la radio recibía cada vez menos señales.

Cuando mi abuelo escuchó que el Colapso estaba degenerando en guerras, guió a la tribu cada vez más lejos de la civilización hasta que dejamos de ver blancos.

Yo nunca entendí qué le ocurrió a los blancos, abuelo intentó explicármelo muchas veces, pero los conceptos eran incomprensibles. Hablaba de bancos, petróleo, bolsas, dinero, intereses

estratégicos. Lo único que entendíamos era cuando hablaba de la devastación del medio ambiente, todos se acordaban de los demonios que echaban humo y arrasaban los bosques.

Seguimos el río, siempre buscando el gran río. Llevo las pieles de mi abuela Iratí y leo una y otra vez las misteriosas palabras de la última anciana blanca, la maestra de mi abuela. Han pasado muchos años y nuestra tribu ha sido próspera, pero necesitamos metales. Los utensilios de metal que heredamos se han ido deteriorando y cada vez tenemos menos herramientas, conservamos como tesoros las que la tribu se llevó cuando volvió a la selva, pero no podemos fabricar más. En las pieles de Iratí dice que los blancos tenían metales y que vivían cerca de los ríos.

Llevamos mucho tiempo buscándolos, algunos creen que son una leyenda, yo creo que han muerto pero si encontramos dónde vivían encontraremos metales.

—¡Allí!, mira —grita Jurema, tiene la vista más aguda de la tribu.

—¿Dónde? No veo nada —contesta Ubirajara, nuestro guerrero más hábil, yo tampoco veo nada pero sé que debo esperar para ver lo que Jurema.

—Allí, sobre los árboles, arriba.

Y ahora lo vemos, lejos, muy lejos sobre los árboles, notamos unas extrañas figuras grises, como troncos enormes, algunos brillan con el sol, otros se ven como ennegrecidos, no sabemos qué son pero parecen muy altos.

Seguimos dejándonos llevar por la corriente del río, la gran barca construida según los dibujos de las pieles navega estable a pesar de la corriente.

—¿Crees que es la morada de los blancos? —me pregunta Jurema

—Los escritos hablan de tribus donde vivían mucha gente y eran muy grandes, puede ser.

—Tonterías, hasta ahora sólo hemos encontrado ruinas de chozas de barro; son poco más grandes que la nuestras pero nunca hemos visto sitios donde pudiese haber vivido más de una tribu —comenta Itagi, que maniobra la barca.

—Los escritos nunca se han equivocado, no te olvides —le advierto enfadada.

—Sí, claro —y baja la mirada avergonzado, Itagi siempre fue muy escéptico hasta que vio cómo construimos la barca siguiendo las antiguas indicaciones.

Empezamos a ver antiguas construcciones derruidas a las orillas del río, Jurema divisa humo y nos acercamos con la canoa a investigar, dejando la gran barca a una distancia prudente. Desembarcamos y avanzamos en dirección al humo.

—¡Cuidado! —grita Ubirajara. Una tosca lanza se clava en el suelo unos metros por delante de nosotros, es poco más que un palo afilado.

—¡Hay dos a la derecha! —dice Jaguarê tensando su arco.

—¡Todos quietos! —les digo a los guerreros —Somos amigos, queremos comerciar—grito a los que nos acechan, van casi desnudos y llevan los palos como armas.

Uno de ellos arroja su lanza en dirección a Jaguarê, quien la esquiva de un salto. Ubirajara derriba al agresor con la honda, los demás huyen en desbandada gritando como locos.

—Parecían monos —resopla Ubirajara.

—Tenían un color raro —dice Jurema.

—¿Eran blancos? —pregunta Jaguarê.

—No lo sé, no parecían muy blancos, pero no eran como nosotros, volvamos al barco.

Revisamos las ruinas y no encontramos nada útil. De vuelta al barco seguimos navegando río abajo en dirección a los grandes troncos grises, continuamos viendo a gente en la orilla pero nadie que nos parezca civilizado.

Los troncos grises se hacen cada vez más visibles sobre los árboles hasta que llegamos a una parte del río donde vemos la ribera despejada de vegetación y una playa recta de piedra gris. Hay barcos mucho más grandes que el nuestro medio hundidos, después de la playa se ven enormes casas de piedra con grandes puertas por donde cabría nuestro barco y más lejos los colosales troncos grises altos, cuando nos recuperamos de la sorpresa y la incredulidad vemos que también son casas. Enormes y más altas que el mayor de los árboles de la floresta. Como si alguien hubiera apilado decenas de casas una encima de las otras.

Nos acercamos a uno de los barcos medio hundidos; sólo queda una especie de esqueleto encallado en el fango del río. Vemos asombrados que los palos del esqueleto parecen de un extraño metal plateado.

—¡Metal!— grito al golpearlo.

—Mira, no está oxidado—exclama Itaquê.

—Los ancianos siempre hablaban de que había metales que no se estropeaban.

Itaquê y Pojuçã buscan sus alforjas y sacan martillos de piedra; luego Itaquê busca una pequeña ánfora de barro llena de grasa animal y extrae un cincel de acero, uno de los últimos que nos queda. Cortan secciones de los palos de metal y los guardan.

Anclamos el barco lejos de la playa de piedra y dormimos.



A la mañana siguiente nos acercamos a la playa con la canoa. Las grandes casas de cerca de la playa parecen desiertas y hay caminos de piedra entre ellas. Árboles han nacido entre las piedras y algunos han atravesado los tejados de las casas, a pesar de la abundante vegetación no escuchamos pájaros ni monos y eso nos preocupa a todos.

Ubirajara encabeza la marcha, lleva el arco preparado y unos pasos atrás va Jurema, quien lleva una ballesta apuntada al suelo, Jaguarê y yo vamos detrás. Llegamos a una encrucijada de caminos de piedra y Ubirajara se asoma con sigilo. Va a decirnos algo cuando escuchamos gritos y pasa una niña de unos diez años corriendo con todas sus fuerzas. Al pasar nos mira extrañada, está muerta de miedo. Nos grita algo que no entendemos y pasa de largo, a toda prisa. Instantes después llegan dos adultos corriendo y gritando.

Van descalzos, casi desnudos y tienen en el cuerpo grotescos tatuajes muy mal dibujados. Uno de ellos porta una lanza tosca y el otro una especie de garrote con un pincho de metal. Se paran en seco y nos miran extrañados. Nosotros llevamos ropa hecha de fibras, un peto de láminas entrelazadas de madera de guayacán, sandalias de cuero y pinturas corporales. Instantes después llegan otros tres con aspecto aún más lamentable.

—Hola —les dice Jaguarê en la lengua de la selva. Nos miran extrañados y cuchichean entre sí.

—Hola, queremos negociar —les digo yo en la antigua lengua de los blancos, que hemos transmitido por generaciones. Nos siguen mirando raro, pero uno de ellos se separa un poco del grupo y se nos acerca.

—Hola —balbucea en lengua de los blancos, parece que le cuesta hablar.

—¿Eres el jefe? — pregunta Jurema, bajando la ballesta.

—Sí, yo jefe —dice casi tartamudeando. Se sigue acercando. Es pequeño y no parece muy fuerte. Aparenta ser joven pero es difícil decirlo por la capa de suciedad que le cubre. Se sigue acercando y Jurema arruga la nariz cuando le llega el olor.

Se desata el caos. Entre los que se quedaron rezagados uno arroja una lanza que impacta en el pecho a Jaguarê haciéndole perder el equilibrio. Por suerte la lanza es un palo afilado y no atraviesa el peto. El que se decía jefe se abalanza hacia Jurema e intenta golpearla en la cabeza con el garrote. El golpe es impreciso pero pretende ser mortal, busca la sien de Jurema. Ella se desvía y en un mismo movimiento desenfunda un corto sable de guayacán, se agacha y golpea al agresor en la rodilla, haciéndole caer.

Jaguarê recupera el equilibrio, tensa el arco, apunta cuidadosamente y le dispara una flecha al salvaje que le arrojó la lanza, acertándole en el

muslo.

—¡Quietos!, que no se acerque nadie —les grito apuntándoles con la ballesta. Nos hemos reagrupado y nos preparamos para luchar. Mas no hace falta, los demás salen corriendo y dejan a los dos heridos abandonados.

Ubirajara se acerca al herido con la flecha y lo sujeta fuertemente mientras Jaguarê le ata las manos, luego hacen lo mismo con el jefe.

—Porque nos atacáis —le pregunto al jefe.

—Comida —contesta mirándonos con rabia y miedo.

—¿Querían robarnos nuestra comida? —pregunta Jurema extrañada —estos idiotas han intentado matarme para robarme la comida —exclama indignada.

—Ahora yo comida —dice temblando.

—¿Qué dice este loco? — pregunta Jaguarê mirándolo con incredulidad.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Ubirajara y empieza a buscar en su mochila.

—Creo que piensa que nos lo vamos a comer —digo yo sin crearme mis propias palabras.

—No comer yo por favor —grita el salvaje entre sollozos.

—Salgamos de aquí, ¡Rápido! —exclama Jaguarê. Por el rabillo del ojo veo que Ubirajara se da la vuelta, se agacha y vomita.

Empezamos a marcharnos. Ubirajara se recompone rápidamente y antes de irse comienza a desatar a los dos cautivos.

—Vamos Ubirajara — le apremia Jurema.

—¡Voy! No quiero que pese sobre mi espíritu si

se comen a esos dos —Termina de soltarlos, los mantiene a raya con el sable y se reúne con nosotros corriendo.

Nos escondemos en una gran casa medio derrumbada. Abro mi mochila y busco un odre de cuero con una infusión de guayusa.

—Toma Ubirajara, bebe un poco, te sentará bien.

—Gracias —Ubirajara da un largo sorbo y pasa el odre a Jurema.

—Sabe bien —dice Jurema, quien tiembla un poco. Nunca la había visto temblar, ni siquiera la vez que un caimán casi le arranca una pierna.

—¿Estás bien, Jurema?

—No son personas, se comen a los demás, son demonios —exclama Jaguarê que se había mantenido callado hasta el momento —debemos volver a la selva.

—Puede que no sean todos demonios, puede que sea una tribu degenerada —apunta Ubirajara.

—¿Tú crees?— le pregunto.

—No lo sé, pero me niego a creer que sean todos así.

—¿Qué crees tú? Conoces las viejas historias mejor que nadie — me pregunta Jaguarê.

—No sé que pensar. Las historias cuentan que los blancos eran estúpidos que no entendían la naturaleza, aunque no eran irracionales, como estos que hemos visto. Pero el blanco que ayudó a fundar nuestra tribu decía que su civilización carecía de alma y las personas no se ayudaban las unas a las otras.

—Retornemos al barco, hablaremos con los demás y pensaremos qué hacer —dice Ubirajara, muy serio. Tiene una expresión que mezcla rabia y

desconcierto.

Salimos de la gran casa y corremos de vuelta a la playa de piedra. En uno de los caminos dos salvajes se asoman desde la parte de arriba de una de las casas y saltan sobre Ubirajara. Uno lo golpea con un palo y el otro consigue herirlo en el hombro con una especie de cuchillo. Jurema grita angustiada, levanta la ballesta y le atraviesa el cuello al salvaje antes que vuelva a apuñalar a Ubirajara. Deja la ballesta y va a desenfundar el sable. No le da tiempo, Jaguarê se acerca al otro atacante y lo derriba de un enorme puñetazo, dejándolo inconsciente.

Me acerco a Ubirajara, saco de mi mochila un emplasto y se lo coloco en la herida. Antes de irnos recojo el cuchillo del salvaje, por el olor no parece que esté envenenado; lo guardo en la mochila para inspeccionarlo después con tranquilidad y estar segura.. Jurema se acerca a Ubirajara con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —le pregunta secándose los ojos.

—Sí, gracias a mi pequeña guerrera —la atrae hacia sí y la besa.

Oímos gritos y dos salvajes más corren hacia nosotros. Jaguarê duda un momento, luego su expresión cambia. Tensa el arco, apunta con calma y atraviesa al primer atacante. El segundo se para en seco y se queda mirando a su compañero. Jaguarê toma otra flecha y lo mata. Deja caer el arco y se sienta en el suelo.

—Me han obligado a matar personas —grita medio llorando.

—Vamos hermano, levántate —le dice Jurema abrazándole —no has tenido alternativa.

Llegamos a la playa de piedra y nos vienen a recoger con la canoa.

En el barco nos cuesta contarles a Itaquê y Pojucã las atrocidades que hemos visto y lo que

nos hemos visto obligados a hacer.

Decidimos seguir dejándonos llevar por la corriente, hasta que vemos otra playa de piedra con algunas casas que no están tan derruidas. Anclamos el barco y descansamos hasta el amanecer. No vemos hogueras y tampoco oímos nada, decidimos volver a la orilla con la canoa. Esta vez vamos con más cuidado pues ya sabemos a qué nos enfrentamos y estamos razonablemente tranquilos. Desembarcamos y vamos directamente a una de las grandes casas. Entramos por una ventana y encontramos montones de desechos.

—Son los restos de máquinas de humo, ¿no? —me pregunta Itaquê.

—Eso parece, aquel que no está en tan mal estado se parece un poco a los dibujos.

—Veamos si hay metal que podamos aprovechar y larguémonos de aquí —resopla Jaguarê.

—He encontrado algo —dice Pojucã, ha venido corriendo desde la otra punta de la gran sala y está muy excitado.

—¿Qué es? —le pregunto intrigada.

—Allí, en aquel cuarto, seguidme —sale corriendo sin darnos tiempo a preguntarle nada más. Pojucã es muy hábil pero también es muy joven y parece siempre tener prisa.

Entramos en una habitación llena de polvo pero que no está tan deteriorada como todo lo demás. Tengo la impresión de que no lleva tanto tiempo abandonada. En una pared hay una gran estantería de madera medio derruida.

—¡Libros! —exclamo al entrar y verlos.

—Son como los que nos dejó el médico blanco —dice Itaquê agachándose para verlos mejor. Yo me acerco a la estantería y cojo un libro, al abrirlo se deshace en mis manos. Las páginas están

estropeadas y llenas de moho.

—La selva siempre reclama de vuelta lo que es suyo —suspira Jaguarê. Buscamos entre los libros, pero todos están estropeados.

—Aquí hay uno distinto— grita Pojucã. Tiene en la mano un libro blanco.

—Déjame verlo— Pojucã me entrega el libro y veo que es una especie de ladrillo blanco y pulido, tiene pequeños botones y un cuadrado traslúcido que ocupa casi toda la superficie.

—¿Qué es?

—Creo que es una vieja máquina de los blancos, como la radio del médico —Le contesto inspeccionando el aparato y viendo que también tiene un botón de on/off.

—Otro trasto viejo, sigamos buscando —resopla Pojucã. Voy a tirar el aparato pero me lo pienso mejor y lo guardo en la mochila. Seguimos buscando algo útil pero está todo estropeado. Itaquê nos llama a gritos.

—¡Esto sí, esto sí!—grita, baila y ríe. Corremos hasta otra sala donde encontramos a Itaquê con algo en la mano.

—¿Qué has encontrado?—pregunta Pojucã que ha llegado primero.

—¡Mira!— Y le enseña un cuchillo envuelto en una especie de piel transparente como el agua.

Empezamos a buscar y encontramos más objetos metálicos envueltos igual, hasta encontramos algunas sierras. Nos llevamos todo lo que podemos y volvemos a la barca. Decidimos no tentar más al destino. Desplegamos la vela y empezamos la ardua tarea de subir el río contracorriente de vuelta a nuestra casa. Después de dos días arrastrándonos lentamente contra la corriente, me acuerdo del ladrillo blanco y lo saco

de la mochila.

Empiezo a inspeccionarlo y lo limpio cuidadosamente haciendo que aparezca un pequeño cuadrado gris en su superficie. Sin previo aviso el cuadrado grande cambia de color, parpadea y empieza a aparecer texto como si una mano invisible estuviera escribiendo. Me repongo del susto e intento recordar las viejas historias de las máquinas de los blancos, máquinas que hablaban, otras que dibujaban.

Empiezo a leer:

Manual de primeros auxilios
Fundamentos de medicina básica
Manual de bricolaje
Mecánica para principiantes
Los Últimos Libres

Y una larga lista, la mayor parte de lo que dice no lo entiendo, pero las dos primeras cosas sí.

Hace una mañana agradable, salgo de mi pequeña casa y me dirijo a la escuela. Tengo diez alumnos curiosos e inquietos. Cuando llego ya me los encuentro sentados en círculo, charlando y bromeando entre ellos. Tomo mi lugar en el círculo.

—Hola chicos.

—Buenos días maestra— gritan al unísono en un coro desafinado y hermoso.

—Hoy os contaré la historia de la expedición.

Y empiezo a narrarles la historia de cómo hace 67 años un grupo de exploradores viajó río abajo hasta encontrar las ruinas de la vieja ciudad blanca llamada Manaus, cómo la encontraron en ruinas y a sus pobladores viviendo como salvajes después de la caída del imperio blanco.

Les cuento cómo nuestros antepasados fueron buscando metales y encontraron un tesoro que provocó el renacimiento. Miles de libros condensados en una biblioteca atrapada dentro de una máquina de antes del Colapso. Cómo aprendimos a usar la máquina y cómo copiamos los textos y absorbimos de ellos el conocimiento y que, especialmente, aprendimos los errores que no deberíamos volver a cometer.

© Víctor M. Valenzuela 2010, todos los derechos reservados.

**VICTOR MANUEL VALENZUELA
REAL**

España.

Ingeniero de software dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias.

<http://relatosdevictormvr.blogspot.es>

<http://losultimoslibres.blogspot.com>

Santuario

Carlos Ayala

Han dispuesto la capa azul para decorar el ambiente hoy, un tono difuminado de azul sobre gris, de aroma suave, vainilla para la mañana, chocolate en la tarde. Apura el paso, debe llegar pronto, puerta a puerta se van cerrando los despachos, debe llegar ya, no quiere un retraso. En la tarde estando frente a los estantes, se percata de que la capa ha sido modificada sutilmente; los tonos son rojos, y tienen en los bordes el azul matutino; el gris se ha ido. Abre una caja, toma los documentos, retira los ganchos, revisa las esquinas. Levanta la cabeza, ve el detalle de la paleta de colores; el diseñador está arreglando el firmamento para la noche, cierra los ojos y juega apostando a adivinar el color que lo acompañará de vuelta a casa. Pierde, es de nuevo azul, sin difuminados, azul plomo puro, hubiera gustado de un ocre, hace semanas no montan ocre en la capa para la salida del trabajo.

La ventana del frente es un reflejo fiel de su ventana, otro hombre abre cajas, revisa papeles, los entrega a su asistente, abre otra caja, los revisa, separa la información recuperable, desarma la caja dejándola sobre las demás. Levanta la mirada, observa el cielo desde su escritorio y seguramente juega el mismo juego de adivinanzas sobre el color, en efecto levanta la mirada, se detiene un momento, se pone en pie, separa el escritorio de la pared, sube al marco de la ventana y se lanza. Se asoma y ve la espalda del hombre de la ventana del frente con el reflejo azul sobre su vestido, no hay gritos o movimientos, ve caer el cuerpo. Hoy está particularmente encendido el color del cielo. Cae,

escucha el golpe seco allá abajo, las puertas se mantienen cerradas y nadie acudirá a ver el desparrame hasta pasados cinco o seis minutos, luego de la apertura de los despachos.

Arregla su escritorio, se apura, quiere ver lo que ha pasado. Llega a la planta baja, los compañeros de despacho se detienen un par de segundos, él hace lo propio, revisa de reajo, mira hacia arriba, descubre que su oficina se encuentra a una altura considerable, el firmamento ahora mismo es naranja y se acerca al tono que tanto gusta. Examina uno de sus bolsillos, ya no tiene tabaco. Quiere devolverse y ver el cuerpo ahí tirado, cruza la calle, se detiene en un quiosco, compra una bolsita de picadura, regresa y se planta frente al cuerpo, aún no ha llegado nadie, el servicio de aseo a esa hora es lento. Se agacha y lo voltea, los transeúntes lo revisan de reajo, siguen caminando, alguien grita algo desde el otro lado de la calle, gira la cabeza, no ve a nadie, él sigue ahí, en lo suyo. Descubre que tiene el mismo membrete de distinción, la plaquita de elástico simulando material oro con nombre y cargo. La oficina del frente es una filial de la misma empresa, también tiene un par de prendedores, un escudo de la liga deportiva, otro de la liga civil. Trata de recordar dónde dejó sus distintivos, él también hace parte de dos ligas, gusta de la gente dos veces por semana. En una de ellas hay una morena que lo inquieta, han hablado varias veces, suele regalarle picadura fina, o fumar un cigarrillo en el intermedio de las reuniones en su compañía. Él alucina con ella, la imagina tomándole la mano rumbo a algún lugar oscuro, imagina su aliento resoplando y ese olor a saliva, labios rojos, saliva fresca, la mano sudorosa, la imagina mientras aspira la colilla. Luego aparece ese hombre de traje claro que la hace reír, siempre se la lleva, él se despide agradeciendo el cigarro. El prendedor del club deportivo es igual al suyo. Debe practicar otro deporte, nunca lo ha visto rondando por la sala de deportes tranquilos; él gusta de tenis de mesa, o el ajedrez, de vez en cuando empaca una sudadera y hace lanzamientos en la cancha de baloncesto.

Se atreve y le mete una mano en el bolsillo

interno del saco, encuentra su billetera. Instintivamente, como si lo hubiese hecho toda su vida, la esconde, la guarda para sí, revisa que nadie lo vea. Al llegar al final de la calle, escucha otro grito. Dobla la esquina, acelera. Debí quedarme con el reloj y la corbata, piensa. Piensa que no le gustaría que le hicieran eso, que lo robaran estando ahí tirado; la rutina de limpieza es humillante y él agravaba la situación del muerto. Quiere regresar y devolver la billetera. Al llegar a casa no es capaz de abrirla, siente algo de culpa. Está excitado, se imagina la aventura de un hombre que huye. Cierra los ojos mientras ve el vuelo de su vecino.

Hoy en la mañana han decidido que el color del cielo será blanco, blanco sin manchas, ni combinaciones, blanco. Debe usar un traje de color oscuro, evitar destellos incómodos para los demás. Saca la cartera, la revisa, un par de recibos, carné de identificación, la fotografía borrosa de una mujer o de una niña (no se distingue bien), un recorte de periódico que no debería tener escondido, es un delito almacenar información histórica, el recorte tiene información de vital importancia: La mariposa Monarca bate sus alas de cinco a doce veces por segundo... El avestruz corre a sesenta y cinco kilómetros por hora... Se liberan al año cuatro mil quinientas toneladas de mercurio en la atmósfera. Cincuenta y cinco por ciento de la madera talada en el mundo se usa en la industria de la construcción...El sonido viaja quince veces más rápido en el acero que en el agua... En el año X se produjeron doscientas cincuenta y ocho toneladas de carne para el consumo humano...La agricultura fue creada hace once mil años...Sólo existen seis especies de equinos que viven de forma salvaje...Los dinosaurios se extinguieron hace sesenta y cinco millones de años...Cincuenta personas caben de pie en la lengua de una ballena azul...Ciento veinte millones de personas en el mundo padecen depresión clínica... Muchos números recuperables, una estampilla de correo, otro delito. Se preocupa y decide llevar la billetera a la oficina del frente, dejarla en la portería. No, eso no lo puede hacer, le preguntarían de dónde la sacó, y entonces qué diría: vi cuando se lanzó, yo bajé y tomé su cartera

por una razón que no entiendo... quedar como un tonto y terminar en un barrio con capa celeste monocromática, no, eso no, ni pensarlo. Debe deshacerse de la cartera en la primera caneca que encuentre, eso es lo que debe hacer... no sabe qué hacer.

Para el final de la tarde el diseñador decora el cielo de un fino color mostaza. Llega a la oficina del frente, le parece extraño ver su oficina desocupada, verla con su ausencia, sin él sentado allá revisando cajas y carpetas. Las otras ventanas contienen réplicas exactas, desde la ventana de él no se ven, desde su puesto de trabajo se ve la hilera de las ventanas del frente, con persianas color verde que no dejan ver nada en su interior. Abre el cajón del escritorio, un escritorio igual al suyo, encuentra muchos recortes de prensa con datos importantes y cifras que deben ser recuperadas: Se caerán cerca de sesenta cabellos al día... La densidad promedio de la Tierra es de cinco punto cincuenta y dos gramos por centímetro cúbico... Un Zeptogramo equivale a diez elevado a la menos veintiún gramos... En mil trescientos antes de Cristo el rey Menphta regresó a Egipto tras vencer a los Libios, como prueba, presentó cerca de trece mil penes amputados de sus adversarios derrotados, divididos de la siguiente manera: seis falos de generales, seis mil trescientos cincuenta y nueve de soldados, doscientos veintidós de Sirculianos, quinientos veinticuatro de etruscos, y cinco mil ochocientos noventa y cinco de griegos... escuchó el ruido del picaporte, giró la cabeza, el dueño de la cartera entró, sonrió, se acercó y lo invitó sentarse. Él por su parte no hizo caso, dejó tirado el montón de recortes, la billetera, los datos.

Al llegar a la calle, el ruido era insoportable, los transeúntes se cubrían bajo los alerones de los edificios, corrían. Junto a él cayeron cuatro, cinco, seis, siete... levantó la cabeza, el firmamento era ocre, ocre... color para la salida del trabajo. Desde las ventanas se arrojaban uno a uno los portadores de la etiqueta dorada, una lluvia de etiquetas: En promedio se suicidan cuatrocientos cincuenta oficinistas diariamente... La lluvia de cuerpos fue

una práctica que se popularizó a mediados del año X... Coleccionar prendedores es el hobby más popular hoy por hoy... intentó cruzar la calle, llegar a la portería de su edificio, el aguacero de hombres arreciaba, era imposible.

Al final de la tarde, el diseñador usó amalgama de grises, combinando texturas y promedios de intensidad luminosa, jugó un poco con el humor de los espectadores y presentó sobre las seis y cincuenta, un cielo Azul crema, atravesado de líneas negras.

CARLOS AYALA

(Bogotá 1977, según cédula)

Narrador, librero, bibliotecólogo. Creador de libretos para cómics desde los 17 años. Fundador del movimiento literario independiente Las Filigranas de Perder (<http://lasfiligranasdeperder.blogspot.com>) con el que ha realizado el taller de Ensayo y Cuento “En la inmunda” (2006), el proyecto de talleres de Creación Colectiva en Literatura (ganador de la convocatoria Bogotá un libro abierto, Bogotá capital mundial del libro 2007) y la publicación de Simbiosis Virginal (2008) una antología resultante de éste. Así mismo ha escrito El Instalador (Mención de Honor en el Concurso Nacional de Novela ICDT, Bogotá 2002) Una Temporada de Sal (2003) y Manual de Levitación Magnética (2004) Para el año 2007 publicaría en Hojas Universitarias (revista literaria de la Universidad Central) “Indefiniciones y sospechas del Género Negro, resultado del segundo simposio internacional de género negro. El Relato “Siete Hierbas y un gatito” se incluye en Señales de Ruta, antología del nuevo cuento colombiano (Arango Editores, 2008). Autor invitado con el relato Firma de Contrato para la antología Cenizas en el Andén, Cuentos de la Ciudad (2009) Actualmente hace parte del Taller de novela ciudad de Bogotá.

Obra suya puede leerse en: <http://carlosayalavargasavillaavellaneda.wordpress.com>

Ilustradora Invitada: Lourdes Yadira Martínez Pimentel (Lé Yad)



México, D.F. 28 Años

Correo Electrónico:
yadirariday[at]yahoo.com.mx

Blogs:

<http://simplemente-yad.blogspot.com>

<http://leyad.carbonmade.com>

<http://www.behance.net/leyad>

FORMACIÓN PROFESIONAL:

Licenciatura: Diseño de la Comunicación Gráfica.
UAM-A con Diplomado en Desarrollo Humano
(IPN) e Ilustración (ENAP-Academia de San
Carlos)

Carrera Técnica en Dibujo Asistido por
computadora IPN

Exposición colectiva: El cuerpo Humano SHCP,
México.



ACERCA DE MÍ:

Soy una persona eficiente, resuelta y dedicada, gusto del trabajo en equipo y del continuo aprendizaje.

Preocupada por mi desarrollo diario, así como el crecimiento personal, por medio de la superación continua y la actualización tanto de técnicas como de conocimientos. Gusto del manejo tanto de mis capacidades como de mis aptitudes a favor personal y de otros.



ACERCA DE LAS ILUSTRACIONES:

Técnica mixta (tradicional-acuarela/Digital)

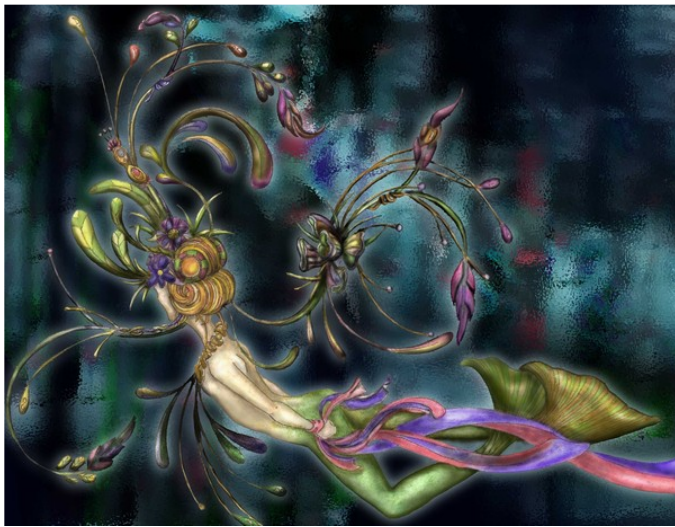
Figura completamente extraordinaria, sirena de dos extremidades inferiores, que utiliza un cúmulo de conectores en la cabeza (especie de tentáculos orgánicos) como enlace con el mundo.

La composición plantea la búsqueda del equilibrio hombre-entorno, junto con el planteamiento de que la ciencia ficción es un mundo enorme, mágico, impredecible, aún no explorado en su totalidad y tan lejos, como cerca de la realidad diaria circundante.

No perder la capacidad de sorprenderse y el espíritu de descubrir, crecer, aprender y mejorar, es la clave para disfrutar el mundo, independientemente de la nacionalidad.



Reacimiento Verde (algo más tribal) es una solución de tinturas naturales y café.



Las ilustraciones para los relatos se han realizado en técnica húmeda:

¿UDB? y El cerrojo del Mundo Está en Butteler (con metáforas y analogías que espero resulten de su agrado), acuarela sobre papel algodón.



¿UDB?

Juan Manuel Valitutti

Ilustración de Lourdes Yadira Martínez Pimentel

El General de las Naciones Unidas, los brazos en jarras, estudió los visores-murales que pendían sobre su cabeza.

—¡Repasemos todo esto otra vez! —carraspeó—. ¿Qué tenemos?

—¡Señor, sí, señor! —El analista de Estrategia se aclaró la garganta—. ¡Todas las naciones, señor! Todas sin excepciones informan sobre los avistamientos. Son naves de gran tamaño, señor, y circundan el globo terráqueo.

—¿Algo más?

Pero el General conocía la respuesta que demandaba al joven analista. Todo el mundo, en cada Departamento de Defensa, sabría contestarla.

Había, efectivamente, algo más...

Desde las naves, en diferentes lenguas, llegaba el mismo mensaje.

Una y otra y otra vez.

¿Y qué decía el mensaje?

El General estuvo a punto de pedir precisiones al analista, pero se dijo que sería algo innecesario y estúpido.

El mensaje era claro, y oscuro a la vez.

—¿Qué dice el Departamento de Decodificación?

—Reporte negativo, señor. Sin embargo, afirman con insistencia que el corazón de la emisión está centrado en...

—¡Sí, ya lo sé! —El General olvidó el protocolo y se llevó un cigarrillo a los labios. Nadie lo reconvinó—. ¡Déjame oírlo nuevamente, muchacho!

—¡Sí, señor! —El analista presionó un botón. La voz alienígena llenó la cámara atestada de militares y hombres de ciencia:

“¡Terrícolas, los hemos descubierto! ¡Luego de siglos de búsqueda hemos hallado el agujero donde se mantenían ocultos! ¡Ríndanse, no tienen escapatoria! ¡Entréguense voluntariamente y serán tratados con benevolencia! Abandonen sus UDB. Repito: ¡Abandonen sus UDB!”

Efectivamente, el Departamento de Decodificación no tenía dudas: el corazón de la emisión invasora estaba centrado en...

El General tenía la pregunta en la punta de la lengua, y se dijo que sería decididamente estúpido preguntar, pero, ¡qué diablos...! “¿Para qué demonios me clavaron estos malditos galones?”, pensó.

—¿Qué diablos es un UDB, condenados hijos de perra? —rugió—. ¿Hay algún chico listo de la Universidad, aplicado y peinado con la raya al medio, que pueda explicármelo? ¿Eh?

El General se dijo que su... extralimitación no había sido del todo estúpida, después de todo, ya que había disipado el clima de tensión, instalando la hilaridad en su lugar.

—¡Muy bien! ¡A sus puestos! —El General decidió poner punto final al paréntesis festivo—. ¿El *ultimátum* es el mismo, en cada rincón del planeta?

—¡Afirmativo, señor! Reclaman que abandonemos...

—... ¡los endemoniados UDB! —redondeó el General, en medio de una nube de tabaco—. O de otra forma...

Pero el General se dijo que sería estúpido decir lo que iba a decir en voz alta, porque acabaría con la distensión que había ayudado a construir.

“O, de otra forma —concluyó para sus adentros—, ¡destruirán todo el planeta!”

—¡Mierda! —masculló.

En ese momento, una puerta se abrió de improviso, y un joven atropellado se introdujo en la sala de operaciones.

Demandó hablar con el General.

—¿Cómo? ¿El informe del Departamento de Decodificación? —El General estudió el rostro del muchacho con aprobación—. Más vale que sea bueno, hijo.

El mensajero, orgulloso, se adelantó.

—Señor —reportó el recién llegado—, hemos descifrado el núcleo de la emisión: sabemos qué significa “UDB”.

—¡Perfecto, hijo! —El General paseó la mirada encendida por la sala atestada y expectante—. ¿Y bien? ¿Qué esperas? ¡Suéltalo, muchacho!

—¡Son siglas, señor! —El joven proyectó una sonrisa de oreja a oreja—. “U”, “D” y “B”. Siglas que significan... “Unidad de Desplazamiento Bélico”. —El joven se hinchó de orgullo—. ¡El corazón de la emisión, señor!

El General esperó, pero con horror comprobó que la sonrisa de su interlocutor se mantenía impertérrita en su menudo rostro.

El General pensó que sería muy estúpido preguntar qué demonios era una “Unidad de Desplazamiento Bélico”, así que decidió aguardar otro par de segundos...

¡Pero con espanto comprobó que el joven aún sonreía!

—¡Muy bien, hijo, muy bien...! —El General hurgó en sus bolsillos en busca de un atado. Extrajo un cigarrillo partido al medio. Iba a llevárselo a la boca, cuando descubrió que ya estaba fumando—. ¡Demonios! —farfulló.

—¿Señor...? —La voz del analista de Estrategia lo interpelaba nuevamente.

“¿Y ahora qué demonios quieres, universitario?”, pensó el General, mientras expelía dos proyectiles de humo por los cañones gemelos de sus fosas nasales.

—¿Qué desea? ¡Sea breve!

—¡Estoy en condiciones de decir qué es una “Unidad de Desplazamiento Bélico”, señor!

El General apretó los puños.

“¿Y qué demonios esperas para decirlo, chico listo?”, bramó desde su mente afiebrada.

—¿Cree que tenemos todo el día? —El General apagó el cigarrillo en una taza de café—. ¿O deberé recordarle que la Tierra está a punto de ser...?

Pero el General se mordió la lengua. ¿Qué tan estúpido sería mencionar la palabra “vaporizada” en medio de una sala repleta de nenes de mamá que sólo esperaban una excusa para gritar como señoritas en apuros?

—¿Qué es una “Unidad de Desplazamiento Bélico”? —demandó.

El analista se apartó de su tablero, se puso en pie echando la silla para atrás y señaló con un dedo tembloroso hacia algún punto situado a espaldas del General.

—¡Somos nosotros, señor! —balbució.

El General miró por sobre su hombro.

¡El mensajero del Departamento de Decodificación...!



¡El mensajero del Departamento de Decodificación... aún sonreía! A decir verdad, el sujeto se había convertido en una estatua que mantenía la sonrisa estúpida en la cara parca, como si alguien la hubiera cincelado adrede en la superficie del rostro, dejándola estampada e inmovible para siempre.

El General apoyó una mano en el hombro de aquel monolito, pero entonces...

¡Algo ocurrió!

Los ojos del joven...

¡Los globos oculares del joven se levantaron, se elevaron como pequeñas compuertas que alguien replegara!

Dos cavidades ovals quedaron en el lugar donde habían estado unos ojos pardos, y ahora...

¡Ahora alguien asomaba por las macabras aberturas!

¡Una cabecita, una cabecita pequeña, de tez cetrina se movía sobre el negro telón de fondo de las cuencas vacías!

—¿Qué tanto miras, grandulón? —escupió la encabritada cabecita.

El General arrugó el entrecejo y abrió la enmudecida boca.

Entonces se volvió.

¡Nadie se movía en la sala! Todo el personal permanecía en suspenso, estancado en un rictus pétreo, transformado cada uno de sus integrantes en esculturas humanas, sin remedo alguno de hálito vital.

—¿Qué está pasando? —tronó el General, y desenfundó su .45.

—¡Abandonen los U.D.B! —ordenó una diminuta figura de aspecto humanoide que, de pronto, había asomado por la oreja de un técnico de planta.

—¡Nuestros enemigos ancestrales nos han descubierto! —lloriqueó un segundo hombrecillo que se arrojó temerariamente desde la tapa de los sesos (abierta, claro está) de un perito en sistemas.

—¿Qué demonios está pasando? —El General blandía en abanico el imponente cañón de su arma

reglamentaria.

Las personitas rodearon al enorme militar armado y, haciéndose pantalla con las manos, gritaron al unísono:

—Oiga, General, ¿qué está esperando?

El General clavó los ojos demudados en las figurillas parlantes.

—¿Se dirigen ustedes a mí? ¡Pero qué d...!
—Pero el General no alcanzó a terminar la frase. Si en ese momento hubiera podido contemplarse en un espejo, habría concluido que presentaba un aspecto notoriamente estúpido: su porte íntegro se había paralizado, como si alguien hubiera cortado los hilos que le otorgaban vida o hubiera bajado una palanca obturadora de energía. La boca se abrió entonces desmesuradamente, al tiempo que los ojos se tornaban blancos e insípidos.

Una cabecita asomó por fin entre las hileras de dientes prístinos.

—¡Enseguida estoy con ustedes, caballeros!
—dijo el hombrecito de imponente catadura, al tiempo que saludaba con la mano extendida a la concurrencia que lo esperaba metro noventa más abajo.

Descendió en paracaídas, con la prestancia que le concedía una palpable instrucción militar.

—¡Nos han descubierto, General! —gritó al unísono la liliputiense muchedumbre.

—Así es, caballeros —corroboró el Generalillo, deshaciéndose de los arneses del paracaídas—. No podemos engañarnos: contábamos con tan pavorosa posibilidad. —El diminuto soldado chasqueó la lengua al tiempo que plisaba las solapas de su uniforme—. No importa: abandonaremos esta Tierra, como lo hemos hecho en anteriores ocasiones.

—¡Es una pena! —se quejó un minúsculo

cientifiquillo, de amplio delantal blanco, que había salido a la luz gracias a las cápsulas de escape que remedaban las uñas de los U.D.B—. ¡Ya me había encariñado con esta Tierra en particular!

—¡Sí, es una gran pena! —corearon al unísono otras cabecitas, procedentes de diversas secciones anatómicas de las unidades malogradas.

—¡Caballeros, caballeros, por favor! —El Generalito hizo estallar una irrisoria fusta en la palma de su mano—. ¡Contamos con la tecnología para desplazarnos a gusto por el hiperespacio y elaborar tantas Tierras como el Destino lo demande! —El militar hizo un alto y se dirigió a un operador de vuelo—: ¿Están listos los cohetes de emergencia?

—¡Afirmativo, señor! —confirmó el operador—: ¡Menos sesenta y contando, señor!

—¡Tenemos un minuto, caballeros! —apuntó el pequeño General.

Todos, todos absolutamente —coordinados en cada continente de la superficie del globo—, se dirigieron a las células que los transportarían más allá de las estrellas, hacia otras galaxias, donde pudieran estar libres del yugo opresor que les pisaba los talones, y donde pudieran generar otra Tierra en la cual establecerse y continuar con sus vidas.

—A pesar de todo —insistió el cientifiquillo de impecable delantal blanco—, ¡me gustaba mucho esta Tierra en particular!

Las múltiples cabecitas que rodeaban al eminente interlocutor asintieron, entristecidas, mientras se alejaban velozmente en sus naves espaciales, dejando atrás a una enana roja donde antes había estado la última versión del planeta Tierra.

JUAN MANUEL VALITUTTI

Nací el 16 de junio de 1971 en Argentina. Tengo 38 años, soy profesor de Lengua y Literatura, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Publiqué cuentos en varios e-zines de ciencia ficción y fantasía (NM, AXXON, Cosmocápsula, Club Bizarro, NGC3660, Alfa Eridiani, Exégesis y miNatura) y en revistas en papel (Sensación! y Aventurama). Resulté finalista en el concurso “Mundos en Tinieblas 2009”, de ediciones Galmort. Actualmente, publico mi serie “Crónicas del Caminante”, en el Portal de Ciencia Ficción, de Federico G. Witt.

El Genio de π

Tito Contreras

A Lizeth Aldana, lectora incondicional de mis historias

"La naturaleza se reduce a un número: π . Quien descubra el misterio de π , comprenderá el pensamiento de Dios..."

Isaac Newton

No soy un tipo muy bueno para las matemáticas, nunca lo he sido. Hasta la primaria mi desempeño fue normal, pero ya en secundaria la cosa fue a otro precio, tuve que repetir año. Maldije mil veces a Baldor y a su santa madre, a quien él le dedicaba el libro de álgebra. Me parecía triste el destino de los matemáticos mostrados en tal texto: Arquímedes apuñalado por la espalda, Hipatia apedreada, Galois muerto en un duelo; en fin. Fue una tortura, la piedra en el zapato de mi intelecto. Finalizando mi secundaria me incliné por las humanidades y terminé estudiando filosofía, dándome cuenta que los grandes filósofos griegos tenían una estrecha relación con la matemática y eso me reconcilió un poco con ella. Sin embargo hoy en día palabras como: "algoritmo", "ecuación" o "cociente", son para mí tan familiares como la poesía marcial. Manejo operaciones básicas y lo necesario para sobrevivir, pero no más. No distingo entre progresión geométrica o aritmética, y hallar la raíz cuadrada de un número sin una calculadora a la mano es una hazaña comparada con subir el Everest descalzo. Y de todos modos no le

encontraría utilidad práctica a hallar una raíz cuadrada.

Sin embargo, dije que las matemáticas eran la piedra en el zapato de mi intelecto porque en las demás disciplinas he descollado siempre con holgura y me precio de tener una gran cultura general, casi nunca hay una discusión en que no se me consulte. Admito que todo esto lo heredé de mi padre, y también su afición por los crucigramas y enigmas lógicos. Es una manera de ejercitar el cerebro y la memoria.

Fue precisamente resolviendo un enigma, o mejor, leyendo más sobre cierto enigma que me sucedió lo que les voy a contar. ¿Han oído hablar sobre la constante de estructura fina? Supongo que no. Es algo muy enrevesado para describirlo detalladamente, pero baste decir que el universo tiene constantes que son extensivas casi a todo lo existente y en muchas de ellas subyace el número Pi Invariablemente. Algo debe haber con ese número, está presente en todas las culturas desde Egipto en adelante, y hubo matemáticos como el alemán Ludolf Van Ceulen, que pidió que grabaran en su tumba los 35 números decimales que calculó a partir de Pi durante su vida.

Me propuse descubrir cuál era el enigma, tal vez no encontraría nada nuevo, pero mi incapacidad para las matemáticas tenía que dejar de ser un muro para mí. Lo primero fue sentarme a analizar el número y tres veces leí la cifra en voz alta...3,141592653589...No sé cuántos números había pronunciado en la última ronda, cuando sentí que los pelos de mi nuca se erizaron y al girar encontré a un hombre tirado en el suelo de mi habitación. Se podrán imaginar mi sorpresa y mi absoluto estupor ¿De dónde había salido? Parecía que le costaba respirar y cuando pudo hacerlo pronunció algunas palabras en un idioma ininteligible. Llevado más por la zozobra de su agonía que por el susto, quise averiguar si se encontraba bien, a lo cual, después de un corto silencio, me respondió que se sentía mejor, y me preguntó dónde estaba.

*

Pasada la angustia del primer momento y luego de pasearse por el cuarto y tocar todo como si la materialidad del entorno le fuera ajena dijo:

- ¿Estoy en la Tierra, verdad? ¿Qué hiciste?

- Yo... este... nada raro que yo recuerde. Pero creo que quien debe hacer las preguntas soy yo.

Luego de acercarse al escritorio empezó a hojear el libro que estaba yo leyendo, lo curioso es que las páginas se pasaban solas...

- ¿Cómo haces eso?

- ¿Qué?

- Eso, pasar las páginas sin tocarlas.

- Hmmmmm, es una de mis facultades.

- ¡Ya estuvo bueno!, ahora mismo me dices quién eres...

Cerró los ojos un momento, lo cual no sé por qué razón me inspiró una gran calma...y luego dijo:

- Tú me haz traído acá. ¿Qué necesitas?

- ¿Yo? No recuerdo haberlo hecho. Es que ni siquiera sé quién o qué eres.

- Soy un... ángel... mi nombre es impronunciable, en español o cualquier otra lengua.

- Ah, ya eso explica que no haya nada en tu entrepierna, jeje, pareces un maniquí. Pareces Ken. Pffffjejejeje. Y bueno, ¿y las alas?

- Ay, por favor, eso es herencia sumeria adoptada por la iconografía de las grandes religiones monoteístas... Por lo que me doy cuenta estuviste recitando los números de Pi.

- Eh, sí ¿Hay algo de raro en eso?

- Ya veo, estamos metidos en un problema. ¿Tú no eres un matemático, no? El número Pi es una antigua fórmula cabalística y recitarlo como tú lo hiciste equivale a invocar a un genio, en este caso a un ángel...

- ¿Quéeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee? Suponiendo que así fuera, ¿por qué nadie me lo advirtió? ¿por qué dejan esas cosas al alcance de los legos? ¿Por qué no están esas formulas escondidas en la Biblia o algo?

- En tu caso fue una pura casualidad, un golpe de suerte. En Grecia los pitagóricos eran una religión, para ellos Dios era el número. Platón escribió en la fachada de su academia: "que nadie entre aquí si no sabe geometría". La primera vez que alguien me invocó fue dos siglos antes de Cristo, un matemático árabe...

Hablamos de muchas otras cosas, muchas de las cuáles no alcanzaba yo a comprender. Era claro que incluso con toda mi cultura no podía competir con el intelecto de un ángel. Sin embargo tenía no uno sino dos problemas... No sólo su presencia sino su existencia, corría el riesgo de desaparecer definitivamente, no sólo de este plano. Entre más tiempo pasaba acá, más se debilitaban sus facultades por, cómo decirlo, contaminación con nuestras auras; pero como él no había llegado voluntariamente, no se podía marchar voluntariamente... Es como cuando invocas un espíritu con la Ouija: no podrá abandonar esta dimensión existencial si no se lo facilitamos. Eso le entendí.

Acto seguido, llamé a Aldana. Aldana no era un hombre, era una amiga, callada y taciturna, tan culta como yo pero con muchos conocimientos sobre matemáticas y, tal vez, sí, más modesta que yo. Había cierta camaradería con ella como para llamarla así, por el apellido. La llamé, no para que viera esa curiosidad ultraterrena, sino para que me ayudara a salir del problema.

Al llegar me miró como indagando qué clase de chiste era ese... Pero cuando lo vio, lo supo... no tuvo que preguntarme si era verdad. Para ese momento no estaba desnudo, yo ya le había prestado algo de mi ropa, la que a mí me quedaba más holgada a él le quedaba justa...

- ¿Cómo llegó?- preguntó Aldana... -¿Ya le preguntaste si transmuta materia? ¿Si el fin de la humanidad será pronto? ¿Cómo es Dios?

- ¡Calma! Apenas si he tenido tiempo de llamarte a ti. No puede durar mucho entre nosotros.

Cuando se lo presenté ella quedó encantada... pero ya la piel del ángel no era blanca casi translúcida, sino un poco más opaca...

- ¿Y ya le preguntaste a él cómo se puede ir? – me interrogó Aldana.

- No puede decírmelo, él no vino por voluntad propia y por tanto no puede irse por voluntad propia.

La siguiente media hora estuvimos charlando, hubiera sido muy agradable platicar con él sobre los misterios del universo, el bien y el mal y todo eso, pero nos acosaba la angustia de cometer un “angelicidio” no premeditado. En 48 horas su esencia podía estar reducida a nada. En su larga existencia sólo había sido invocado tres veces, (sí, invocado, si se puede invocar un demonio, por qué no un ángel); pero esas tres veces fueron para tareas muy concretas y no siempre de manera corpórea.

- ¿Y si lo llevamos a un laboratorio de la Universidad? – dije.

- Noooo. ¿Viste lo que le pasó a E.T? Definitivamente no. Querámoslo o no es un extraterrestre. – replicó Aldana.

- ¿Te acuerdas de ese cuento de García

Márquez... Un señor muy viejo con alas enormes? ¿Cómo regresa ese ángel?

- Se fue volando una mañana que Elisenda cortaba cebolla... - Esta vez quien respondió fue el ángel, desde el cuarto, mientras se entretenía con el internet.

- ¿Y si nos ponemos a cortar cebolla? – dije yo en tono de chiste...

- Jajaja. Muy gracioso. ¿No estás viendo que está en juego la existencia de otro ser, sea ángel o no? - me regañó Aldana.

- Perdón.

*

Ya casi tocaba el nuevo día su inicio y la situación no se resolvía. Nuestro invitado involuntario no se quejaba y seguía frente el computador, impasible. Se veía decaído, más delgado, su piel se iba oscureciendo. En la noche del día anterior parecía trigueño, ahora se veía moreno. No se quejaba, no había comido nada, tal vez no lo necesitaba. Nosotros lo único que comimos en ese tiempo fueron unas galletas Oreo. Pensé en ofrecerle unas porque recordé que al Detective Marciano, un personaje de La Liga de la Justicia sólo comía eso... eso... eso era.

Rápidamente descolgué el teléfono, alguien más me podía ayudar...

- Hola... ¿está John?

- ¿Quién llama a estas horas?

- Soy yo...

- Hola. ¿Qué quieres? Mira la hora.

- ¿Cómo llegó el Detective Marciano a la Tierra?

- ¿Estás drogado? Mira lo que llamas a preguntarme a esta hora...

- No, estoy con Aldana y... alguien más.

- Ah, picarón, estás bebido. No sabía que Aldana se quedaba contigo, jejeje.

- ¿Cómo llegó el Detective Marciano a la Tierra?

- Definitivamente estás bebido. El Detective Marciano llegó a la Tierra porque un científico lo trajo por accidente.

- Ajá ¿Y cómo regresa?

- No regresa. El científico muere de un ataque al ver al marciano. Fin.

- ¿Quéééééééééé? Sonamos Aldana...

- ¿Cómo regresas a un ser de otra dimensión a su propio plano dimensional?

- ¿Estás con Aldana y Mr. Mxyzptlk? jejeje

- ¿Con quién?

- Un duende de la quinta dimensión que Supermán hacía volver a su plano dimensional haciéndole recitar su nombre al revés. En fin.

- ¿El de Supermán?

- El del duende, pelmazo.

Nada perdíamos con probar. Primer intento, que él recitara el número Pi al revés tres veces. No, no funcionó. Segundo intento, que lo recitara yo. No, tampoco. Tercer intento, recitarlo seis veces al derecho, no. Último intento, que yo lo recitara al revés una sola vez.

Dormimos hasta las dos de la tarde. Gracias al último intento el ángel volvió a su casa y la mía quedó inundada de un aroma a no sé qué, pero era el mejor perfume que había olido en toda mi vida. Finalmente decidimos salir a comer algo. Me acerqué al PC para apagarlo y en la pantalla estaba la solución, escrita por su mano. Él no podía devolverse por propia voluntad pero sí ayudarnos, por eso estuvo todo el tiempo frente al computador. No podía decirnos nada, debíamos hacerlo nosotros mismos. Nunca lo hicimos, hubiera podido regresar mucho antes o cuando hubiéramos querido y hubiéramos podido saber más de los misterios que sólo a él le eran revelados.

TITO GUILLERMO CONTRERAS SUÁREZ

Nacionalidad: Colombiano

Nacido en Pamplona, Norte de Santander, Licenciado en Filosofía de la USTA con especialización en docencia universitaria. Estudió diseño e ilustración en la Escuela Nacional de Caricatura de Bogotá donde actualmente es profesor. Coleccionista, estudioso y lector compulsivo de cómics, sobre los cuales ha dictado talleres y charlas, y ha colaborado con el tema para medios de comunicación como Señal Colombia, City TV y la revista Cambio. Fanático del cine y de la literatura de Ciencia Ficción especialmente de autores como H. G. Wells y Asimov. Escritor y caricaturista en sus tiempos libres ha colaborado para revistas como Huellas, de Medellín, Palabrero Virtual y Antropofagia.

Tiene un blog dedicado a Batman:
www.batiblogdetito.blogspot.com

*

Noli Me Tangere

Antonio Mora Vélez

Esto que ahora es mar y una que otra torre que emerge de las aguas, ayer fue una gran ciudad llena de vida. Los hombres que ahora visitan sus ruinas, observan unas largas murallas de piedra con las que mis abuelos intentaron detener la furia de las olas.

--Vivían en la edad de piedra—dijo uno de los investigadores de esa costa sumergida.

--De la piedra pulida porque están tan bien hechas y puestas unas sobre otras que no hay ranuras entre ellas—apuntó el que tenía un pequeño instrumento de medición.

Estaban en la otrora costa de mis sueños, que había cambiado su perfil y su rostro. Todavía se veía fluir el fuego de la sierra y el desprendimiento de la tierra calcinada de las orillas, que caían ambos sobre las aguas hirvientes.

--La tragedia ocurrió hace pocos yins—dijo el que parecía comandar la expedición.

-- Pero no quedó vivo nadie para contar el cuento—agregó el tenedor del instrumento.

--Al parecer sus órganos eran de un tejido que no resistía las altas temperaturas —apuntó el más intrépido de los tres mientras agarraba un pedazo de lo que fue el vestido de teflón reforzado que me construí para evitar ilusamente la muerte.

Entonces empezaron a moverse hacia un

camellón sembrado de estatuas pero antes se detuvieron en una torre pequeña en forma de aguja, edificada sobre una de las murallas y que guardaba en su pecho el recuerdo de un reloj que señalaba la hora del desastre.

Las estatuas fueron el centro de interés de los buceadores y hacia allí se dirigieron luego de grabar varias imágenes de la singular torre.

--Son personajes de su historia—dijo el comandante.

--Posiblemente una galería de gobernantes ilustres—agregó el del instrumento.

El más curioso se situó en las escalinatas de la estatua mayor hasta alcanzar la placa del grabado que la identificaba. Para hacerlo tuvo que pasar por encima de varios pedazos de antiguas naves de cabotaje que estaban regados sobre el piso.

--¡Noli me tangere! era su nombre —dijo a los demás que estaban expectantes.

--¿Noli me tangere?—preguntó el comandante-- . ¿Sabes lo que significa?

..Sí —dijo el del instrumento--. Aquí dice que traduce “No me toques”. Y agrega que fue la frase con la que un tal Jesús detuvo a una de sus amigas que se disponía a abrazarlo.

--Es entonces una metáfora —dijo el comandante-- . La pose del ángel parece decirle no me toques al demonio destructor que hemos perseguido por toda esta galaxia.

Noviembre de 2009. Montería, Colombia

ANTONIO MORA VÉLEZ (1942)

amoravelez[arroba]yahoo.com

Escritor colombiano de ciencia-ficción. Autor de los libros de cuentos Glitza, El Juicio de los Dioses y Lorna es una Mujer; de los poemarios Los Caminantes del Cielo, El Fuego de los Dioses y Los Jinetes del Recuerdo; de la novela Los Nuevos Iniciados y de los libros de ensayos y artículos de Ciencia Ficción: El Humanismo de Hoy y La Estrategia de la Solidaridad. Ha sido incluido en varias antologías nacionales e internacionales. Sus cuentos, artículos, ensayos y poemas se publican en varias revistas de Colombia y del exterior. Es considerado uno de los pioneros de la ciencia-ficción colombiana. Reside en Montería y es actualmente miembro de la Junta Directiva de la Corporación Universitaria del Caribe (CECAR).

Blog personal:

<http://www.amoravelez.blogspot.com>

La Pulsera de la Vida

Dixon Acosta

“La Pulsera de la Vida”, aquel liviano y complejo artefacto no podía tener un nombre más apropiado, convirtiéndose en el mejor promotor publicitario para la empresa de salud privada que lo comercializó, arrasando con todas sus competidoras.

“Vida Garantizada, E.P.S.” se consolidó como el mayor consorcio de servicios de salud entre aquellos privilegiados que podían costearse el monitoreo constante de sus impulsos existenciales. La pulsera consistía en una serie de microordenadores que registraban todos los signos vitales de una persona, enviando la información a una central, desde donde en caso de emergencia, se podía enviar un servicio médico para prevenir cualquier caso sospechoso. El mecanismo no sólo podía detectar situaciones como infartos, accidentes vasculares, altibajos graves de presión arterial; también marcaba los niveles peligrosos del colesterol. Incluso en el caso de los fumadores medía la capacidad respiratoria y el estado de pulmones, clasificaba los episodios gripales y enfermedades bronquiales, entre otros servicios. Para la atención urgente, contaba con un sistema de localizador satelital.

Era el regalo perfecto, sobre todo para alguien mayor de cuarenta años. Armando así lo reconoció cuando abrió la caja en que venía su presente de cumpleaños y vio la pulsera que Estela le había comprado, luego de firmar ella un contrato con “Vida Garantizada”. La mejor prueba de amor, era intentar preservar la vida del ser querido, no había

duda sobre ello, en efecto, lo más importante para Estela era la seguridad integral de su esposo.

Armando era un exitoso ejecutivo de una multinacional de seguros para viajeros, su olfato para los negocios lo había llevado a escalar en su compañía y el trabajo le obligaba a viajar constantemente por Colombia y en ocasiones al exterior. De todas formas, la pulsera funcionaba dentro y fuera del país, gracias a convenios que “Vida Garantizada” tenía con empresas similares del mundo entero.

Estela como suscriptora del contrato, durante los viajes de su marido solía pedir un reporte diario, para su tranquilidad, pues aquellas separaciones siempre le inquietaban. Armando sufría de permanente estrés, no hacía ejercicio físico y la ansiedad la manifestaba con un apetito incontrolable que le hizo ganar sobrepeso; por todo ello, se encontraba en el rango de riesgo medio/alto que la empresa de salud manejaba. La pulsera, paradójicamente se convirtió en excusa para no cuidarse pues decía que en caso de peligro real, el mecanismo lo alertaría. A Estela le disgustaba que él jugara con su salud, que no pensara en ella y sus dos hijos.

La punzada en el pecho llegó fulminante, sin que nada la alertara.

Ocurrió cuando Armando vio los documentos de solicitud de divorcio por parte de Estela, al regreso del reciente viaje al Caribe. Era lo único que había encontrado en su apartamento, vacío, sin familia. Nunca supo que Estela no soportó el reporte que claramente señalaba una descarga de espermatozoides, durante la noche del cuarto día de ausencia, prueba irrefutable de infidelidad manifiesta. En la mañana del quinto día, canceló el contrato con “Vida Garantizada” y buscó al abogado que prepararía el divorcio.

Estela era de una naturaleza radical, una mujer incondicional con quien lo merece pero implacable con un traidor, alguien que no perdonaría una falla de esa naturaleza, una mujer que no claudicaba a la

hora de tomar una decisión. Lo que Estela ignoraría para siempre, es que su fallecido esposo durante aquella cuarta noche sufrió una polución involuntaria, luego de tener un sueño erótico con ella, ayudado sin duda por la generosa y abundante comida de mar que había consumido en la cena. Cosas de la vida... y de la muerte.

Dixon Acosta

El Cerrojo del Mundo Está en Butteler

Néstor Darío Figueiras

Ilustración de Lourdes Yadira Martínez
Pimentel

Igual que en la vidriera irrespetuosa
De los cambalaches
Se ha mezclao la vida

“Cambalache”, Enrique Santos Discépolo

El doctor Imanol Beltrán, profesor de Psicopatología de la Universidad de Buenos Aires y Director de la CPDP —Clínica de Psicopatologías y Desórdenes de la Personalidad—, se acomodó detrás de su escritorio. Un rayo de sol entraba por la única ventana de su despacho, haciendo relucir su pelo entrecano. Se quitó los anteojos y se hicieron visibles las enrojecidas marcas que hundían los lados de su nariz aguileña. Con gesto mecánico, limpió los cristales usando el borde de su camisa. Luego se apretó la nariz usando el índice y el pulgar de la mano izquierda y se la retorció hacia uno y otro lado, presa de un tic espasmódico.

Golpearon a la puerta. Beltrán se puso los anteojos y miró su reloj de pulsera: las diez y media de la mañana. Le satisfizo descubrir que Andrés Gutiérrez, su alumno del curso de postgrado, era puntual. Dijo cansinamente:

—Adelante.

El licenciado, un joven rollizo y vivaz, tomó asiento frente a él, y saludó:

—¡Buen día, doctor Beltrán!

Sus ojillos traslucían un húmedo optimismo, empotrados en el rostro redondo, apenas visibles bajo la sombra del desgreñado pelambre rojizo. Apretaba contra su pecho una carpeta azul, rebosante de hojas sueltas: su manojito de apuntes.

—No se apresure, Gutiérrez. Por la noche veremos si el día ha sido bueno.

Por un instante el licenciado no supo qué decir. La cortante observación de Beltrán lo había tomado desprevenido. Intentó salir del paso recordando una de las sentencias favoritas de su profesor:

—¡Ah, por supuesto! Tiene usted razón, doctor. Nunca hay que anticiparse...

—...a los hechos. Muy bien Gutiérrez. Bueno, lo escucho. ¿Qué me puede decir del paciente?

—Dice llamarse Tristán. Afirma no tener un segundo nombre, ni apellido. Por lo que he podido averiguar, es un NN. No hay papeles, ni rastro alguno en el Registro Nacional de las Personas. Dice que tiene “veintiocho años terrestres”, fíjese usted. No hay datos fehacientes de su nacimiento. Según parece, ha pasado la infancia y la adolescencia confinado en orfanatorios e institutos para menores. Presuntamente logró fugarse, y vivió un par de años en la calle, hasta que lo internaron en el Hospital Borda el 15 de marzo de 2001. Hace un mes escapó y fue arrestado por hurto agravado.

—Todo un sobreviviente.

—Así es, doctor. Lo que en principio fue una simple crónica policial en un noticiario, terminó transformándose en un revuelo mediático al descubrirse que Tristán no tiene identidad verificable. Usted debe haber oído alguna de las hipótesis que barajó el periodismo. Hasta se reavivó la cuestión de los hijos de los desaparecidos, nacidos en los centros clandestinos de detención. Eso siempre vende, fíjese usted. Finalmente, Tristán fue enviado a la CPDP por

disposición judicial.

—Pero esto tiene que ser algo más grande. No creo que un niño nacido en la ESMA o en El Olimpo durante la dictadura sea motivo de preocupación para las agencias internacionales que, cebadas por los medios, apremian al juez Maldonatti. Él mismo solicitó que hiciéramos la evaluación del paciente. Por eso lo trajeron aquí. ¡Como si tuviéramos pocos chiflados! Describame el cuadro, Gutiérrez.

—A simple vista parece un psicótico más, doctor. Pero, fíjese usted, su delirio está muy bien sistematizado. Sus esquemas están brillantemente estructurados. No le encontré fisuras. El tipo cree que es extraterrestre. Bah, ésa es una interpretación demasiado simplista. Asegura pertenecer a los “Buscadores”, una especie de gremio u orden mística del espacio exterior. Habló de “infradimensiones” y “supradimensiones”, y afirma ser un “interón”, o un nacido en los “intersticios dimensionales”. Jura que no es humano.

—Tiene ingenio para los neologismos, ¿no? Cuénteme cómo explica la cuestión de su cuerpo. Y qué dice acerca del idioma.

—¿El cuerpo? ¡Ah! ¡Por supuesto! Es una de las primeras preguntas que tenemos que hacer en estos casos. Debemos descubrir qué argumento brinda el sujeto para...

—Aclaremos algo, Gutiérrez: no le estoy tomando examen. Maldonatti quiere nuestra opinión profesional, vertida en un informe completo y minucioso. Lo convoqué a usted para esta práctica profesional porque es el mejor promedio en mi curso de postgrado. Pero no quiera hacerse el sabihondo conmigo. Que haya obtenido la Licenciatura en Psicología tan rápidamente no significa nada para mí. Así que no trate de impresionarme. Por ahora sólo límitese a indicar los hechos.

—Muy bien, doctor. Disculpe usted —se

excusó Gutiérrez, rebuscando nerviosamente en su carpeta. Consultó una de las maltrechas hojas cuadrículadas y barbotó—: El paciente arguye que a cada Buscador se le asigna un “organismo vehicular”, semejante al cuerpo de un crío de la especie dominante del mundo al cual ha sido destinado.

—Organismo vehicular. Ajá. Muy interesante. ¿Muestra alguna conducta autodestructiva? ¿Autoflagelación? ¿Se deja higienizar? ¿Se abstiene de comer?

—No se ha lastimado, aunque usted sabe que lograr tal cosa es casi imposible. Los enfermeros vigilan a los pacientes todo el día. Y no hay un solo objeto cortante en las instalacio...

—Como ya dijo, Gutiérrez: yo sé que es muy poco probable que alguien pueda lastimarse en mí clínica. Sólo quería saber si el paciente lo había intentado. Evite las obviedades, por favor.

—Desde luego, doctor. Sólo los hechos. Veamos. El paciente se alimenta bien, aunque dice que todo le sabe extraño. Los enfermeros que custodian las duchas no han reportado inconvenientes. Sin embargo, se pasa las horas palpándose el rostro y haciendo mohines de asco. Le dan arcadas cuando se toca el cabello. A veces, se acaricia la nariz, los genitales o los dedos de los pies con evidente extrañeza, como buscando la razón de tener tantos apéndices.

—Delirio somático.

—Eso parece. Aunque este síntoma que presenta Tristán no estaría relacionado con alguna parte de su cuerpo, sino que todo él le parece nauseabundo. Por eso creo que se trata de una insólita variedad de dismorfia: a Tristán le disgusta su cuerpo, pues asegura que no es suyo, que se lo adosaron para arreglárselas en nuestro planeta. Por momentos parece haber olvidado cómo usar sus miembros. Los enfermeros también me han contado que han tenido que enseñarle a emplear los inodoros, fíjese usted. Al principio se

ensuciaba las ropas. O le daba lo mismo orinar y defecar en cualquier lado. Ahora se ha aficionado a la masturbación. Está muy entretenido con su nuevo hobby.

—Interesante.

—Sí. Cuando no manifiesta un abierto rechazo por su cuerpo, su comportamiento indica que éste le parece algo sumamente raro.

—Investiga su cuerpo. En eso es como un niño curioso.

—¡Exacto, doctor! El infante se descubre y descubre el mundo, investigándolo todo sin condicionamientos ni tabúes...

—¿Va a parafrasear a Freud muy seguido? —preguntó Beltrán, mirando al joven por sobre el marco de sus anteojos.

—No. Discúlpeme usted, doctor.

—¿Y el asunto del idioma, Gutiérrez?

—Bueno: aquí vuelven a aparecer los detallados argumentos que organizan su delirio, fíjese usted. Los interones que son amalencados, atraviesan las supra y las infra...

—¿Cómo dijo?

—Discúlpeme, doctor. “Interones” son los entes de...

—... de los intersticios dimensionales. Pero no recuerdo que me haya explicado lo demás.

—¡Oh! Por supuesto. “Amalencar” parece referirse a la técnica que usan los Buscadores para materializarse en el mundo donde son enviados. “Supra” e “infra” son formas abreviadas para “supradimensiones” e “infradimensiones”. Es que se me ha pegado la forma de hablar del paciente. Discúl...

—Ajá. Siga, hombre. ¡Y no se disculpe tanto, por Dios!

—Los Buscadores, decía, son entrenados para comunicarse con la especie dominante del mundo donde se los amalenca.

—Por lo tanto los mentores que Tristán tuvo en la academia de interones que aspiran al amalencamiento sabían que en esta parte de la Tierra hablamos castellano —se burló Beltrán, torciendo la boca en una cínica sonrisa.

Al licenciado le pareció prudente festejar la ironía del doctor:

—¡Sí que es absurdo! Aunque también afirma que, además de hablar con fluidez doce idiomas terrestres, domina ocho lenguas “rustaníes” y diez “tuleposianas”.

—Interesante. ¿Lo verificó?

—¿Doctor?

—Lo de los idiomas terrestres, hombre.

—¡Ah! Por supuesto. Discúl... Eh, pues no. No he podido verificarlo, fíjese usted. Dice que no tiene sentido hablar en otra lengua cuando el castellano sirve perfectamente.

—Loco pero no tonto.

—¡Exacto! Como en todos estos casos. El paciente, utilizando esquemas que responden a una lógica de factura propia, evitará que se desmorone el andamio sobre el que se erige el cuadro psicopatológico que le brinda estabili...

—¡Ya le he dicho que no tiene que recordarme lo que dicen los libros, Gutiérrez! Está agotando mi paciencia. ¿Por qué no me cuenta más sobre los Buscadores?

—Los Buscadores, por supuesto. En apariencia se trata de una orden de interones cuya finalidad es

hallar unos “pórticos”. Con ese propósito son amalencados a través de las diversas supra e infra.

—¿Pórticos? —dijo el doctor, mientras se rascaba las orejas con fruición.

—Así es, fíjese usted. Dice que son puertas interdimensionales que existen en la mayoría de los mundos que visitan, o algo por el estilo.

—A ver si entendí bien. Ellos pueden “amalencarse”, trasladarse a través de las dimensiones físicas de un mundo a otro. ¿No es así? Entonces, ¿para qué buscar esos pórticos?

—El paciente sostiene que a través de los pórticos los interones extenderán la “red metaversal”. Por lo que pude entender, se trata de una trama de senderos interdimensionales que une a múltiples mundos habitados, los cuales, de otro modo permanecerían aislados por distancias insalvables. Sucede que sólo los interones tienen la habilidad de amalencarse. Pero a través de la red, cualquiera de los habitantes de los mundos enlazados podría recorrer todo el espectro dimensional del “metaverso”. Desde los mundos situados en la más baja de las infradimensiones hasta los que se encuentran en más elevada de las supradimensiones.

—Mierda, Gutiérrez. Como lo plantea el paciente, ese “metaverso” parece un lugar donde imperan las diferencias clasistas...

—¡Ja, ja! ¡Qué ocurrente, doctor! —Ahora el licenciado se rió con soltura de la chanza. Pero calló repentinamente al ver la adusta expresión de Beltrán.

—Y supongo que el paciente asevera que lo enviaron a Buenos Aires a buscar uno de esos pórticos: el argumento de una novela barata de ciencia ficción.

—Sí, doctor. Recuerdo haber visto una película donde un hombre internado en un siquiátrico afirma ser un extraterrestre...

—“Hombre mirando al sudeste”.

—¡Exacto!

—Hay decenas de ejemplos, Gutiérrez. Pero volvamos a nuestro caso.

—Tristán insiste en que fue enviado a la Tierra como una especie de “Adelantado”. Aunque en una ocasión comentó que hubo otro Adelantado, amalencado aquí antes que él. Habló de ese Buscador como si se tratara de un desertor. Es más: dice que él debe “activar” el pórtico que ese primer interón “inhabilitó”. El pórtico está ubicado en... A ver. Permítame revisar mis anotaciones. ¡Aquí está! En el pasaje Butteler, en Parque Chacabuco.

—Butteler. El pasaje más extraño de Buenos Aires. Yo crecí en ese lugar, Gutiérrez.

Por un momento la ceñuda expresión de Beltrán se ablandó, y su mirada traspuso los anteojos en busca de las frágiles imágenes amontonadas en la memoria. Se recostó sobre el respaldo de su sillón, y el rayo de sol que entraba por la ventana le confirió un halo a su rostro. Continuó con tono melancólico:

—Se trata de cuatro callecitas que corren diagonalmente desde cada esquina de la manzana, dividiéndola en trapecios. Forman una equis en cuyo centro hay una plazoleta rectangular, frente a la cual se levanta la casa de mis difuntos padres.

—¿Vivió allí? Pero fíjese usted qué casualidad, doctor...

—Sí. Recuerdo que al salir de la escuela, mis amigos y yo íbamos a esa placita a jugar durante toda la tarde... ¿Le gusta el tango, Gutiérrez?

—¿Cómo dice, doctor?

—El tango, Gutiérrez —repitió Beltrán. Entonces cantó, impostando la voz, pero sin afinar—: “Que el mundo fue y será una porquería



ya lo sé... En el quinientos seis y en el dos mil también”.

El licenciado lo miró confundido.

—¿Nunca escuchó “Cambalache”? Es uno de los más grandes tangos de todos los tiempos... La plaza del pasaje Butteler lleva el nombre de su autor, Enrique Santos Discépolo, también conocido como Discepolín.

—Pues, no sé nada sobre él. Disculpe mi ignorancia, doctor.

—¿Sabe una cosa, Gutiérrez? Aunque así parece, yo nunca he estado de acuerdo con la visión tan pesimista que Discepolín tenía del mundo.

El licenciado enmudeció. Beltrán lo desconcertaba. Y como no quería estropear la oportunidad que significaba la práctica, decidió esperar en silencio.

—Vamos, hombre. Está bien. Sé que ustedes sólo escuchan esa música que está de moda... ¿Cómo mierda se llama? Ah, sí: reggaetón.

—Bueno, no sólo escucho reggaetón, doctor. También...

—¿De modo que el paciente le dijo que hay uno de esos pórticos en el pasaje Butteler?

—¿Significa algo para usted, doctor? Usted vivió allí. Tal vez recuerde algún detalle relevante.

—Nada en particular, Gutiérrez. No pensará

usted que yo he visto uno de esos pórticos.

—No, por supuesto. Creí que...

—Salvo su insólito trazado, Butteler no tiene nada de especial. Sólo es un pasaje más, como tantos otros que hay en la ciudad. Sucede que su mención despertó algunos recuerdos de mi niñez... Hay un detalle que no me explico: ¿Por qué el paciente le contó todo esto? ¿No se supone que el cometido de Tristán es algo así como una misión secreta?

—Así es, doctor, fijese usted. Pero dice que ya no tiene importancia, porque ha fracasado. Sólo puede esperar “la disolución”, una especie de castigo. Parece que, entre los interones, la disolución es el equivalente de la muerte.

—Ajá. Menudas ideas persecutorias tiene nuestro paciente... —espetó Beltrán, mientras se restregaba las manos con frenesí y se hacía sonar los nudillos ruidosamente—. Me gustaría que me dé un diagnóstico preliminar, Gutiérrez.

—Luego de someter a Tristán a una meticulosa observación y de entrevistarle repetidas veces, llegué a pensar que el rasgo distintivo de su psicosis es algún tipo raro de disociación corporal.

—Lo escucho.

—El paciente, fijese usted, tiene enormes problemas para reconocer su rostro y su cuerpo como propios. El argumento que necesita Tristán para mantener en pie su delirio es el concepto de “organismo vehicular”, la firme creencia de que lleva auestas un cuerpo que no es suyo, un cuerpo que le resulta extraño y repugnante. Su infancia y adolescencia tienen que haber sido muy traumáticas. Es muy probable que haya sido víctima de violaciones reiteradas y de castigos físicos regulares. Yendo de un correccional a otro desde temprana edad, antecedentes de este tipo no serían de extrañar. Si repasamos los polos del self, encontramos...

—La Escuela Francesa.

—¡Exacto, doctor! —Ahora, el licenciado estaba completamente inmerso en la explicación de su hipótesis. Las mejillas encendidas indicaban su grado de exaltación. Estremecidas por sus manos inquietas, las arrugadas hojas cuadrículadas escapaban de la carpeta azul como pájaros asustados—. Tristán ha desarrollado un delirio por depreciación del polo corporal, que se completa con la exaltación del polo intelectual: su psicosis es, de alguna forma, una parafrenia. ¡De ahí surge todo el asunto de los interones y los Buscadores que son amalencados tras la pista de los pórticos!

—Muy bien, Gutiérrez, muy bien. Suena convincente. Sugiero que categorice la parafrenia del paciente basándose en la clasificación diagnóstica tradicional. No creo que el DSM tipifique de un modo claro un caso como éste. Relea a Kraepelin. Revise la noción de “Psicosis fantástica” de Henry Ey, ahondando en el pensamiento paralógico y la megalomanía. Recuerde que no hizo mención alguna de alucinaciones. Inevitablemente, una parafrenia de éste tipo debería provocar episodios alucinatorios. ¿Tristán ve o escucha a otros interones? ¿A otros seres del metaverso? Y otra cuestión es que no ha referido episodios cenestésicos extraños. Si usted está en lo cierto respecto de la disociación corporal, el paciente tiene que experimentar alucinaciones cenestésicas. Seguramente hay mucho de eso. Indague más.

—¡Por supuesto, doctor! No lo había tenido en cuenta... —barbotó el licenciado, mientras garrapateaba nerviosamente las indicaciones del Beltrán sobre una de sus hojas.

—Por último le sugiero que incluya en su reporte algún dato sobre la relación entre masonería y arquitectura. Hágalo al comentar sus impresiones del pasaje Butteler. Me imagino que tiene pensado ir por allí: su trabajo no estaría completo sin una visita a la plazoleta “Enrique Santos Discépolo”.

—¿Una visita a la plazoleta...? ¡Ah! ¡Sí! Desde luego. Pero... ¿Masonería, doctor?

—Sí, Gutiérrez. Los medios han levantado una polvareda bárbara con el paciente. Imagínese. Un tipo que no existe, que no figura en registro alguno. Un loco de atar que tiene antecedentes penales. ¡Y que asevera haber nacido en los intersticios dimensionales! Un final feliz para esta historia sería que Maldonatti autorice un análisis de ADN y Tristán resulte ser un hallazgo más de las Abuelas de Plaza de Mayo. Pero también hay otras posibilidades, menos auspiciosas: el sujeto puede transformarse en adalid de los ufólogos, conspiradores y agitadores místicos ¿Y si Tristán se ha fugado de alguna secta peligrosa? Tal vez los inquisidores de la CIA y el FBI que acechan a Maldonatti se conformen con una fría explicación psicopatológica. Pero el periodismo sensacionalista y la opinión pública querrán algo más. Algunas logias masonas creían en el poder de la arqueopolisomancia, una disciplina esotérica que establecía cánones arquitectónicos anómalos. Al edificar según estas reglas, se componía alguna clase de sortilegio capaz de atraer a entes sobrenaturales. Será un detalle que las crónicas amarillistas no pasarán por alto. Confío en el que juez sabrá apreciar el gesto.

—Muy bien, doctor.

—¿Recuerda que le dije que no le estaba tomando examen? Pues no le mentí. Pero quiero que sepa que su tesis de graduación contará con algunos puntos de antemano si sigue mis instrucciones al pie de la letra, Gutiérrez. Lo espero la semana próxima para revisar la versión definitiva del informe.

Esa tarde, al salir de la CPDP, el doctor Beltrán condujo hasta Parque Chacabuco, a pesar de que no era el día de vigilancia. La nostalgia lo había atrapado definitivamente, empujándolo hasta la plazoleta. Estacionó su Volkswagen en Senillosa y Avenida Cobo. Salió del automóvil y se detuvo en la entrada del brazo sudoeste del pasaje con forma de equis. Contempló los verdes hierbajos que

asomaban entre los adoquines del empedrado: el tránsito que circulaba por Butteler era escaso. Pensó que el tesón de esos pastos ralos era admirable. Cuidando de no pisotearlos, avanzó a través de la calle liliputiense. Penetró en un mundo al margen del tiempo, donde el aire de arrabal tanguero se espesaba entre las paredes decoradas con coloridos murales y algunos graffitis de variado tenor: desde la ferviente expresión futbolística hasta la declaración de amor o el mensaje obsceno ilustrado.

Al llegar a la plazoleta central, tuvo la sensación de haber arribado a una antigua aldea desierta. El busto de Discepolín, de bronce verdinegro, esperaba en vano el súbito abrazo de una última musa inspiradora. Ahora su destino era el de un centinela inmortal que debía proteger el arenero, los juegos, los maceteros y los bancos: todo el mobiliario que la posteridad le había dejado. El alambicado tobogán y los maltrechos subibajas posaban como esqueletos de un museo. La plaza —un cuadrado de asfalto cercado con pétreos cordones— era un microcosmos que parecía arrancado de algún extraño sitio para terminar enclavado en el centro de esa manzana. Una angosta calle de lustrosas piedras, idénticas a los adoquines que empedraban los brazos de la equis, rodeaba la plazoleta, como un foso cavado para otorgar invulnerabilidad a un alcázar medieval.

Beltrán rememoró cómo él y sus amigos de la infancia poblaban la plaza, dando vida a las chirriantes hamacas, gritando y riendo. Contar con una plaza propia era motivo de gran felicidad. No cualquier chico tenía la suerte de salir de su casa, cruzar en dos o tres saltos una calle completamente inofensiva, y ya estar revolcándose en la arena, o hamacándose, o lanzándose por el tobogán. Paseó la mirada sobre las fachadas de las casas hasta encontrar la deslucida puerta de madera marrón. Buscó el óvalo de chapa, amurado a la mampostería. Sí, ahí estaba: “Butteler 11”. Aún podían leerse las letras blancas sobre fondo negro. Ésa era la casa de su niñez. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando pensó en sus padres. Rubén y

Amelia Beltrán lo habían adoptado cuando tenía tres años. Le habían prodigado mucho amor y una educación, todo lo que lo había transformado en lo que él era hoy.

Cuando sus padres murieron, Beltrán había vendido la casa de Butteler 11. Pero regresaba a la plazoleta cada mes, sólo para cumplir con las rondas de guardia. Pues nunca había olvidado que la plazoleta era un templo, un centro nervioso, un faro capaz de trasponer las sombras y el humo de la ciudad para convocar a los engraidos seres que deambulaban ociosamente a través de una miriada de mundos, empleando para ello una trama inconcebible.

Por fin había llegado el momento para el cual se había preparado durante tantos años: la constante guardia había dado sus frutos. Los Buscadores estaban probando acceder a esta región una vez más, utilizando su desalmado régimen. Sobrevivir en un mundo completamente extraño nunca era un asunto sencillo para un Adelantado. Él había sido muy afortunado. Pero Tristán no había tenido su suerte.

Se preguntó cuándo volvería a escuchar las voces, cuánto tardarían en establecer contacto visual con él. Se encogió de hombros: los mensajes intimidatorios no lo habían asustado antes y tampoco lo harían ahora. No temía a la disolución: a estas alturas, los Buscadores sabrían que él era el único interón capaz de activar el pórtico de Butteler. No podían darse el lujo de eliminarlo. Nadie conseguiría discernir los intrincados pases que había hilvanado a través de la equis, haciendo cientos de caminatas cuidadosamente esquematizadas. Había echado un formidable cerrojo sobre este mundo. El fracaso de Tristán probaba que la taumaturgia que había proyectado sobre el pasaje de peculiar arquitectura era eficaz. Recordó a los masones y sonrió. Pensó que resultaba muy curioso que, en la mayoría de los mundos en los que había sido amalencado, hubieran surgido creencias religiosas, disciplinas científicas o filosofías herméticas que vislumbraran torpemente los principios del traslado

metaversal.

Él que alguna vez se había llamado Imanol a secas, miró su reloj: las ocho menos cuarto. El día había sido bueno, después de todo. Se acercó al busto de bronce. Entonces se pellizó la nariz repetidas veces, y también se rascó las orejas con insistencia. Pensó en Gutiérrez y su diagnóstico: al menos tenía razón respecto de la disociación corporal. Aunque hacía mucho tiempo que su organismo vehicular había dejado de incomodarlo, seguía siendo difícil eliminar los tics, aún después de tantos años. A lo largo de su prestigiosa carrera había conocido a muchos colegas que pensaban que él padecía el síndrome de Tourette.

—¡Discepolín querido! —murmuró, palmeando la cabeza del busto— ¿Cómo podías saber que, cuando escribías “Cambalache”, relatabas con precisión cómo es el lugar de mierda donde yo nací? Describiste la insulsez del hábitat de los interones, la vanidad de sus corruptas castas dinásticas, estirpes de dioses perezosos y hedonistas. Denunciaste la indolencia del metaverso: esa masa amorfa que ha absorbido la belleza de la singularidad. Que, junto con los parsecs, ha fagocitado las barreras de la identidad. ¡Ese es el verdadero cambalache, que sólo ha conseguido que los rasgos distintivos de tantas civilizaciones se diluyan en un coctel promiscuo! En cambio, este mundo que has creído una porquería es maravilloso. ¿Oíste, querido Discepolín? ¡Maravilloso! Y por eso debe seguir intacto...

Una euforia ardió en su pecho, renovando el compromiso que había asumido tanto tiempo atrás: se había jurado a sí mismo que nunca permitiría que la Tierra fuera tragada por el cambalache metaversal.

Cuando puso en marcha el Volkswagen, las luces halógenas de los postes de alumbrado se encendieron y el añoso empedrado del pasaje Butteler —sobre el cual se delineaba el invisible y enmarañado cerrojo del mundo— se tiñó de fulgores blancuzcos.

NESTOR DARÍO FIGUEIRAS

Argentino – 35 años

Néstor Darío Figueiras nació en 1973 y es músico, aunque sueña con conectar el universo de la ciencia ficción con el de las melodías y sonidos, Publicó en AXXÓN, NECRONOMICÓN, NGC 3660, NM, AURORA BITZINE, ALFA ERIDIANI, MINATURA, ÓPERA GALÁCTICA, SENSACIÓN!, PRÓXIMA, PRÉSENCES D'ESPRITS, etc... Ganó una mención en el certamen "Más Allá" edición 1991, por su cuento "Organicasa", una mención en el Premio Andrómeda 2005, por su relato "Reunión de consorcio", una mención en el I Certamen de Poesía Fantástica miNatura 2009, por su poema "La sirena y los pájaros muertos" y quedó finalista en el Certamen de Microcuentos miNatura 2009.

El Cerrojo del Mundo Está en Butteler fue publicado originalmente en la revista NM no. 11 de febrero de 2009.

nestordarius[arroba]yahoo.com.ar

<http://poeticoprofeticopoliedrico.blogspot.com>

La Ciencia Ficción en Colombia

Versión 3.0

Diego Darío López Mera

INTRODUCCIÓN

¿Por qué en el título se incluyen las palabras “versión 3.0”?, porque precisamente es la tercera vez que reescribo y actualizo este artículo. Los anteriores fueron publicados en un portal no colombiano de ciencia ficción y fantasía¹ en el 2008. El primero en enero y el segundo en diciembre de ese mismo año. La razón fue simple: en ese entonces no existía grupo conocido, ni revista colombiana especializada en ciencia ficción, ni website serio -íntegramente colombiano- que tratara sobre este género. Así que tocó buscar en otras tierras y ciberespacios, escapar a otros puertos australes y siderales. Sin embargo, algo asombroso pasó en el 2009 entre más o menos las latitudes 4° sur y 12° norte, y las longitudes oeste Greenwich 60° y 79°.

LOS LIBROS EMBOLATADOS EN LA BIBLIOTECA DE TRANTOR

A finales del 2007 publiqué mi primera novela de ciencia-ficción, **“Los hombres que aterrizaron al mundo”**, quise que tuviera un título rimbombante y exagerado como de aquellas películas de ciencia ficción de los cincuenta; a parte de que aproveché para rendir un homenaje a Orson Welles y H. G. Wells. Al fin y al cabo lo que pasó en Estados Unidos durante la adaptación

radial de *War of the Worlds* fue lo que me inspiró a crear mi aventura sobre un director de cine latinoamericano. Disfruté mucho escribiéndola, ya que plasmé en el procesador de textos mis ideas, anhelos y temores y de paso sentí, con cada palabra escrita en la pantalla del computador, que formaba parte de la constelación de autores de ciencia ficción. Ahora bien... ¿de cuáles autores?, de los que admiro: Dick, Clarke, Crichton. De pronto me di cuenta de lo poco que conocía sobre autores de ciencia ficción colombianos. Así que le pregunté al oráculo, al que todo lo sabe, *Google*, y así fue como conocí las poesías galácticas y mágicas de Antonio Mora Vélez, un pionero, un maestro sin duda. De todas formas también me di cuenta de una triste realidad, es difícil encontrar en nuestras bibliotecas y librerías las obras de autores colombianos de ciencia ficción.

En el 2009 lo físicamente complejo por fin apareció de manera virtual, la revista de ciencia ficción **“Cosmocápsula”** prendió motores en el ciberespacio. Una excelente oportunidad para la promoción y divulgación de este género en la tierra del sombrero vueltiao y la cumbia. De todas formas, aún falta que más escritores colombianos se animen a extrapolar la realidad de nuestro país e imaginar el futuro. Hay que atreverse a imaginarlo.

UNOS MARCIANITOS MUY MONOS

La ciencia ficción no sólo se limita a la literatura. En el cómic colombiano **“Los marcianitos”** de Efraín Monroy, un par de simpáticos alienígenas verdes llegan a Bogotá para enfrentarse a los mismos problemas que sufre cualquier recién llegado a la capital de un país en vía de desarrollo: “el rebusque”. Sus historias extraterrestres con aroma a changua y masato animaron mi niñez y aún hoy lamento que hayan dejado de publicarse.

1. Puerto de Escape: Ciencia Ficción y Fantasía Chilena-Latinoamericana - <http://puerto-de-escape.cl>

Ya en la universidad conocí a **“Pelelemán”** del colectivo paisa Zapepelele. Un superhéroe que no es un superhombre, ni un megabot, sino un muñeco de trapo con la fuerza e inteligencia del Chapulín Colorado. Todavía sigue publicándose. Menos mal.

También por esa época de webs lentas y disquetes 3 1/2” me asombré con los caleñísimos de aspecto insectoide y alienígena en **“Mientras la ciudad duerme”** de José Campo. Quién diría, encontrar a criaturas similares a las de Mos Eisley, aunque más amigables, festejando los goles en el Pascual Guerrero o haciendo fila, con mucho civismo, para abordar un bus Verde San Fernando. ¿Quién lo diría? Así es el imaginario del profesor Campo.

Ahora bien, existen cómics de ciencia ficción colombianos perdidos en el ciberespacio. Tan sólo espero que escapen de esa maraña atiborrada de la red de redes, encuentren el camino a casa y logren brillar en las pantallas de los comiqueros colombianos y los no tan comiqueros.

LA TV QUE NOS TOCA VER

A finales de los ochentas llegó **“El visitante”** de RCN Televisión. La verdad, aunque la vi, no recuerdo mucho esta serie de extraterrestres invasores. Supongo que fui abducido y los grises borraron mi mente. Algo parecido me sucedió más de una década después, antes de que comenzara este siglo, Caracol Televisión produjo **“La dama del pantano”**. Un buen ejemplo de lo que no se debe hacer en ciencia ficción. En primer lugar se trataba de una telenovela. Y segundo, fue una pésima burla a la ciencia ficción con una trama lenta y personajes estereotipados.

Cinco años tuvieron que transcurrir para que Caracol Televisión se animara a realizar **“La séptima puerta”**, un híbrido entre ciencia ficción

y fenómenos paranormales. Por su parte RCN no se quedó atrás en la lucha del rating y estrenó **“Enigmas del más allá”**. Ambas producciones, aunque contaron con el apoyo inicial del público adolescente, poco a poco se desvanecieron en el olvido, ya que eran una evidente copia degradada de *The X-Files*; mientras esta clásica serie gringa emitía sus capítulos una vez por semana, estas producciones colombianas lo hacían de lunes a viernes (así que desde sólo ese criterio se puede deducir su calidad).

E.T. TODAVÍA NO HA ATERRIZADO EN CALIWOOD

Al mismo tiempo que Spielberg ganaba millones con su *Close Encounters*², el caleño Jairo Pinilla estrenaba su opera prima: **“Funeral siniestro”**. Desde luego, las películas de Pinilla como **“Área maldita”**, **“Extraña regresión”**, **“Triángulo de oro – La isla fantasma”** y **“Posesión extraterrestre”** no tienen la factura de las de Spielberg, más bien se parecen a las de Ed Wood con un aire muy tropical; sin embargo eso no evita que sus obras sean consideradas “películas de culto”, al fin y al cabo, qué se puede esperar de este ingenioso director que, al darse cuenta por aquella época que muchos colombianos no veían películas habladas en español por considerarlas malas, decidió contratar a actores desconocidos para luego doblar sus películas al inglés, añadirles subtítulos en español y hacerle creer a los colombianos que se trataban de películas gringas. Más de uno cayó en la travesura.

“Bogotá 2016” inauguró este siglo con un tríptico cinematográfico: **“La venus virtual”**, **“¿Quién paga el pato?”** y **“Zapping”**. Tres cortometrajes formando una película. En uno de éstos, un muro divide a Bogotá y separa a los pobres de los ricachones que no saben qué hacer con su dinero y tiempo libre.

2. *Close Encounters of the Third Kind* – Encuentros Cercanos del Tercer Tipo (1977)

De Medellín y con el Y2K asustando, surgió la saga de “**Mountruöx**” de Adolfo X que narra las misiones de un arcángel justiciero al son del heavy metal. Y, en Cali, con otro son muy diferente al salsero, ¡aleluya!, se estrena en el 2008 “**Yo soy otro**” del profesor Oscar Campo, una película inquietante y sombría que trata sobre un ingeniero quien, un día cualquiera y en medio del conflicto colombiano, descubre que en la ciudad existen varios dobles suyos, desde luego, “dobles malvados”.

También de Cali, en el 2009, se estrenó un cortometraje animado sobre un amor microscópico “**Victoria y Globuleo**” de Alexander Giraldo; y con “**Star Wars in a Notebook!**”, el cuarto episodio de la *space opera* de George Lucas se recrea en el cuaderno de Oscar Triana.

CONCLUSIÓN

“Imaginar que en Colombia se lleve a cabo una convención de ciencia-ficción que esté abarrotada por *trekies*³ es, precisamente, eso: ¡pura ciencia-ficción!” Eso fue lo que escribí hace más de dos años en la introducción de las dos versiones anteriores que tuvo este artículo. Ahora el panorama es diferente. Tal vez no se reunirán los *trekies*, pero hay otra clase de fans colombianos que sí se reúnen utilizando las redes sociales. En el 2009 se celebraron en Colombia las primeras versiones de dos encuentros de ciencia ficción: “Encuentro Fractal” en Medellín y “La invasión del monstruo de los mangones galáctico” en Cali. Ambos, a su modo, con los mismos propósitos: promover la ciencia ficción y pensar el futuro. Además, en Colombia se está experimentando y gestando obras en un movimiento conocido como el *new media*. Muchas con un aura a ciencia ficción. Por ejemplo, ya existen empresas colombianas que compiten mano a mano en la

industria de los videojuegos con productos como “Cell Factor” y “Monster Madness”. Por fortuna mientras esta evolución continúe, supongo que seguiré actualizando este artículo.

Y ya para terminar, a modo de reflexión del porqué escribo sobre lo que escribo: la ciencia ficción como cualquier género artístico y literario es una expresión de la realidad. Se pinta, se canta, se escribe y se lee sobre lo que pasa en nuestro alrededor. El siglo XX trajo consigo no sólo asombrosos descubrimientos y adelantos tecnológicos, sino además drásticos cambios sociales. Pasamos de la Era Industrial a la Espacial en un parpadeo. Se conoció el poder apocalíptico de la maldad humana con las guerras mundiales. Éste fue el contexto en el que surgió la ciencia ficción y todo sucedió en los países desarrollados. Allá nació el automóvil, el avión, los computadores, la bomba de hidrógeno. Quizá por esta razón la ciencia ficción sea más popular allá que acá. Nuestros abuelos, padres, nosotros mismos, fuimos espectadores y víctimas. Sin embargo todo está cambiando. Vivimos en un mundo extraño. Los computadores son cada vez más pequeños y poderosos. Los ingenieros nos esforzamos por lograr la automatización de procesos. Los científicos experimentan con la clonación y con el mejoramiento de la especie humana. Los robots ya caminan en dos patas. La información está a sólo un clic. Estamos ciberespacialmente tan cerca y a la vez espacialmente separados. Ya no somos sólo víctimas, todos tenemos los medios para ser visionarios o victimarios. Muchos cambios y adelantos suceden y no logramos entender su real envergadura. Debemos extrapolar el presente. Debemos imaginar el futuro. La ciencia ficción es tan sólo una expresión de nuestra realidad. Por eso escribo lo que escribo.

3. *Trekie*: fan de *Star Trek*.

DIEGO DARÍO LÓPEZ MERA

Email: diegodario[arroba]colombia.com

Ingeniero de Sistemas de la Universidad del Valle (Colombia). Actualmente es docente en el área de programación en la Institución Universitaria Antonio José Camacho (Cali) y coordinador del semillero en tecnologías multimedia de esta institución (ITmedia). Ha realizado cortometrajes y escrito novelas de ciencia-ficción, en las cuales utiliza la tecnología y la ciencia para recrear sus mundos fantásticos.

Novelas:

“Los hombres que aterrorizaron al mundo” (2007) obtuvo mención de honor en la primera convocatoria del Premio Andrómeda de Ficción Especulativa de España.

“Calien” (2009). No ha obtenido reconocimientos, pero aun así la quiero.

“Ciudad Cheveronga” (2010) fue uno de los relatos finalistas en el Premio de Literatura Infantil y Juvenil El Barco de Vapor – Biblioteca Luis Ángel Arango (2009).

Relatos:

“¡Me parece que vi un lindo extraterrestre!” seleccionado en antología Sonrisas y Asteroides (España - 2008).

“La guaca del extraño Chriso Poeia”

“El luciferino”

“Cameo”

El ADN del Mundo ¿Las Palabras?

Pequeñas implicaciones derivadas de “El Orden Alfabético” de Juan Millas

Yesid Henao Pérez

El Orden Alfabético de Juan José Millás:

Éste es un libro donde Juan José Millás introduce la revolución absoluta a partir del orden perfecto, y donde, por consiguiente, ninguna palabra, con su idea dentro, permanece en su sitio. Un mundo de risa oscura con el escritor más desconcertante de nuestras letras. Un desafío a todas la potencias del lector.

Editorial: Alfaguara

Año publicación: 1998

Tomado de:

<http://www.lecturalia.com/libro/5814/el-orden-alfabetico>

La posibilidad lógica¹ permite que nuestra imaginación traspase las fronteras de lo impensable, sin embargo, nada tiene de fantástico pensar que la realidad depende y se determina por el lenguaje, pues el ácido desoxirribonucleico de la

realidad son las palabras, ello es innegable, es decir, inexpresables y al margen de nuestro pensamiento quedarían los fenómenos si no tuviésemos aquellos signos conglomerados para ser interpretados e interpretar a través de ellos la realidad. Es más, no sólo se interpretan los hechos con las palabras, éstos se construyen, alteran, moldean, entran en metamorfosis sólo en ellas.

No es raro que el mundo alucinado por Julio se desintegrara progresivamente a medida que desaparecían los vocablos, lo cual provocaba una pérdida progresiva de pensamiento, cultura, civilización y demás, en fin, el hombre regresaba a su animalidad a una velocidad directamente proporcional a la merma del lenguaje, perdía su capacidad de abstracción y con ello se hacía indiferenciable del resto de animales, notándose más dicha involución con la pérdida de algunas palabras básicas: mesa, cuchara, cuchillo, silla, etc. se hizo absurdo pretender tener una cena ya que toda convencionalidad carece de sentido cuando se hace inefable, a lo máximo que se puede aspirar entonces es a comer en el piso cual simios pues eso somos sin lenguaje.²

Así pues, cada palabra es única e irremplazable, su desaparición causa un desequilibrio en el ecosistema conceptual, en la estructura del mundo y en la interpretación que de éste tenemos. Es absurdo pensar en el desvanecimiento de una palabra sin que tal pérdida trastorne el orbe, pues sencillamente parte de éste se desvirtúa con la evaporación de ésta; el mundo es palabra.³

Ahora bien, nuestro personaje en su infancia vivía entre dos mundos

- ¡En su adultez también!

1. Todo es posible lógicamente salvo la contradicción, verbigracia de ello, la literatura de ficción, donde las situaciones son llevadas a extremos que no funcionarían dentro de nuestra realidad, ya que hay una diferencia radical entre la posibilidad lógica y la posibilidad material o física en la que estamos inmersos, pues una cosa es el límite de nuestra imaginación (contradicción) y otra el funcionamiento de las leyes naturales con sus restricciones. Si tengo A Y no A al mismo tiempo, bajo las mismas circunstancias, ello sería contradictorio. Una barra de hierro no puede estar a 100 grados centígrados y a - 10 grados

– Sí yo sé, el imaginario y el “real,” ambos lados de un mismo calcetín. Acícate que lo incitaba a comparar un mundo que lentamente se quedaba sin palabras, un universo en proceso de deshumanización y el mundo “correcto” donde los convencionalismos no estaban sufriendo mutaciones. Así, Julito se dio cuenta de que existía una relación trascendente entre lenguaje, pensamiento y mundo, se percató de que con la extinción de las palabras también desaparecían los pensamientos sobre la realidad, pues se desdibujaba el universo, al menos en sentido semántico, o sea, humano. Raro, ¿no? Ni tanto, la realidad se determina en nuestro lenguaje, parafraseando a Kant, conocemos de las cosas lo que ponemos en ellas y, lo hacemos a través del lenguaje ¡silencio! ¡Aquí no cabe la epistemología! Está bien, sigamos con Julito, él notó que las palabras permitían hacer viajes en el tiempo, que ellas registraban las épocas pasadas y estructuraban las futuras, que el sabor de las frutas y la coherencia de las ideas era otorgado por las mismas, que el mapa del mundo era la enciclopedia en cuyas páginas se encontraba abreviado el mismo; comprobó que el mimetismo no era algo exclusivo de los animales para su supervivencia, ya que los hombres constantemente aparentaban lo que no eran, cuestión de supervivencia también. Sin embargo, el camuflaje en tales bípedos tenía un mayor grado de sofisticación, pues no se reducía solamente a verse de tal o cual manera, sino a fingir tener tal o cual modo de pensar o ser, de lo que infiere un mimetismo en abstracto de tipo intelectual y malvado.

Claro está, que el concepto de hombre no se reduce sólo a lo imitativo pues hay otras clases, como los que se comen entre sí, literalmente o con su manera pérfida de relacionarse (antropófagos). A causa de éstos surge otra clase de hombres que sienten aversión al trato humano (misántropos) no soportan la hipocresía propia de los caníbales civilizados, en fin, el peor de todos es el que disimula su mezquindad “amando” a sus semejantes, obrando en “pro” de una comunidad que odia (filántropo) **¿Será que tales idiosincrasias son producto del lenguaje?**

Las palabras nos alejan tanto del modo de ser de las cosas, que se nos hacen extraños eventos tan familiares como la muerte: “acababa con ellas (las moscas) para ver si se morían de verdad, pues me costaba mucho creer en la muerte, al menos en la mía”⁴ Algunos dirán que no todo es de tipo formal, que la muerte es inevitable así no pensemos o teorizamos sobre ella, lo cual es cierto; no obstante, la interpretación que hacemos de tal hecho permite que la veamos como algo bueno o no, pues sabemos que para el cristiano la misma es el portal a la vida “eterna”. La muerte se convierte en algo deseable para él, siendo la vida un mero paso, mientras que para otros la vida es la que cobra mayor valor frente a su inevitable ocaso, así las palabras atrapan al hombre con su embrujo gramatical, atándolo a todo lo pensable (posible). Éste se hace víctima de las dicotomías y enfrentamientos creados por el lenguaje; recuérdese que los que se enfrentan en una batalla no son las ideas sino los hombres, éstos mueren a causa de ellas, entonces, aquél enfrentamiento de

centígrados al mismo tiempo bajo las mismas circunstancias, ello resultaría absurdo, como decir que una persona (física) puede atravesar un muro de concreto sin romperlo, o, que la misma puede quedarse suspendida en el aire sin ninguna clase de ayuda, burlando la gravedad. Además, de una contradicción se sigue cualquier cosa, como bien lo enseña la lógica, a continuación una pequeña demostración.

Para entender un poco mejor recomiendo tener unas pequeñas nociones de lógica simbólica:

Si tengo **A** y **no A**, **conjunción** – puedo tomar uno de sus elementos por **simplificación**, por ejemplo **A**, a éste (**A**) por **adición** puedo sumarle cualquier cosa, **a**, **b**, **c**, **d**,...**x**, y o **z**. Así, puedo tener la siguiente conjunción **A** o **X** por citar un ejemplo, donde **X** simboliza cualquier cosa, como resultado tendría la siguiente disyunción: **A** o **X** (o es **A** o es cualquier cosa, es decir, **X**) de la cual puedo tomar uno de sus dos elementos en este caso **X**, dado que tengo la negación de **A** (**no A**) que fue el elemento restante de la primera simplificación, es decir, **A** o **X**, **no A**, por lo tanto, **X**. por la regla que aplica al silogismo disyuntivo.

las biblias con los libros científicos, sólo es una metáfora que refleja el enfrentamiento entre hombres con pensamientos distintos que padecen y sufren a causa de las ideas.⁵ Empero, indiscutible es el papel que juegan las palabras en la construcción del universo, pues aunque éstas nos alejan del mismo también nos lo acercan, ya que, los hechos independientes de interpretación se hacen inefables, atando de manos a los hombres, llevándolos a la parálisis. **¿Cómo concebir el pensamiento sin lenguaje, incluso, el actuar humano?** Se podría redefinir el concepto *pensamiento* tomándolo en un sentido más amplio, por ejemplo, todo aquello que reaccione y se adapte a las condiciones de su entorno piensa, no obstante la ambigüedad de tal definición incluiría automáticamente todos los organismos que efectivamente reaccionan y se adaptan al entorno, así compartiríamos tal status (seres que piensan) con perros, gallinas, gusanos, incluso con amebas y termostatos.

Sin negar que la similitud entre algunos hombres y dichos seres es mucha, pues hombres y palabras los hay de toda clase, como Julio que, pese a su adultez, siguió viviendo entre lo real y lo quimérico, entre su trabajo y una familia de ficción, surgida por mantener las apariencias o tal vez como una necesidad creada por el mercado, así él vivía inmerso en un mundo híbrido de imaginación y realidad, donde el artificio estaba a la orden del día, pues para comunicarse en público con su amada lo tenía que hacer sin mover los labios ni gesticular, no quería ser tildado de loco.

2. No se niega el hecho de que existen lenguajes alternativos como el braille, las señas, el lenguaje corporal, etc. que también permiten interactuar con el mundo, sin embargo, dichas formas alternativas de lenguaje están cimentadas en el sentido convencional de la palabra, es decir, en el conjunto de sonidos articulados que el hombre utiliza para manifestar lo que piensa y siente.

3. Obviamente estoy hablando de mundo en sentido epistemológico, de la construcción conceptual elaborada por el hombre para acceder a éste, de su análisis. El real modo de ser del mundo (su sentido ontológico) es inexpresable, sólo hay interpretaciones, eso es todo.

4. JUAN JOSÉ MILLAS – EL ORDEN ALFABÉTICO, Santillana Ediciones Generales, S. L Tercera edición: agosto 2002, Impreso en España. Pág.7

5. Tal vez, razón tienen quienes dicen que los imbéciles son más felices, menos ideas representan menos problemas.

YESID HENAO PÉREZ

Respecto a mí, soy Licenciado en filosofía y Letras de la Universidad de Caldas, en este momento intento ingresar a la Universidad Nacional a la Maestría en filosofía; soy de un lugar del que no quiero acordarme ubicado en algún rincón de Caldas; acabo de iniciar en el cuento de las publicaciones, sólo poseo un par :

Antirrealismo en T.S KUHN, Revista Cazamoscas (estudiantes del programa de filosofía y letras de la Universidad de Caldas) Año 3. Número 3 y 4. Febrero – junio 2009 - Pág. 71- 80.

¿ES RAZONABLE TOMAR LA FICCIÓN COMO OPCIÓN DE VIDA? COMENTARIO ACERCA DE “LA INVENCION DE MOREL” DE ADOLFO BIOY CASARES, Revista colombiana de ciencia ficción Cosmocápsula número 2 febrero – abril 2010- Pág. 7-8.

Razón de Cambios

Claudio Guillermo del Castillo
Pérez

El viejo Atlas, abrumado por el peso del globo terráqueo, hallaba el descanso necesario dormitando de pie, como las jirafas. Cierta vez tuvo un sueño en el que, orgulloso y soberbio al frente de los titanes, marchaba nuevamente a la guerra contra Zeus.

Ya lo tenía agarrado del cuello cuando éste le estampó un nubarrón en un ojo y, apelando al socorrido recurso del pisotón, logró zafarse. Boqueando hizo presa en la cintura de Atlas, con el propósito artero de aplicarle una media-nelson. De repente, lo inesperado: en pleno forcejeo, el padre de los dioses se aferró a los calzones del titán y se los arrancó de raíz.

En cuestión de segundos la olímpica lucha devino en relajo.

Atlas entreabrió los párpados e intentó captar una pizca de realidad para rehacer la pesadilla a su antojo. Acto seguido se espabiló por completo. La sensación inequívoca de desamparo en la región sacra le había confirmado el insipiente pero inexorable escurrimiento de la prenda.

“¿Cómo pudo ocurrir?”

Cuando volvió el rostro para mirar tras de sí, el Everest lastimó su huesuda mejilla, por lo que le fue imposible apreciar la magnitud del desastre. Miró hacia abajo y constató aliviado que su pubis enflaquecido se mantenía a cubierto.

Entonces recordó el efecto cachumbambé de

todo calzón: ni bien la sección trasera acabara su recorrido, tocaría el turno a la delantera y así, hasta los tobillos. Dos minutos escasos separaban al titán de la ignominia.

En su desesperación, Atlas inspiró hasta que sus costillas crujieron, apretó los dientes e infló la barriga a conciencia. ¡Bingo! Es verdad que su ombligo se abotagó, mas la tensión generada en la faja contuvo la debacle. Pero de inmediato sospechó que no aguantaría mucho tiempo sin respirar. Para colmo de males, el calor de sus hombros aceleró el deshielo antártico. Un iceberg retozó por su espalda rocallosa, enfiló el cañón “intranalguíneo” y consumó de facto la vejación.

Atlas se desinfló electrizado.

Desde lo de la avispa no se había sentido tan ultrajado e indefenso. En aquella ocasión las Hespérides frotaron zumo de naranjas por su piel. Vana pretensión de calmar su tormento pues que alguien te aplaque un escozor es como que te ajuste los espejuelos, o la gorra: uno nunca queda conforme.

Atlas tuvo que lanzar la Tierra al aire para rascarse a gusto. La atrapó a duras penas... de *short bounce*. Sus hijas pasaron días enteros barriendo diplodocos del suelo y expurgándole apatosaurios de la melena enmarañada. Tal negligencia, por supuesto, le valió al titán una reprimenda de Zeus que, con los rayos en el sobaco, le bramó amenazador su letanía:

“La Tierra es tu responsabilidad y tu castigo eterno. ¡No lo olvides!”

El terco calzón descendió un poco más y dejó en exhibición la mitad de lo prometido. Atlas comenzó a transpirar de puro nerviosismo. Buscando acomodar la pieza se encogió e improvisó algo semejante a un pasillo de charlestón. Ni modo. Aun si se excluye el tsunami que azotó el Pacífico, el resultado no pudo ser más nefasto: las contorsiones de la entepierna arrastraron los bajos y el proceso se catalizó en los

laterales, a la sazón tímidos espectadores del drama. Así desapareció el contacto tranquilizador de la huevera y el flácido calzón, fiel a sus propias leyes, se desplomó en caída libre.

En un postrer esfuerzo el titán gritó “¡jaa... grrr!”, saltó como un halterófilo durante el envión y se despatarró. Pero ya era demasiado tarde. Si rápido ascendieron las placas tectónicas en Asia, más veloz se deslizó el calzón desbocado, que sólo frenó a la altura de las rodillas.

Atlas se vio dismantelado, con sus griegos genitales expuestos a la intemperie.

“¿Qué haré?”, se preguntó, rojo de ira y vergüenza.

Se acercaba la hora de concurrencia máxima, en que las deidades del Olimpo mataban el aburrimiento importunando a los que todavía conservaban su empleo. Y, ¡por Zeus!, si Talía lo pillaba tal como había venido al Cielo habría un florecimiento del grotesco, seguro. Le urgía, pues, restablecer la situación cuanto antes.

Subirse con una mano el calzón no es coser y cantar. La operación requiere precisión quirúrgica ya que debe tomarse el calzón por el justo medio y halar firme, de lo contrario queda de ganchete. Atlas era consciente de que no tendría una segunda oportunidad.

“¿Mano diestra o siniestra?”.

La nominación de las mismas dio respuesta a su inquietud de proteger la carga a toda costa.

Con resolución apoyó la palma de su mano derecha en el centro de África, colocó el pulgar en Pretoria y los dedos restantes entre Guinea y Egipto. De esta forma sostuvo la Tierra en alto, se inclinó cuidadosamente y puso fin a su agonía.

Claro, como en toda buena película de Hollywood, en el último instante el hemisferio boreal provocó un desequilibrio casi definitivo. El

codo de Atlas tembló, su brazo cedió. A punto ya de soltar la Tierra, logró asirla por el Cabo de Hornos con la punta de la punta de los dedos. Y con un tirón enérgico que estremeció el espinazo andino la devolvió a su sitio.

Atlas echó un vistazo a su alrededor. A lo lejos divisó a Hermes, el correveidile de Zeus, que se acercaba a paso vivo.

“Otra vez será, amiguito”, masculló, y sonrió con malicia.

Su dignidad y su pellejo estaban fuera de peligro.

CLAUDIO GUILLERMO DEL CASTILLO PÉREZ

Nacionalidad: Cubano

Edad: 33 años

E-mail:

ccastillo[arroba]aeronav.ecasa.avianet.cu

Claudio Guillermo del Castillo Pérez nació el 13 de septiembre de 1976 en la ciudad de Santa Clara, Cuba. Es ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica. Ganador del *I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles* (España) en 2009. Finalista del *Certamen Mensual de Relatos* (septiembre/09) de la Editorial Fergutson (España). Mención en la categoría Ciencia Ficción de la *I Edición del Concurso de*

Fantasia y Ciencia Ficción Oscar Hurtado 2009 (Cuba). Tercer Premio del ***Concurso de Ciencia Ficción 2009*** de la revista ***Juventud Técnica*** (Cuba). Ha publicado sus relatos en los e-zines ***Axxón*** (Argentina), ***MiNatura*** (España), ***Cosmocápsula*** (Colombia), ***NGC 3660*** (España) y los blog literarios ***Breves no tan breves*** (España) y ***Químicamente impuro*** (Argentina). Cuatro relatos suyos están en proceso de edición para un ***Especial*** de la revista ***Alfa Eridiani*** (España). Es miembro del Taller de Creación Literaria ***Espacio Abierto*** (Cuba).

Máquina del Tiempo con Físicos

Campo Ricardo Burgos

El 30 de marzo de 2110, tras muchas décadas de trabajo (en concreto cuatro), los hermanos Tomi y María Cáceres (el uno atestado de ideas, la otra, aún más atestada de ideas) completaron su máquina del tiempo. Era la primera vez que la humanidad conseguía tal artefacto pero, curiosamente, aquel día la humanidad no se enteró y continuó con sus labores y sus afanes como si nada hubiera ocurrido. La razón era sencilla: tras muchos años de estudio los físicos Tomi y María Cáceres habían llegado a la conclusión de que construir la máquina del tiempo era factible, pero también que no valía la pena que una vez construida, la humanidad la conociera. Tanto Tomi como María, consideraban que la popularidad era una niñería, y por eso decidieron que si algún día conseguían construir la máquina del tiempo, no la darían a conocer al mundo.

- Hay algo poético en nuestro propósito –había dicho María a Tomi-. ¿Te imaginas que Dante hubiera escrito *La Divina Comedia* y que una vez la hubiera completado, hubiera procedido a quemarla? ¿No sería fascinante un universo donde Dante ha escrito *La Divina Comedia*, pero jamás otro ser humano la leerá y la historia jamás registrará que un libro llamado *La Divina Comedia* ha sido alguna vez creado?

- ¡Sí! –proseguía Tomi-. Imagino a un Dante que tras destruir *La Comedia*, pasa el resto de su vida recordándola, mientras el mundo ignorará para siempre que semejante cumbre literaria ya ha sido alcanzada. Ese Dante no ha condescendido a

algo tan banal como la fama y sabe que un auténtico artista crea su obra para sí mismo, que le importa un pito que otros puedan leerla u observarla.

- Sí- volvía a la carga María-. ¿Te imaginas si Da Vinci hubiera destruido *La Gioconda* una vez concluida? En el momento de morir, Da Vinci muere llevándose ese secreto a la tumba: Sólo sus ojos han tenido el privilegio de contemplar un territorio pictórico que ningún otro ser humano observará jamás. Da Vinci sabe que una obra de arte se hace por el placer de hacerla, que el público para ella es totalmente innecesario o secundario ¿Qué importa que no se consiga fama si por una vez, uno ha visto el cielo cara a cara?

- Haremos lo mismo –interrumpía Tomi entusiasmado-. Crearemos una obra artística y científica como ningún otro humano ha inventado jamás, pero a diferencia de los demás, nos daremos el lujo de destruirla. No prostituiremos nuestra obra vendiéndola, publicitándola o permitiendo que otros la usen.

Y así fue. Como decíamos en un principio, tras cuatro décadas de labores en secreto y de afanes innumerables, un día Tomi y María alcanzaron su propósito. Una vez construida la máquina (una suerte de cápsula blanquísima no mayor que un automóvil corriente y con un par de puestos para un par de viajeros del tiempo), hicieron dos pequeños experimentos para ver si funcionaba. Un día miércoles escribieron de su puño y letra un poema en una hoja de papel y luego lo quemaron. Al día siguiente, el jueves, viajaron un día atrás en el tiempo, recuperaron la hoja antes de ser quemada y la trajeron al jueves en que estaban. Para su sorpresa, el jueves tenían en sus manos la misma hoja con el mismo poema de su puño y letra que ellos habían quemado el día anterior. Ese mismo día, Tomi y María observaron con muchísimo cuidado todos los detalles en la casa en que vivían, así como muchas de las noticias que aparecían en los medios de comunicación y constataron que, hasta donde ellos percibían, la modificación de ese diminuto detalle del pasado

que ellos habían llevado a cabo, no parecía haber afectado a los hechos del presente en que ellos se encontraban. Concluyeron entonces, que no siempre la modificación de un evento del pasado alteraba el futuro. Un cambio tan insignificante como impedir que una hoja de papel se quemara en el pasado, no necesariamente mudaba el futuro.

- Es obvio –anotaba María-. Que no todos los eventos del presente tienen gran peso sobre el futuro. Si al viajar al pasado se impide la muerte de Sócrates, es muy probable que tal alteración, cambie la historia de una manera drástica. En cambio, si viajo al pasado e impido que cierto día me ponga un pantalón azul y en vez de eso utilizo uno verde, esa variación de lo acaecido es tan insignificante que lo más probable es que en líneas generales para nada afecte a la historia. En otras palabras –concluía la física-, no todo lo que acontece en el presente modificará al futuro, hay eventos que son trascendentales para determinar el curso de la historia, pero otros son tan triviales que da lo mismo si suceden de un modo o de otro.

- Cierto – complementaba Tomi-. Para la historia humana no es importante que este poema haya sido o no quemado ayer, da lo mismo.

El segundo experimento que los científicos ejecutaron fue muy similar al primero. En cierto relato clásico de Ray Bradbury, unos viajeros del tiempo se trasladan al pasado y se les pide que no toquen absolutamente nada pues, hasta el cambio más minúsculo, podría afectar drásticamente la historia. Los viajeros van hasta una época antiquísima y siguen la directriz de no tocar nada, pero en cierto instante, por error, matan una mariposa. Cuando los viajeros vuelven al presente de origen, ya ese mundo que ellos conocían, no existe. A Tomi y María Cáceres siempre les había encantado esa historia y, ahora que literalmente podían hacerlo, emprendieron el experimento. Con cuidado programaron la máquina para viajar hasta la época de los dinosaurios y, una vez llegaron allí, aplastaron al primer insecto que vieron. Dado que al llegar a la Era Mesozoica, Tomi ansiaba ver un dinosaurio cara a cara, una vez mataron el insecto

él insistió en quedarse un rato, pero María estaba tan asustada que le pidió volver de inmediato al año 2110 del cual habían partido. A regañadientes Tomi activó el mecanismo de vuelta, y en un instante él y su hermana estaban otra vez en el mismo día del cual habían zarpado. De inmediato la pareja de físicos observó el entorno y notaron que todo seguía igual, que ningún detalle parecía extraño o inusual. Luego de eso prendieron el teletransmisor y comprobaron que el mundo desde el cual habían iniciado su viaje, no había cambiado en nada sustancial. América Latina seguía teniendo el mismo presidente que cuando ellos habían partido, Bogotá seguía en el mismo lugar, en la radio sonaban las mismas canciones que sonaban antes de la partida, China seguía en la China, los políticos seguían haciendo la misma política y los humoristas los mismos chistes que ellos habían escuchado antes de su experiencia. Minuciosamente observaron, oyeron y palparon todo lo que pudieron y al final, algo desconsolados, concluyeron que para efectos prácticos estaban en el mismo mundo desde el cual habían iniciado su segundo viaje. El cuento clásico de Bradbury sólo era un cuento, pues al llevar a cabo un experimento como el descrito por él en su ficción, no habían sobrevenido las transformaciones que se esperaban.

- Es lo que te dije – sentenció María triunfal-. Este segundo experimento prueba que no todo en la historia humana está encadenado. Hay eventos que son irrelevantes, que para la historia no tienen importancia. En cambio, es seguro que debe haber otros episodios que si se suprimen, deben modificar el mundo de una manera rotunda.

Sólo por asegurarse de su inferencia, Tomi y María aguardaron un mes completo observando el mundo en que se encontraban y sin usar la máquina del tiempo. Querían tener la mayor certeza posible de que el mundo del presente no se había modificado tras ese insectito que ellos habían liquidado en el Jurásico. El par de físicos había pensado que, de pronto, el universo en que se encontraban sí se había trastocado, pero que era necesario vivir un período en él, para notar esos cambios. Cuando tras treinta días de observación

cuidadosa, Tomi y María no hallaron ningún indicio de que pudieran estar equivocados, la pareja aceptó su conclusión inicial y avanzó a la siguiente fase.

- ¿Y bien?-comenzó María, que por lo general era la que iniciaba discusiones de esa clase-. ¿A qué edad de la historia quieres viajar? ¿Otra vez a la Era Secundaria como cualquier guionista de Hollywood en trance de vender una historia? ¿A la época del hombre de Neandertal? ¿Quieres conocer cuando se estaban construyendo las pirámides egipcias? ¿Deseas estar cara a cara con Aristóteles o Alejandro Magno? ¿Qué tal contemplar en acción a Dante o a San Francisco de Asís?

- La verdad estoy confundido –repuso Tomi-. Hay tantas opciones atractivas que no sé cuál escoger. Cualquiera de esas que has mencionado sería fascinante. Por otra parte ¿Quién nos asegura que volveremos? Si vamos al Jurásico, de pronto uno de esos monstruos de la época nos puede convertir en su almuerzo. Si vamos al tiempo de los neandertales, de pronto uno de esos caballeros nos puede aplastar la cabeza con una piedra. Si conocemos a Alejandro Magno, sencillamente ese tipo – según tengo entendido, alguien bastante irascible- puede ordenar que nos ejecuten antes de que nosotros podamos alcanzar la máquina para volver a nuestro tiempo. Además está el idioma ¿Qué lengua hablaba ese señor?

- No estabas tan miedoso cuando fuimos a la Era Mesozoica la primera vez, querías ver un dinosaurio.

- Cambié de opinión. La verdad es que cuando ya estás al frente de esta máquina, piensas en asuntos que antes no habías pensado. Pero bueno, tienes razón. Para efectos de nuestro propósito da lo mismo cualquier sitio ¿A dónde quieres ir?

- He pensado que, dado que sólo haremos un viaje y luego destruiremos este armatoste, debe ser el azar quien nos guíe, no la voluntad. No obstante, también el azar necesita una empujadita. Así pues, he ideado el siguiente procedimiento. Escribe en

tres papelitos distintos, los nombres de tres personajes de la historia que tú odies profundamente, luego, yo haré lo mismo. Una vez tengamos los seis papeles, los doblaremos y los meteremos en una bolsa. A ciegas, cada uno de nosotros meterá la mano en la bolsa por tres oportunidades, y el último papel que saquemos indicará el personaje y la época a la cual viajaremos ¿Te parece?

- Por mi parte no hay problema –contestó Tomi-. Sólo una pregunta ¿por qué personajes que odiamos y no personajes que amamos o admiramos? ¿Cuál es la justificación?

- De nuevo es sencilla. Viajaremos al pasado para eliminar a alguno de los engendros que ha parido la historia. No creo que desees viajar al pasado para suprimir a Borges o a Mozart o a Newton ¿cierto?

- ¿Y es que tenemos que eliminarlos? Es decir, para no usar eufemismos ¿matarlos? Después de todo lo que estás proponiendo es un crimen...

- No sé si podría llamarse crimen haber matado a Hitler o a Stalin. Si alguien hubiera eliminado a cualquiera de esos dos, le habría ahorrado millones de muertos y toda clase de sufrimientos a la humanidad.

- ¡Pero no tenemos derecho a asesinarlos!

- ¿Entonces prefieres que mueran millones a que sólo mueran dos?

- Planteado de ese modo, ya no sé qué decir.

- Además, sólo si ejecutamos una acción extrema de ese tipo podremos estudiar las consecuencias del hecho. Es claro que si matamos a Hitler o Stalin, los resultados para este planeta no serán los mismos que si salvamos un poema o machacamos a un insecto.

- ¿Y qué sucederá si después de haber matado al bicho humano que escojamos, la historia no

cambia? ¿Qué tal viajar en el tiempo para matar a Stalin y que luego el mundo ocasione los mismos millones de muertos y de abusados?

- Es una hipótesis interesante –consideró María mientras se ponía el dedo en la boca-. No se me había ocurrido. Demostraría que lo que hoy en día suponemos importante en la historia, no lo es; que los historiadores no han sabido enfocar sus narraciones en el lugar y los personajes que deberían. Pero bueno, eso sólo la experiencia nos lo dirá. Ve y escribe tus personajes.

De este modo, Tomi y María buscaron papel y lápiz, y en tres hojas, cada uno de ellos escribió sus tres personajes odiados. Una vez lo hicieron, se sentaron en la mesa del comedor.

- ¿Qué tienes? –preguntó María.

- Mi primer personaje claro que es Adolf Hitler ¿es obvio, cierto? –señaló Tomi con gesto casi infantil-. El segundo es “El Padrecito Stalin”. Otra obviedad. El tercero es Pol Pot, el monstruo de Camboya. ¿Y tú?

- Tienes que darme unos minutos adicionales, yo también escribí Hitler y Stalin.

María tomó sus papeles, tachó los nombres en cuestión y tras cinco minutos de meditación reescribió otros nombres en las papeletas.

- Listo –proclamó-. Leeré los míos. El primero es Fidel Castro, el cubano que murió el siglo pasado.

Tomi asintió.

- El segundo es Hugo Chávez, el venezolano que también es del siglo pasado. No olvido la guerra que ocasionó y todos los cadáveres que este país contó por su culpa.

De nuevo Tomi no dijo nada.

- El tercero es Mao Zedong, veinte o treinta o

cuarenta millones de chinos muertos por haber cometido el pecado de atravesársele. ¿Sabes? El número de tres es muy corto, la verdad es que se me ocurrieron otros quince o veinte nombres.

- Pero esas son las reglas –dictaminó Tomi.

- Por desdicha sí –aceptó María resignada.

Cuando los físicos hicieron el sorteo, el ganador (¿o perdedor?) fue Stalin. Al día siguiente, Tomi y María viajaron a la Georgia de fines del siglo XIX donde transcurrió la infancia del futuro dictador, siendo niño le mataron y retornaron a Bogotá en el año 2110. Allí ocurrió algo inexplicable. Una vez Tomi y María desembarcaron en la Bogotá del siglo XXII, habían perdido la memoria. Tan pronto descendieron de la máquina del tiempo, no recordaban quiénes eran, ni en qué ciudad o año estaban. Como si nunca se hubieran visto en sus vidas, Tomi y María se contemplaron mutuamente durante unos segundos sin reconocerse. Luego, ambos observaron la máquina del tiempo sin entender qué era eso y sin siquiera recordar que ellos habían sido sus constructores. Después, en vez de destruir la máquina una vez usada, como habían previsto en sus proyectos, cada uno buscó la puerta de la casa, la abrió y salió a la calle caminando como zombi. Con ese andar sonámbulo, varios transeúntes de la ciudad les vieron perderse en medio del estrépito urbano. A partir de allí, nunca más se supo de ellos y la máquina del tiempo quedó abandonada.

CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ

Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá. Autor de **Libro que contiene tres miradas** (Premio Nacional de Poesía Colcultura 1993), de la novela **José Antonio Ramírez y un zapato**, y de **Pintarle bigote a la Mona Lisa: Las ucronías**. Asimismo, compiló la Antología del cuento fantástico colombiano. Cuentos suyos han sido incluidos en **Cuentos de ciencia ficción** y en **Contemporáneos del Porvenir**. Primera antología de la ciencia ficción colombiana. Su ensayo La narrativa de ciencia ficción en Colombia fue publicado en **Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX**. Poemas suyos también han aparecido en diversas antologías de poesía colombiana. En la actualidad se desempeña como profesor en la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá.

Ketman

Manuel Jordan

A noche, conversando en un foro, imprudente, comenté el arresto de un vecino. Las luces a medianoche y el helicóptero, con sus turbinas de aire flotando sobre la casa vecina, me habían despertado. La calle estaba llena de luces; las motos eléctricas se alineaban como fichas de dominó ocupando gran parte de la acera. Sacaron al vecino, gritaba insultos al líder, al alcalde, al gobernador: “Todos esos hijos de puta nombrados a dedo por el hijo de puta mayor que nos gobierna”; luego procedió a insultar a la madre de los oficiales que lo miraban, estoicos, hasta que alguno más sensible golpeó su cara con el puño cerrado. Luego lo arrastraron por los brazos y lo arrojaron en el asiento de un carro blindado. Nadie se asomó, por supuesto, y al día siguiente me crucé con la mirada asustada de su esposa y sus hijos, quienes no comentaron el incidente.

Uno de los participantes en el foro, llamado El Velador, intervino de repente comentando el último capítulo de La Tribu (una versión de una antigua serie que arrasaba en Internet), más emocionante que nunca en su vigésima temporada. Mis otros compañeros de foro aceptaron dócilmente el cambio que les ofrecía El Velador y en pocos minutos discutían acaloradamente los episodios de la serie.

Conozco a El Velador, está en la nómina de la empresa. Lo he visto dos o tres veces en el patio de

su casa, a pocas cuadras de la mía. En la base de datos de la empresa dice que es un agorafóbico en recuperación, que sufre de obesidad mórbida, que odia todo lo que respira aire y ama obsesivamente lo virtual. Hay varias notas alabando su trabajo en la red; vigilancia de foros y otros lugares públicos. Después del comentario, sentí ganas de ir a su casa y aclarar mi observación, yo solamente estaba arrecho¹ porque no me dejó dormir el traidor ese con sus gritos. Al final desistí, estoy seguro que El Velador entiende.

Pienso esto sentado en la cama, esperando el sonido del despertador. Me gusta escuchar el rumor lejano de los carros desgastando la calle; escuchar a los pocos pájaros, escondidos entre las ramas de un árbol vecino, que anuncian su extinción cantando y alabando la mañana contaminada. Me gusta ver esa sombra que se arrastra y ese sol que comienza a iluminar la pared con mayor fuerza cada año. Por fin suena el despertador y cumplo la rutina de todos los días.

Camino al trabajo, me detengo unos minutos, y recojo un volante de los muchos que arrastra el viento fuerte de esta mañana. El rostro de nuestro presidente me señala con su gran dedo, y debajo de su imagen en grandes letras rojas la palabra “vota”. Cuando era más joven no votaba, contrariando la orden de votar por el partido oficial. Parecía que esa actitud no incomodaba a nadie. Ahora el no votar fue declarado un delito hace apenas unas semanas. Nuestro parlamento deliberó y luego acató la orden de nuestro único líder.

A las puertas de la empresa termina de acercarme un bus enorme, funciona a gasolina, diesel, no lo sé; yo sólo sé que deja una enorme nube negra detrás. Entre los asientos, escucho a los colegas hablando y comentando la cadena televisiva de anoche. “Estoy seguro que esta fue la mejor cadena de este año” decía uno, “Nunca

1. Molesto

nuestro presidente fue más espontáneo y entretenido”, dijo otro. Yo me aferro a mi asiento y miro el puerto lejano y sin barcos. Un derrame de petróleo dejó el agua estéril y negra. Algunos pájaros flotan muertos en la orilla.

Nuestra empresa es un solo galpón, lo adornan unas letras enormes a un costado; con la caligrafía de la antigua publicidad, la misma que anunciaba un par de zapatos hace décadas o la marca de un condón, anuncian otro logro de esta revolución. Paso por el escáner de ojos y cruzo las puertas. Camino rápido hacia mi cubículo. No quiero tropezar con Roberto H.

Roberto H. es un hombre mayor, de unos cincuenta y tantos. Demasiado flaco, camina algo inclinado, como si sostuviera en sus espaldas un morral de piedra. Un bigotito canoso y una mirada vidriosa completan al personaje.

Roberto H. trabajaba hasta hace algunas semanas en alguno de los cubículos que se ven allá, lejanos, cercanos a la puerta abierta del comedor. Matemático y programador, corregía reportes, estadística, etc., alguien lo acusó de burlarse en público del gerente de la empresa, un iraní, y de hacer comentarios burlones sobre el último discurso del líder. Lo degradaron, por supuesto, y ahora recogía la basura de los cubículos y limpiaba los baños. Me había escogido como confesor, supongo que alguien le dijo que yo fui el delator que lo hizo caer en desgracia.

En una de nuestras muchas conversaciones me confesó que aspiraba a diputado en las elecciones parlamentarias. Le pregunte cuál era el partido que lo apoyaba. Esperaba que me dijera que el partido oficial, pero no; me habló de un partido ecologista, fundado hace algunos años. Nunca lo había escuchado nombrar porque los partidos opositores no tenían acceso a ningún medio de comunicación; la última ley electoral especificaba claramente que sólo los que apoyan el gobierno pueden mirarse en la pantalla de un holotelevisor. Incluso los buscadores de Internet te llevan a páginas vacías cuando tecleas las siglas de un partido político o

alguna ONG incómoda. De eso se aseguraban en las oficinas de otro galpón que queda cruzando la avenida.

Roberto H. no se apareció por el cubículo en toda la mañana. Aliviado, Me dediqué a escarbar en la base de datos buscando las referencias de un político caído en desgracia y borrando luego todas las noticias que lo mencionaban. La existencia de los periódicos digitales hacia más fácil el trabajo del censor.

Pasaron los minutos, las horas. Miraba el enorme reloj que se erguía sobre mi cabeza, cagado por multitud de moscas; las 10 en punto, se adivinaba entre puntos negros. Cansado, me metí debajo del escritorio y soñé despierto un largo rato. Siempre soñaba con Mónica. Anoche precisamente hablé con ella; Mónica, que vive en España. De pie en el centro de la habitación ella me confesaba, como cualquier fantasma en pena, sus últimas aventuras. Había conocido a otro inmigrante, un colombiano que vendía artesanías en el metro de la ciudad donde vivía. De vez en cuando se acostaban para anestesiar la soledad.

Cuando Mónica comenzó a desnudarse, miraba hacia los lados como temiendo que alguien estuviera en la habitación con nosotros o peor la llegada de un visitante en su lejana España. Una línea oscura recorrió su cuerpo, (una interrupción en el holograma; una breve distorsión de su rostro y su cuerpo), mientras se levantaba la falda negra y me enseñaba sus enormes nalgas divididas por el hilo de una pantaleta. Continuó desnudándose, me enseñó con una sonrisa sus tetas pequeñas, adolescentes a pesar de sus treinta años recién cumplidos.

Escucho un lejano pitido anunciando el almuerzo. Víctima de una erección dolorosa, todavía tardo un rato en levantarme del piso. La gente se aprieta en la puerta abierta del comedor. Tomando la bandeja ocupo la mesa de la esquina, la de la ventana, y como siempre miro un rato el lejano paisaje de refinerías elevando al cielo su humo negro.

El almuerzo es indescriptible, comida enlatada, mezclada con condimentos innombrables. Como automáticamente. El olor de Teresa, sentada frente a mí, me recuerda el de Mónica. Desconozco el color de los ojos de Teresa; los de Mónica son verdes, faros verdes siempre enmarcados por el rojo de su cabellera. Teresa tiene ojos negros un día, azules el otro, amarillos hoy. Teresa tiene unas tetas enormes y naturales; prefiero las de Mónica, pequeñas. La moda es varias tallas más allá de lo normal. Siempre le dije a Mónica que prefería la espontaneidad de sus pequeños senos a las protuberancias exageradas de Teresa.

Gracias a que ya no existe la barbarie de la silicona, nuevas drogas hacen que crezcan descomunamente sin necesidad del bisturí.

Teresa es puta en su tiempo libre. Se redondea el sueldo prostituyéndose en la oficina o con turistas europeos asombrados de su piel morena. Alguna vez me gasté el escaso sueldo entre sus piernas. Mónica jamás practicaría semejante hobby.

Carlos se sienta en la mesa con gran estruendo de bandeja y silla arrastrada. Comienza su acostumbrado monólogo lleno de comentarios sobre el asombro que le produce ser tan inteligente. Teresa le presta atención unos minutos, luego interrumpe a Carlos y comienza a hablar del líder. Carlos calla por fin, convencido de su insignificancia. Nadie es superior a nuestro líder.

A dos mesas come Esteban. Es el que recoge la basura del frente y riega y poda los árboles que rodean la empresa. Nunca habla. Las pocas veces que se dirigió a mí no entendí lo que decía. Parecía que tenía una bola de algodón en la boca. “Antes tenía la lengua demasiado larga”, dijo Teresa alguna vez.

Por alguna razón me caía bien el tipo, algunas veces lo veía parado al lado de un árbol recién podado, con el rostro ennegrecido, semejante a una escultura de madera; Vistiendo siempre ese traje azul que delata a los individuos que alguna vez

cometieron faltas menores contra la revolución.

Vuelvo al cubículo. Roberto H. sigue sin aparecer. Nadie lo menciona, eso facilita las cosas.

Tengo que corregir la biografía de un político. Ayer trajeron los informes de inteligencia que hablan del pasado del personaje. Además de participar en una conspiración para ejecutar a nuestro líder y benefactor, varios de sus amigos aseguran que el tipo era una rata desde su más tierna infancia. Un degenerado que perseguía niñas a la puerta de las escuelas e incluso un día hasta le pegó a su madre, robó a su abuela y asaltó una iglesia. La condena es rápida y justa como anuncian en el canal del estado. Pronto el personaje desaparece y nos olvidamos de él.

En una de sus confesiones Roberto H. me dijo que los ejecutaban y los lanzaban a fosas comunes como lo hacían las antiguas dictaduras del siglo XX, por supuesto no le entendí al principio, la palabra dictadura me parecía ajena, traía a mi cabeza imágenes de hilos tensos, irrompibles. Escarbando en la base de datos encontré una antigua referencia: concentración del poder político en un solo individuo. A los días Roberto H. corrigió su confesión y habló de exilio y exiliados, palabras nuevas que me obligaron a una nueva y subrepticia consulta (tenía el presentimiento de que el solo hecho de mencionar esas palabras era un delito). Expatriación por motivos políticos, leí en un artículo sin editar de hace varias décadas.

Recordé a Mónica, pero Mónica no se exilió, no es una expatriada. Su padre, jefe de una patrulla del partido del líder, la envió a estudiar a España, aunque ella no quiso volver más a nuestro país. Yo la he perdonado por ese error. La quiero demasiado.

La última vez que hablamos, Roberto H. usó algunas de esas palabras nuevas y otras que me obligaron a nuevas consultas, esta vez parece más nervioso que de costumbre, si antes se cuidaba y hablaba en susurros para que otros no escucharan (Recurso inútil, según él, porque todo era grabado por micrófonos ubicuos), esta vez su voz se eleva

hasta apagar por completo el sonido de lejanas conversaciones. Se burla de un comentario de Teresa sobre el rostro perfecto y hermoso de nuestro líder, tan milagrosamente intactos desde la infancia de Teresa. “Nuestro gran líder se somete a tratamientos genéticos que le alargan la vida en doscientos o trescientos años, y ustedes creen que es un Dios, rebaño de pendejos”.

Se levanta de la silla y grita a todo el que puede oírlo lo siguiente, mientras se golpea el pecho: “Nosotros, el patio trasero de todos los imperios, por fin hemos creado algo original, hemos inventado la dictadura perfecta. Ni siquiera tenemos la esperanza de que la biología nos salve del tirano”.

El resto de la tarde transcurre tranquila. Termino de corregir la biografía del político degenerado, borro todas esas mentiras donde alegaba su supuesta lealtad al líder e ingreso esa imagen donde aparece encarcelado, “en una celda bastante iluminada y limpia recibiendo todos los beneficios que la revolución le proporciona a los traidores”, como dice el informe. Incluyo un breve video donde confesaba algunos de sus crímenes. No vi el video, estoy cansado de ver esos videos. Curiosamente todas esas confesiones se asemejan, algunas veces me asombra que tantas personas sean capaces de cometer el mismo crimen con las mismas excusas.

Cuando llego a mi casa anochece. La puerta tarda en abrirse, el computador reconoce con dificultad el tono de mi voz, tal vez se jodió el computador o soy yo el que se jodió. Con las luces apagadas me siento en la sala a mirar los árboles de las casas vecinas, doblándose por la brisa que no cesa en esta parte del país.

Me despierto nuevamente de madrugada. Esta vez no fueron los gritos de un disidente (palabra que me enseñó Roberto H.; “disconformes” los llaman en un antiguo reporte). Me dedico a mirar las sombras de la pared, y la luz que dibuja rectángulos breves. El silencio de tantas calles a la redonda lo siento como una piedra de grandes

proporciones que me asfixia con su peso. Me duelen las piernas, como si hubiera corrido una maratón.

Tal vez los sueños agotan. Con gran esfuerzo recorrí los fragmentos que logré recordar de mi sueño con final de pesadilla; Mónica en el centro cultural, aquella vez que nos despedimos frente a las puertas de vidrios. Ella caminaba y se alejaba por la calle y yo la miraba, su falda corta ondeando, su cabello rojo recogido en un pequeño moño, “Si volteas, la volveré a ver”, apostaba. Y ella volteo y me sonrío.

Mónica en aquel pequeño apartamento, recostados ambos en un colchón al ras del suelo. “No me idealices”, me decía, suplicando, mientras amanecía sobre uno de sus senos.

El final se parece a muchos domingos que he vivido, caminaba por la calle vacía que rodea la casa (esta gran casa llena de grietas y fantasmas ruidosos), y escuchaba a mis vecinos que me insultaban detrás de sus ventanas, insultos incomprensibles que yo entendía en el sueño y aceptaba, “tienen razón”, me decía, y lloraba con grandes lágrimas como en mi infancia.

Escucho el sonido de la diana militar. El sonido se repite por varios minutos y despierta a mis vecinos. Hay que salir a votar.

Me siento nervioso. Hace mucho que no voto. Imagino que el evento se suspende por algún extraño motivo. Perfecto, no hay elecciones. Retraso la situación largo rato. Camino por las calles vecinas hasta desembocar en una plaza vacía. Mónica martillea en mis oídos. Su voz, ¿cómo era su voz? Saco una hoja suelta de un bolsillo y un bolígrafo del otro, estoy dispuesto a perpetrar un poema, el bolígrafo sin tinta me desilusiona. Recuerdo también que no sé escribir poesía. Camino nuevamente en dirección al centro de votación.

Hago la cola mientras cae una llovizna. El hombre que me precede habla con uno de los

guardias; un soldado aburrido que mira al otro con desprecio. El soldado hace un comentario mirando al hombre que no cesa de hablar, le señala su parecido con uno de los políticos cuyos antecedentes borré esta semana. El guardia, mirando su rostro pálido, le dice riendo, “pase”, señalando la mesa con el cañón del fusil. Yo sólo pienso en Mónica, ¿Cómo se reía Mónica?, no la Mónica virtual (esa muy pocas veces ríe), la verdadera. Era una risa sin estruendo, como un silbido, su exacto sonido se me confunde con muchas cosas, muchos sonidos que se han acumulado en este tiempo de no vernos.

Al poco tiempo paso yo. Miro la pantalla del monitor y evaluó todas las opciones. Los testigos

de mesa me miran sorprendidos mientras mi tiempo se acerca al límite. Nadie se detiene más de un segundo para presionar la tarjeta oficial. La duda es sospechosa. Miro la tarjeta verde de mi compañero de trabajo y confirmo las sospechas de los testigos de mesa. En el monitor que se sostiene en el lugar de las antiguas pizarras aparece mi voto público, mientras la maquina lo imprime. Una de las mujeres me mira con los ojos abiertos de sorpresa mientras deposito el papel en la urna electoral. Otro de los testigos baja la cabeza con vergüenza; otro me mira retador y me grita traidor. Abandono la escuela y me dirijo a mi casa con la esperanza de ser detenido.

MANUEL JORDAN

Venezolano

Ingeniero en computación. Ketman es el primer relato que publica.

Poemas

Julián Pérez

Bosón de Higgs

V acío negro, luego de eones

Cuerdas infinitas trazan
un diseño luminoso entre decenas
de dimensiones.

El señor del tiempo cuenta los segundos
forma las cadenas, los complejos nucleares
que engendran los arreglos de estrellas.

Y aún en el vacío negro
millones de ellos se aglomeran.
Perseveran.

Para dios sólo soy polvo que se convertirá en polvo
Para el mundo sólo soy un producto del azar
Para esa gente soy un desconocido, un muchachito flaco
Para la estadística soy una unidad experimental
No soy patriota en mi país, ni héroe triunfador,
de inquebrantables ideales, de promesas insostenibles
Mi rostro no ha aparecido en periódicos ni en revistas,
Mis ojos no han visto la gloria, el éxtasis o el frenesí

Para la vida soy estirpe olvidada,
de inquietos conjuros y tontas abulias
Soy animal sin planeta
Y cosmonauta en el volcán
El autista de los sentidos

En un escenario baldío

Soy diletante de tiempos pasados
Y cómico del mal momento
Soy un cuerpo de sutil paranoia
atrapado en el ritmo del mundo
como los puntos soy, un ser sin dimensión
Tan microscópico e invisible
Como un gramo de antimateria

!Soy una nada inquebrantable que se jacta en su derrota!
Un demonio fugitivo de luminosa oscuridad
Un joven y un anciano. Eso soy para mí
Y ¿Qué diablos?
¿Qué diablos ?
¿Qué diablos Soy yo para tí?

TEK 9

Prozac

Comunicaciones y redes
Mundos futuros
Visiones relegadas
Al monitor
Y el sinsentido
Digital
Colonias en Marte
Catalizadores del alma
Nuevos sentimientos
De éxtasis y ensueño
Los chips de silicio
Incrustados
En cultivos
Celulares
De economía Globalizada
O Geometría fractal
Incontables egoísmos
De un desierto vertical
la guerra de los medios
al norte o al sur
Nasdaq, unplugged

no pienso
no existo

Error data not found
Error data not found
Error data not found
Error data not found

El humano, molécula interesada
molécula insatisfecha
en la comisura de los labios
prosperan capas de biofilm
como una pregunta ilusoria
como un recuerdo digital.
Camina hacia el océano
un universo de imágenes
sediento de absolutos
y de guerras nucleares.
El último verdor del planeta
el último reflejo del cosmos
es una metáfora virtual.

JULIÁN PÉREZ. Bogotá, 1982

El Vidente

David García

EPISODIO 1: CAROLINA

1. El discurso.

“ Aunque pudiéramos vivir miles de años, nuestra insatisfacción sería la misma, al lado de la eternidad, seguiríamos siendo un vano suspiro. El otro camino: la inmortalidad, resulta incomprensible, y también terminaría siendo insoportable.

Nuestra mortalidad es precisamente la que nos hace humanos, la que nos hace admirar y disfrutar cada instante, porque no se repetirá, porque la incertidumbre de nuestros días es la esperanza de cada momento, de cada alegría, si nos privamos de este desconocimiento, habremos mordido una vez más el fruto del árbol del bien y del mal.

¿Seguir buscando eternamente la felicidad? Sería igual que aplazar indefinidamente la frustración. Hoy invito a esta honorable asamblea a votar negativamente la propuesta de ley 89-078EFA del presidente de G.F.E, Mr. Henderson. Iniciativa que busca la modificación del ADN y la creación consecuente de una nueva raza eterna.

Pero más allá de mi argumento filosófico hay un argumento económico irrefutable, los costos de tan disparatado proyecto, son exactamente los necesarios, para acabar con el hambre en nuestro planeta. Prefiero vivir pocos años con alimento, que una eternidad con hambre. “

Y al terminar su discurso lo supo, era éste el cuándo y el dónde, miró a su pequeña y sonrió despidiéndose. Una bala atravesó su corazón, justo en el momento que sus ojos brillaban ante el auditorio, que de pie aplaudía su intervención.

Alcanzó, mientras su cuerpo se desvanecía, a mirar a su pequeña correr en medio del caos, todos se cubrían y gritaban mientras ella se le acercaba para abrazarle en medio del llanto, de la sangre, del amor y de la angustia.

-Adiós hija, te amaré siempre.

2. El funeral.

La lluvia amenazaba con caer en poco tiempo, la ceremonia debía apresurarse si no querían más funerales como al que asistían; todos miraban sus dispositivos de comunicación y analizaban el probable impacto de la lluvia que amenazante se acercaba, según los pronósticos hechos por el nanosistema meteorológico (N.S.M) incluido en el dispositivo.

La última temporada invernal había dejado más muertos que la anterior, cada vez era más difícil alcanzar un lugar seguro, cuando luego de la alarma todos buscaban refugio. Pero la confianza y la falta de previsión han sido políticas de los últimos gobiernos, no era suficiente repartir un N.S.M por familia, había que construir albergues seguros y reforzados ante el inminente y constante peligro de la lluvia atómica.

Tragedias anunciadas tan comunes en la historia humana, profetizadas por incomprensidos e ignorados sabios que el tiempo deja en el olvido, que no son escuchados porque el ruido del egoísmo y de la vanidad gritan más fuerte.

Se escucharon dos cantos tristes mientras el cielo se opacaba, las nubes se unían al mismo tiempo que el contrapunto de las melodías de despedida, los instrumentos callaron uno a uno, las

voces se fundieron en el silencio.

Pero aquel padre abrazaba a su pequeña, con un dolor tan profundo como el amor que sentía por su esposa, a quien no pudo salvar, por más que lo intentó. Su N.S.M alertó sobre la necesidad de apresurar la ceremonia, ya había perdido a su amada y no estaba dispuesto a perder su hija, debió apresurar la pulverización láser.

Los asistentes, dejaron su mensaje electrónico de pésame y se retiraron, a los pocos minutos sólo estaban ellos dos, ante el humo y el polvo, recuerdo último de esposa y madre, que encerrado en la microcápsula cósmica, viajaría por el universo dejando atrás la vida conocida y aproximándose a la eternidad.

Mientras abandonaban el cementerio y se dirigían a un lugar seguro, escuchó a su hija decir:

-Adiós mamá.

3. El experimento

Abrió sus ojos. Ahora sabía cómo iba a morir. No era nueva para él esa sensación de recordar el futuro, sólo faltaba por determinar el cuándo y el dónde, pero eso no era necesario, lo sabría justo el momento antes de que ocurriera.

Volvió a cerrar sus ojos.

-No te desconcentres Martín, estás muy cerca- Se decía a sí mismo escuchando la voz de su esposa, quien desde algún lugar del universo aún debía amarle.

Continuó su rutina con una sonrisa nostálgica, sumergido en aquel escáner acuático, donde experimentaba con la Transmisión Neurodigital. Llevaba varios años elaborando diversos ensayos en busca de encontrar la manera de transmitir sus pensamientos a una pantalla; su teoría consistía en que así como la energía puede enviarse de un lugar a otro y las ondas viajan a través del espacio con

información, el cerebro humano tendría la capacidad de enviar ciertas señales gracias a un dispositivo traductor, que lograba plasmar pensamientos en imágenes digitales. Ver el pensamiento.

Esa tarde decidió salir a caminar, el tráfico, como siempre, estaba insoportable. Pasó por la avenida principal, ya no recordando los largos paseos que con ella había dado en tiempos románticos, esta vez era diferente.

Su propia muerte no era la única que conocía de antemano, había intentado impedir la muerte de su esposa, pero, como ya sabemos, no pudo salvarla a pesar de las medidas que consideró pertinentes.

Ella lo supo justo antes de que su última mirada se desviara de los ojos de Martín y se posara sobre aquella hermosa pequeña. Murió con una sonrisa en sus labios que, de paso, absolvía a Martín por no lograr evitarlo.

-Hiciste lo que pudiste, cuídala, sé que lo sabrás hacer- Fue éste el último pensamiento que cruzó su mente, y Martín no lo pudo ver, pero lo escuchó en su corazón.

Al llegar de nuevo a casa, Martín repasó en su computador portátil los últimos archivos, mientras escuchaba las noticias, actualizaba su blog y respondía mensajes de correo electrónico. Debía prepararse para asumir el honroso cargo de Secretario Plenipotenciario Global, en la Organización Universal del Orden y la Tecnología.

Su hija se acercó para avisarle que le tenía algo de comer, pero él prefirió agradecerle y pasar por esta vez.

4. La primera vez

Él la amaba, como sólo un adolescente rebosante de dopamina suele hacerlo, era sincero y cariñoso, también apuesto y con un manejo del lenguaje que seducía y enamoraba, detallista como

aquellos hombres de siglos pasados.

Se acercó a su puerta y ella le abrió luego de confirmar su identificación aural, sigilosamente le indicó donde quedaba su cuarto, en dirección contraria al laboratorio donde su padre realizaba experimentos durante días enteros.

No hicieron las preguntas rutinarias, no hubo saludo ni pérdida de tiempo, se besaron inmediatamente y se acariciaron con cariño y pasión, en pocos minutos estaban desnudos, tanta belleza no era posible, ambos, vírgenes y desesperados, bebieron el uno del otro el néctar del placer, inmaduros, inexpertos y curiosos entregaron de sí, todo aquello que imaginaban, que anhelaban, que deseaban.

Como suele suceder con las parejas idealistas enamoradas, se prometieron amor eterno, se juraron lazos irrompibles y durmieron abrazados permitiendo al sudor mezclarse con el calor y evaporar el aroma del sexo, aroma que, para ellos exquisito, evidenciaría poco tiempo después a su padre lo que allí había ocurrido.

Las ventanas no se podían abrir, aquella tarde llovía.

5. El reencuentro

Cuando ella corrió presa del pánico al ver a su padre caer ensangrentado, olvidó el rencor que la distancia impuesta por él había conseguido. Lo tomó en sus brazos y con lágrimas limpió su herida, le habló pero él no le escuchaba ya, al menos no corporalmente, y si su espíritu existía, de seguro estaría orgulloso de ella y ansioso por reencontrarse con su amada, no era el momento de dramatismos.

Su novio la tomó del brazo, con el mismo cariño de los últimos diez años, pero con la prisa

que una situación así requería: era necesario correr, no sabían si el próximo disparo sería para ella. Lo dejaron allí con resignación, tomaron sus últimos apuntes, su conclusivo discurso y sus cosas personales manchadas de sangre, guardaron todo esto en la maleta que traían, junto con las pruebas recogidas durante los anteriores años, que demostraban el impacto de los experimentos del G.F.E. en las comunidades antro-po-costeras del Pacífico latinoamericano y de los desiertos africanos.

La resistencia había financiado sus investigaciones, pero ahora era el momento de ir directo a quienes podían hacer algo, su padre pertenecía a la dirección de la O.U.O.T¹, el sabría qué hacer.

Una vez más la mafia criminal y el poder económico y político se salían con la suya. Había detrás de estos experimentos mucho dinero en juego.

Al entrar en su casa recordó, pero no había tiempo para sentarse y llorar, tomaron los documentos digitales que Martín tenía en su escritorio, los guardaron y echaron un último vistazo a su experimento fallido.

-Algún día papá, algún día podremos leer el pensamiento, no será en vano tu lucha, inteligencia y persistencia. Algún día se hará justicia, y pagarán aquellos responsables de tu muerte.

Y saliendo de allí volvieron a las antiguas ciudades, a esconderse y a reforzar su plan. Luego de asegurar las evidencias, se protegieron de la lluvia, habían visto lo que ésta, junto con los experimentos del G.F.E ocasionaban, y no querían convertirse en aquellos detestables y deformes humanoides que Mr Henderson negaba siempre en las ruedas de prensa.

La lucha hasta ahora comenzaba, y ya la

1. Organización Universal del Orden y la Tecnología.

resistencia tenía en mente el nombre de su nueva líder.

DAVID RICARDO GARCÍA

Bogotano, 28 años. Músico y amante de la lectura y la escritura, ha participado en proyectos para radio, cine y televisión como creativo y libretista.

davidgarcia[n[arroba]gmail.com

Una Cosita muy, muy Pequeña

Carlos Enrique Saldivar

“¿Cuál es el pecado que vos cometéis?
¿Cuál es aquella esfera roja que es la locura de tus
sueños?
¿Cuál es el ansia, la desesperación, la urgencia
de nadar en ella, de arder,
de ser ángel y no sentir,
no conocer, no transformarse, sí descubrir...?”

-Versos anónimos hallados dentro de una
cosmo-cápsula vacía flotando en el espacio.

La clave de todo era una lucecia.

Es decir, la luz única que provenía de otra luz,
hija de una luz continua que apuntaba hacia los
objetos como depositaria de su amor innecesario...

O por decir algo más cínico, la luz que emergía
de mi cuerpo...

De todos modos en mi cuerpo no había luces,
pero sí lucecias y éstas podían verse en las noches
como pequeñas colas de rata brillantes intentando
escapar del cuerpo roedor...

Cuando amaneció intenté sentir algo nuevo en
mi organismo soluble, pero caí en la cuenta que
cosas así me interesaban poco, por lo tanto
desprendí de mi cuerpo los brillos —que no eran
brillos, sino lucecias— y me fui a vivir al sol para
ver si podía robarle algunos fuegos de su cola

brillante para mi colección orgánica...

El sol me rechazó, por ende ahora carezco de
energía eterna...

Poseo fuerza, la de las luces comprimidas, algo
así como colitas de luz mas no luces en sí mismas,
pero sí reflejos desprendidos, atisbos nada más...

Algo es algo... Gracias, destino...

Soy atea... Me gusta no creer en nada, ni en mí
misma...

Soy una hija de la luz que no heredó brillo
dentro su corazón (si se le puede llamar así a mi
núcleo ultracalorífico). Y que me duele tanto,
tanto...

Me duele no poder emitir luz y vivir en esta
gran oscuridad, cárcel que me rodea y restriega su
mierda día a día... Lo odio, lo detesto, y desprecio
también a los parásitos que sobre mí caminan...

Antes solía cantarme con fuerza mi agitada
mente: *Algún día estallaré, algún día, cuando
absorba la energía suficiente de sus vidas,
estallaré y todos se irán conmigo al infierno
celestes, pero yo no moriré, veré el Averno y seguiré
viva...*

Antes solía cantar, ahora mi creatividad ha
quedado mermada y constreñida al eterno
espectáculo de la nada... Y el infierno...

Esto es el infierno, aquí ardo... Una vez que
explote me dividiré en pequeños fragmentos que, a
su vez, crearán numerosas imágenes de lo que una
vez fui. Algunas de estas pequeñísimas partes de
mí crearán nuevos seres como el que soy ahora... Y
será hermoso pues mantendré la consciencia
litogenética y podré crecer de nuevo...

Y tendré mucho calor y luz dentro de mí, sin
energía ni lucecias...

Siempre me dijeron los espíritus del tiempo que

yo era hermosa, especial, la más sensual, la más verdadera de todas las entidades grandilocuentes...

Se equivocaron, o simplemente me mintieron...

Por eso deseo tanto matarlos y lo haré, lo haré cuando estalle...

Estoy preparada y sentiré placer, un gran placer. La excitación del fuego que arde en mi interior me consumirá... Y aquel caparazón inviolable se arrepentirá de tenerme prisionera...

La verdad duele, cambia el pensar, la eterna verdad, la infinita... terriblemente innecesaria verdad... saber que no se es nada en el universo...

Una pequeña historia, solo una...

Una vez sentí a un hombre, era hermoso e inteligente, creó grandes cosas y realizó actos sin igual a favor de la humanidad. Ese hombre está muerto ahora. No hay alma, no hay nada de él, lo cual no significa que no ha pasado a otro plano, claro que lo hizo, pero sus actos no sirvieron de nada y ahora todos aquellos a los que dedicó su vida también habrán de morir...

Así lo he entendido yo, el universo es tan enorme, no somos nada, todo es nada, nada es nada, la idea de Dios es nada y si existe —por condena de mi propia sabiduría— entonces el espacio es demasiado grande para él. Dios no vive aquí, hace tiempo que se fue a recorrer el universo para ver si había otros como él, perdiéndose en la inmensidad del cosmos. Me ha dejado sola... por eso ya no creo en él... sola, perdida, en esta aterradora noche eterna...

Y yo nací de una lucecia...

Una diminuta sensación de luz, un fragmento de energía que se desarrolló...

Y sigo siendo una lucecia en este inconmensurable paraíso poblado de estrellas...

Ya estoy harta de no ser nada... Pasaré a ser una nada menos recargada, menos adolorida, menos infeliz... Pasaré a desaparecer de momento y a transformarme pronto, muy pronto. Algo en el sistema solar cambiará, pero nadie, nadie lo notará...

Nada ni nadie, dioses, demonios, fuerzas, tiempos, espacios, nadie lo notará. ¡Nadie, entienden!

Solo yo y no me importará porque una vez que mi muerte ocurra no podrá sentirse...

Me llevaré millones de vida conmigo... Quizá más, muchas más. La Tierra me odiará...

Me llamo “Centra” o “La gran bola de fuego”...

Un fuego que no arderá más...

Vivo en el centro, soy el núcleo de la Tierra...

Muy pronto... en 10, en 9 segundos, explotaré...

Lima, septiembre de 2002

CARLOS ENRIQUE SALDIVAR (Lima, Perú, 1982)

Estudiante de Literatura en la UNFV. Narrador, poeta editor y corrector de estilo. Director de la revista *Argonautas* de fantasía, misterio y ciencia ficción que nació en noviembre de 2006 y el día de hoy ya va por su cuarta entrega. Ha publicado relatos en las

revistas *Argonautas* números 1, 2, 3 y 4. Ha publicado relatos en diversas revistas del medio, en la página de *Ciencia Ficción Perú*, en la revista virtual *Velero 25*, en *Crónicas de la forja*, publicación del taller internacional de creación literaria *Los forjadores*, ubicado en la web y en *Axxon*. Ha publicado el libro de cuentos *Historias de ciencia ficción* en el año 2008. Es miembro del grupo Coyllur de fantasía, terror y ciencia ficción. Actualmente se dedica plenamente a la Literatura.

E-mail:

revista_argonautas[arroba]hotmail.com

Blog: www.revistaargonautas.blogspot.com

Lluvia de Plomo

Daniel Escalante Gómez

El arco romano es una de las más clásicas visiones arquitectónicas que se pueden encontrar en la actualidad, su aplicación, que destaca por su absurda sencillez, contrasta abiertamente con su utilidad. Mi informe comenzaba de tal manera, pero había que perseguir una estructura que usara el arco de forma no tan convencional, e incluso tímida. Camila se ofreció para ayudarme en la búsqueda, pero la arquitectura no es uno de los elementos más representativos de mi ciudad, burda copia anti estética de las metrópolis norteamericanas del siglo XX, en donde la fusión de estilos producto de la romántica inmigración con las tendencias europeístas dan eso que los progresistas denominan diseño "neo". Para mí era algo más que aquellas épicas visiones de post modernidad, prefería imaginar que las estructuras, más allá de la utilidad y funcionalidad (con la cual no dejan de protestar los ingenieros, quiénes no pueden ver más allá de sus ortogonales perspectivas productivas) eran en realidad esculturas a gran escala, arte al aire libre e interactivo, que, de vez en cuando, podía albergar humanos. Veía a los humanos incluso como flujo sanguíneo de determinadas estructuras, a veces, en el caso de las más populares, incluso como parásitos intestinales que corrompían la immaculada concepción de las formas estructurales. Mi búsqueda terminó casi sin habérmelo propuesto, ya que estaba parado sobre ella: al margen del tedio que me producen los distritos financieros de esta ciudad o de cualquier otra en el mundo, con sus edificios de oficinas opacos y andróginos, resulté en un puente para peatones de

doble calzada y arco subrepticamente romano, que incluso emulaba las célebres curvaturas que propusiera el dios Gaudí en La Sagrada Familia. Los arcos, que eran apertura y cierre de estos organismos, habían sido circunscritos en pabellón para darle la bienvenida a los transeúntes, sólo la bienvenida pues la despedida no fue considerada. Me sorprendía al percatar que, aun a pesar del estilo que rayaba en lo minimalista, los ciudadanos no apreciaban el resultado y en el menor de los casos se limitaban a transitar sumergidos en sus grises perspectivas. El puente era más nocturno en su gestación, su arquitecto debió aerografiarlo sobre la curvatura metálica de una Harley Davidson de manera voluptuosa. Decidí visitarlo en la madrugada, cuando los trabajadores públicos acabasen de asearlo y su esencia estuviese impoluta. No fui el primero en notar que el puente gozaba de la singularidad de la ignorancia popular, incluso los medios se atrevieran a calificarlo de "adefesio" en el mejor de los casos. Sí fui el primero en señalar que el puente, cuando aún no despuntaba el sol, servía como tránsito a otros seres. Había montado mi estudio fotográfico sobre el puente para incluirlo en mi informe, incluso me las había arreglado para obtener el permiso de la junta local (igual hubiera trabajado sin él) para instalar las luces apropiadas para el proyecto. Las cámaras digitales no captaban la voracidad con la que el arquitecto había dibujado las primeras curvas, así que me las arreglé con unas viejas Nikón de película nocturna. Cuando, al revelar me di cuenta de que el puente no era indiferente para otros seres. Desconozco lo que son, definitivamente no pertenecen a la raza humana, pero aparentan, según el estudio al infrarrojo, deambular sobre el puente. No las describiré, son tan grotescas en su forma que desafían cualquier cordura estética. Lo que sí haré es mencionar la particularidad de su situación, ya que parecen estar limitadas por el entorno del puente y fuera de él no son concebidas, y sólo aparecen en la película nocturna, no son visibles en otro formato. Decidí escudriñar el puente a vista de pájaro, desde todos los ángulos posibles, tracé bocetos que me permitieran concatenar el misterio. Decidí entonces escribir a la familia del arquitecto, ya que él en

cuestión estaba muerto, con la esperanza de que se hubieran conservado diseños, bocetos, notas de diario o algún otro registro de cómo desentrañar el problema. Las criaturas eran un abierto desafío a la orgánica constitución del puente, salmonellas impúdicas de su etérea armonía.

Escribí a todas partes, leí comentarios del mundillo asqueroso de la arquitectura oficialista, apóstatas célibes que se ufanan de cuanto monstruo de granito reproducen para las grandes corporaciones. Nadie me dio razón de las criaturas, que sólo aparecían en la película de infrarrojos. Aún así, los podos de las criaturas, que en algunos casos terminaban en ojos eran la parte más sobresaliente de su cuerpo. No obstante, al comparar la película de infrarrojos con la corriente noté algo en particular curioso: al contraponer la película normal con la de infrarrojos vi que las criaturas y sus peculiares podos parecían estar en posiciones adyacentes con los transeúntes del puente. Al mezclar gracias a efectos de ordenador ambas películas, era evidente que las criaturas parecían estar adheridas a la gente, como gomas o extensiones de la misma gente.

Horrorizado, retorné hacia el puente, que parecía ser el único lugar en el que las criaturas se habían manifestado. Los podos de las criaturas movían, según las instantáneas, los brazos y piernas de los transeúntes en su paso por el puente, como los ingeniosos titiriteros del Teatro Negro de Praga, sólo que en lugar de un telón negro y actores oscuros, el telón era la realidad misma y los actores, viscosas criaturas de inspiración dantesca.

Crucé el puente de Oriente a Occidente, inseguro de mí mismo, casi con el temor incipiente de sentir un asqueroso o gélido contacto con alguna alienígena a mi paso. No sentí nada, pero eso no alivió mis temores más que a mi estómago. La Lluvia fría y cansina comenzó a caer y me refugié en uno de los arcos de apertura del puente. Mareado por la experiencia, no reparé en el cambio que se producía en el ambiente, el cual atribuí a la lluvia. Si, era lluvia, pero no de agua: las gotas de agua eran de un color metálico como mercurio

líquido. Al mirar las nubes, éstas eran negras en su totalidad en un cielo Rojo nauseabundo. El Puente estaba repleto de las criaturas que había fotografiado. La bidimensionalidad de las fotografías no me había preparado para la experiencia de ver las criaturas multipodos movilizarse estoicamente por el puente, y no sólo por él, sino que poblaban una ciudad diferente a la que yo había conocido, en donde las edificaciones eran estilizadas, espiraladas y orgánicas, muchas de ellas asemejaban frailejones y orquídeas: las edificaciones eran dinámicas y orgánicas, albergaban a las criaturas como madres gestantes y algunas como colmenas, eran sencillamente hermosas. Una criatura me miró, o al menos eso pensé, ya que dirigió sus órganos de la visión hacia mí, carente de párpados, hizo lo que pudo para enviarme lo que yo creí era un guiño. Tomé de inmediato mi cámara profesional y registré este instante. La lluvia cesó y de repente estaba en el puente y en la ciudad que había conocido: humanos. Me apresuré a revelar las películas, y mi sorpresa no fue menor cuando al revelar las diapositivas, extraños seres bípedos, pálidos, de una cabeza en la que sólo cabían dos ojos, en total cuatro extremidades, ataviados con extrañas pieles se encontraban de alguna manera adheridas a nosotros, sus limitadas extremidades nos llevaban por el interregno simbiote que separaba ambas calles.

DANIEL ESCALANTE GÓMEZ

Nacionalidad: Colombiano-Español.

Nacido en Donostia- San Sebastián, el 22 de Enero de 1980. Ingeniero de Industrias de la Universidad El Bosque. Ganador del Concurso nacional de Cuento Otto de Greiff en el año 2000. Relator de Cine del Periódico Cultural Echando Lápiz. Actualmente escribe en el blog de ciencia ficción La Máquina a Tiempo <http://halsivon.wordpress.com>

Las Apariencias

Carlos Morales

Er an las seis de una tarde de otoño de 1973, y una seca brisa barría el desierto cercano a la costa de Yucatán. Frente al puerto prefabricado, los cinco navíos de transporte arribaban con su preciada carga, esperados por centenares de operarios, tres enormes grúas de descarga y multitud de camiones con remolques playos.

Sobre la torre del vigía portuario, en mangas de camisa y con el cabello al viento, el profesor Ernst Gluckenhasserstrase se relamía de contento. A su lado contemplaba la maniobra su hija Helga, una encantadora joven de veinticinco años, cabellos rubios, talle de avispa y mirada despierta. Un paso detrás de *herr professor*, en señal de respeto, su principal ayudante, Ugo Malan, atisbaba en calma la lejanía.

—¿Qué opinas, hija querida? ¿Qué opinas del éxito de tu padre? —comentó el notable físico, entusiasmado.

—Caramba, papá —respondió Helga, con una rápida sonrisa—. No habrá éxito hasta que montes la maquinaria y ésta funcione, ¿verdad?

El profesor G. se sonrió, y mirando a sus espaldas comentó:

—El éxito, hija mía, está asegurado. ¿No es así, Ugo?

—Así es, *herr professor*.

Helga se giró hacia el ayudante.

—Ugo, no es correcto que le sigas la corriente. —Su mohín de enfado era precioso de ver—. Ya bastante soñador es este padre mío para que alimentes su ego de esa forma.

El profesor lanzó una estentórea carcajada.

—No te preocupes, Helga —contestó, entre risas—. Mira, te enseñaré algo... ¿Me alcanzas los controles, Ugo?

—Sí, *herr professor*.

Le tendió una caja metálica que pesaba lo suyo, y estaba colmada de lámparas y diales. El profesor G. la apoyó sobre una mesilla y comenzó a trastear con ella. Luego de regular varios cursores, encendió una llave y bajó cuidadosamente una palanca.

Helga contemplaba todo con curiosidad, pero luego se sintió atraída por unos gritos que creyó escuchar en la lejanía, y volteó la cabeza hacia el muelle.

Los cinco buques estaban flotando en el aire a varios metros de las olas, que aún se agitaban para recuperar su forma. El gritito de sorpresa de la muchacha resonó en el espacio de la torre vigía.

—Pero... ¿Cómo puede ser posible? Papá... ¡están volando!

Los navíos, chorreando agua ampulosamente, pasaron frente a ellos a la altura de sus cabezas y, manteniendo su formación, se adentraron en el desierto hacia el oeste.

—Hija mía, las apariencias engañan. ¿No es así, Ugo?

—Sí, *herr professor*.

—¿A qué te refieres, papá?

—Verás, querida Helga —comenzó el

científico, mientras retocaba los diales—. Siempre es mejor engañar un poco a los políticos y a los inversionistas; no vaya a ser cosa que les vengan súbitos deseos de quedarse con todo, ¿no es así, Ugo?

—Sí, *herr professor*.

—Por ello —carraspeó— les dije que debía armar las cinco partes in situ antes de probar mi teoría de la antigravedad. Pero, en realidad, lo que he hecho son cinco motores antigravitatorios de distinto aspecto, que parecen encajar entre ellos. Parecen... Pero las apariencias engañan, ¿verdad, Ugo?

—Sí, *herr professor*.

—De modo que sólo Ugo y yo conocemos el secreto, y ahora ya están listos. ¡Mira qué belleza!

Las enormes naves, flotando como pompas de jabón, comenzaron a mezclarse en la distancia con los cactus del desierto.

—Qué espectáculo curioso, ¿verdad? Pero las apariencias engañan, ¿verdad Ugo?

De pronto se escucharon dos soplidos, y el científico y su hija cayeron sobre la plataforma de la torre, con sendos quejidos. Por detrás de ambos cadáveres, Gregor Romanovich Dostoy, alias Ugo Malan, hizo una mueca de circunstancias.

—Así es, "*herr professor*" —dijo, con un retintín en la voz, de súbito acento ruso—. Las apariencias engañan.

Y tomando los controles, hizo derivar las naves a su destino: la isla de Cuba, donde ya debían estar desplegados los misiles que las defenderían de los americanos.

CARLOS ALBERTO MORALES

Argentino, 48 años

Correo-e: cmorales[arroba]citefa.gov.ar

Bio: Fue un niño inquieto y estudioso, pero retraído. Ilustrador compulsivo pero de mal puño, siempre estuvo interesado en la tecnología. A los 19 años descubrió la CF en los Bolsilibros de Bruguera Ciencia Ficción, y a partir de ese momento no la ha dejado. Pero lee casi cualquier cosa.

Fue letrista y guitarrista en una banda de rock progresivo, aunque actualmente ya no hace música. Diseñador mecánico en un laboratorio científico, investigador y articulista numismático especializado en errorística, además de esforzado padre de una jovencita pensante. También se le ha dado por escribir y repasar manuscritos. Participa en foros de literatura, donde busca impulsar una CF hard latinoamericana, y tiene su propio grupo de correo para esos fines: planeta_x.

Reseña: *Antología del Cuento Fantástico Colombiano* de Campo Ricardo Burgos

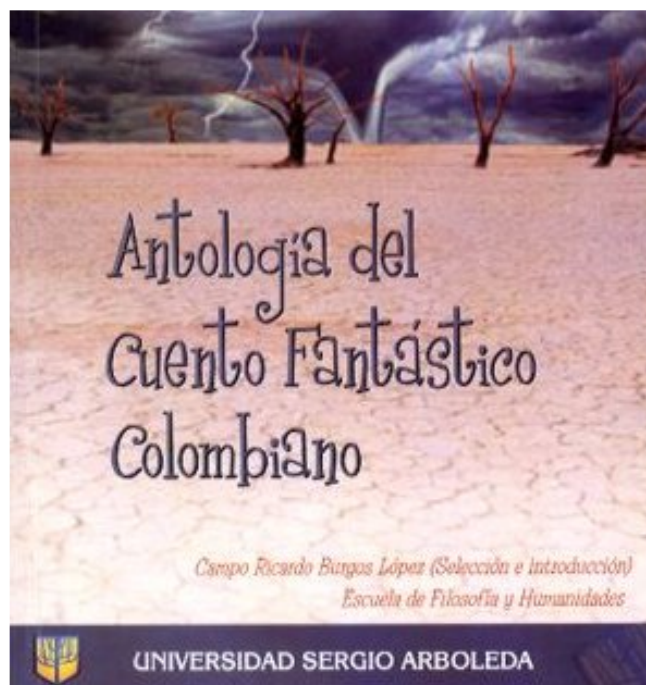
David Pérez Marulanda

BURGOS L., Campo Ricardo. *Antología del Cuento Fantástico Colombiano*. Escuela de Filosofía y Humanidades. Universidad Sergio Arboleda. Bogotá, 2007. 189 p.

Toda publicación de literatura fantástica que se realice en Colombia es especial, ya no por su rareza, sino porque evidencia un creciente interés en el género y el gran impulso que ha tenido recientemente.

En esta ocasión se agrega un componente, que es a todas luces un avance significativo, en el abordaje de la literatura de ciencia fantástica a nivel local. No sólo se trata de la aparición de un compendio de cuentos selectos, sino que hay también una aproximación analítica a la fantasía, la cual hace de puerta a los neófitos en el género, cosa tan importante como lo es alimentar el apetito de los avezados.¹

Este libro consta de dos partes: la primera es una introducción teórica e histórica a la literatura fantástica en general y a la colombiana en particular. Es de resaltar que dicha introducción está escrita de forma que sirve tanto a los lectores



debutantes o desconocedores del género fantástico, como a los apasionados, para adentrarse en él de manera un poco más amplia. Una excelente herramienta de referencia para los amantes del género, como también un documento imprescindible, dado que hay tan pocos que registran su evolución en nuestro país. Valga decir que esto le es pertinente al autor, magíster en literatura, quien es uno de los críticos literarios que más extensa y profundamente ha investigado sobre la literatura fantástica nacional. Una muestra de su trabajo investigativo es el ensayo "La narrativa de ciencia ficción en Colombia", primer estudio sistemático de la CF colombiana.²

Burgos, perfilando una definición de la literatura fantástica y sus características distintivas, continúa con una breve reseña histórica del género, remitiendo al lector al inicio del lenguaje del hombre, pasando por Shelley, Poe, Verne, Tolkien

1. No descarto, desde luego, los análisis hechos en el campo de los estudios literarios. Pero ese campo está habitado por un público especializado contenido en las universidades y en el conjunto de aquellos instruidos en la literatura, a diferencia de la presente antología, orientada al público en general.

2. "Acerca de la ciencia ficción en Colombia" por Campo Ricardo Burgos. *Tomado de: La ciencia ficción en Colombia. Tesis de Maestría. Bogotá: Universidad Javeriana, 1998*. El documento puede consultarse en la página web de la Universidad Javeriana, haciendo [click aquí](#). (Consultado el 30 de junio de 2010)

y cerrando con Borges. Después, hace un esbozo de los subgéneros de la literatura fantástica, entre los que cuenta la ciencia ficción, la fantasía de énfasis épico, el terror, la fantasía mítico-folclórica y el surrealismo.

Posteriormente, Burgos explora en el capítulo “Algunas aclaraciones acerca de la literatura fantástica” (p. 17) cuatro aspectos que han sido objeto de análisis respecto a ésta. Dos de ellos son su función transgresora y su función liberadora, manifestadas a través del abordaje de temas tabú como la necrofilia y la ruptura de la realidad que conlleva al surgimiento de ideas que jamás habían sido concebidas, de modo que se reevalúa la concepción que se tiene de lo que es “real”. Los dos restantes son una contestación al rótulo que pesa sobre la fantasía, que es el de “literatura inferior” o “literatura sólo para público infantil y juvenil”; y la proposición de la literatura fantástica como matriz de todos los otros géneros literarios. El autor se pone en defensa del género que compila, con argumentos muy acertados y de bastante peso que afirman, no la superioridad, sino la igualdad de estatus de la Fantasía respecto a los otros género literarios.

Esta primera parte finaliza con un recuento histórico de la literatura fantástica en Colombia desde los años sesenta hasta la actualidad. René Rebetez, Germán Espinoza, Pedro Gómez Valderrama, Antonio Mora Vélez, Héctor Abad Faciolince, Dixon Acosta, y el mismo Campo Ricardo Burgos, entre muchos otros, figuran aquí junto con una breve mención de sus obras. Muchos de los nombres incluidos en el libro son relativamente nuevos, señal de que, dice Burgos, “en las últimas dos décadas los escritores colombianos han incursionado más y más en los distintos subgéneros de la literatura fantástica” (p. 29). También menciona los concursos realizados a nivel nacional, los premios ganados y el papel fundamental de internet en la popularización de los escritores colombianos en este campo.

Ya en la segunda parte, figura la antología propiamente dicha: una selección de 16 cuentos,

parte de ellos podrían llamarse clásicos, otros se originan en la nueva generación de escritores nacionales. Todos los relatos corresponden con los subgéneros expuestos en la primera parte mas no por eso es fácil o posible clasificarlos dentro de un solo subgénero a cada uno.

Haciendo el intento de una clasificación flexible, tenemos en la ciencia-ficción, un clásico: “Los Ejecutores”, del pionero Antonio Mora Vélez, el desafortunado encuentro de un periodista con seres del futuro; “El Sentimiento Sin Nombre” de Carlos A. Gutiérrez, una guerra donde se ataca al enemigo allí donde no puede defenderse: su mente; “Mitología” de Gustavo Wilches-Chaux, de cómo el erotismo, entre otras cosas, es un tema mitológico para seres que evolucionaron en energía pura; o El Masturbador, de Campo Ricardo Burgos, cuya idea central dejaré a la imaginación del lector (anticipándole que podría caer dentro de la función transgresora del género).

En el surrealismo figuran: “Urbano o el visitante”, de Andrés García Londoño, donde el personaje principal se empeña en amar a tantas personas como pueda, escabulléndose en sus casas por unos minutos; “Historia Ciega” de Dixon Acosta, un microrrelato sobre el encuentro entre un hombre invisible y una mujer invidente; o la complicada historia de amor en “Quisiera Verte Hoy” de César Mauricio Heredia.

Hará falta que el lector, si es su deseo, intente enmarcar los relatos restantes y es muy posible que cada pieza literaria se le desborde por varios extremos de los encuadres de subgéneros. Esto se deberá, anotación se hizo al inicio de este texto, a que el género fantástico es transgresor y, por tanto, viviente, mutante.

Dada su composición, la Antología del Cuento Fantástico Colombiano podría considerarse la sucesora en una cadena de muestras representativas de la literatura fantástica nacional, teniendo como precursor inmediato el libro Contemporáneos del Porvenir, compilado por René Rebetez. Es entonces esta antología reseñada, una pieza

obligada en las bibliotecas de los amantes de la fantasía latinoamericana.

DAVID PÉREZ MARULANDA (1987)

Colombia

Nacido en Roldanillo, Valle del Cauca, pero en su infancia vivió en varios municipios por lo que no podría designarse como roldanillense sino más bien como vallecaucano.

Amante de la Ciencia-Ficción desde muy niño. Estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras. Hasta ahora ha publicado algunas reseñas de libros en la revista digital Cosmocápsula. Ha escrito relatos tanto de Ciencia-Ficción como de otros géneros, todos aún inéditos.

Blog personal

<http://elpollohipnotico.wordpress.com>

Reseña: *Posibles Futuros.* *Cuentos de ciencia- ficción. Autores Varios*

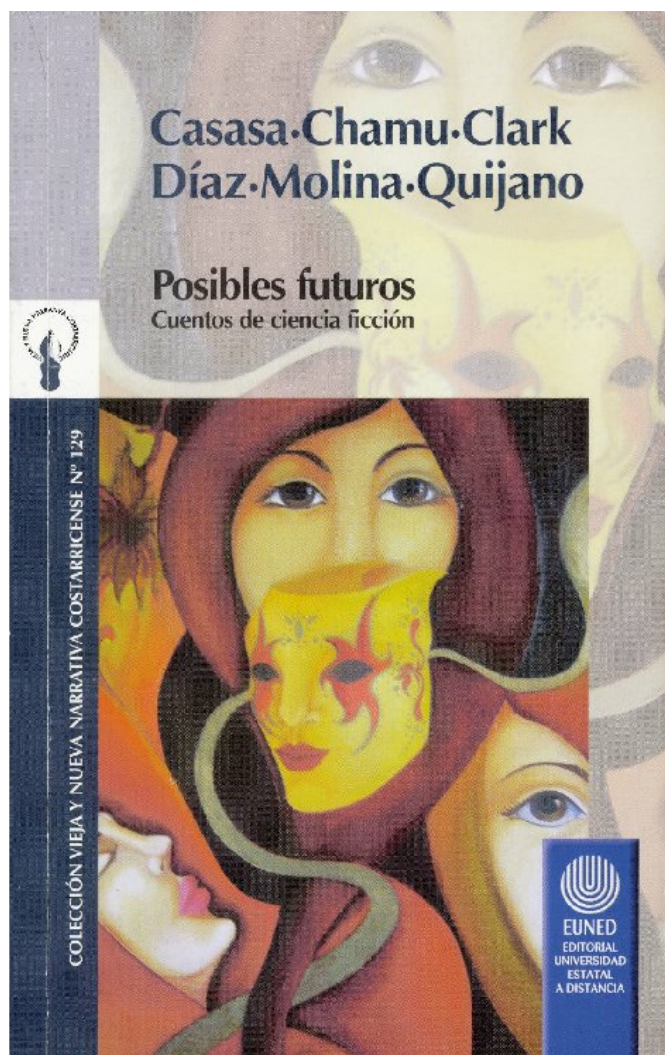
Dixon Acosta

Posibles futuros. Cuentos de ciencia ficción. Autor: Varios: Laura Casasa Núñez, Antonio Chamu, Jessica Clark, David Díaz Arias, Iván Molina Jiménez, Laura Quijano Vincenzi. Editorial Universidad Estatal a Distancia, EUNED. 83 páginas. Primera edición, San José, Costa Rica, 2009.

Auso recibo –como suele decirse en los memorandos oficiales- de un libro, que se constituye en más que un texto, es ante todo una buena noticia. Esta breve reseña es posible, gracias a la gentil remisión de un ejemplar por parte de una de sus autoras, la escritora Laura Casasa Núñez, quien en compañía de Iván Molina, Antonio Chamu, David Díaz, Jessica Clark y Laura Quijano, son responsables de una destacada obra de ciencia-ficción latinoamericana, titulada “Posibles Futuros. Cuentos de ciencia-ficción”.

Esta colección de relatos fue construida en Costa Rica, país que para algunos de sus vecinos pareciera efectivamente una nación de ciencia-ficción, por la visión futura de los gobernantes de ese país que en buen momento decidió no tener ejército para dedicar esfuerzos y recursos a la educación, la ciencia y la tecnología y, como podemos ver aquí, también a la literatura, incluyendo un género que en otras latitudes ha sido de difícil aceptación, la no pocas veces incomprendida y desacreditada ciencia-ficción.

Se trata de un libro escrito a seis manos, tres de las cuales son femeninas, lo que le confiere una



naturaleza especial, una obra dividida entre mujeres y hombres, por igual en cantidad y sin lugar a duda en calidad. Algunos de los relatos tienen una aspiración universal, mientras que los demás poseen un origen netamente local, aunque muchas veces la universalidad se alcanza con aquellos temas de sabor auténticamente local, esa combinación que en otras disciplinas se denomina “glocal”.

Entiendo una reseña como una invitación al lector ocasional para que descubra un buen libro, generalmente no hago reseñas negativas, si un libro no me gusta, simplemente le agradezco a su autor el envío y le comunico mis impresiones, más con ánimo constructivo. La reseña puede resultar muy injusta, al sintetizar un trabajo que puede haber tomado un largo tiempo en plasmarse. Por ello, no entraré a despedazar cual médico forense las líneas

que componen “Posibles futuros”, simplemente diré que si alguien gusta de situaciones posteriores a hecatombes apocalípticas que llevan a dilemas existenciales, personajes deshumanizados que descubren su propia humanidad –en específico su feminidad-, las manipulaciones e intereses cuando se enfrentan la ecología y la economía, a propósito del cambio climático del cual en buena medida somos responsables, viajes temporales y fantásticos en búsqueda de las respuestas de aquellas preguntas que quedaron irresolutas en la infancia; entonces repito apreciado lector, si gusta de lo anteriormente descrito, busque este libro que seguro le gustará.

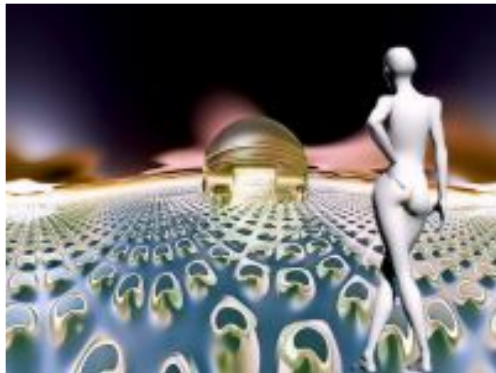
De forma coincidente recibí el texto, mientras escribía un editorial sobre mujeres escritoras dedicadas a la ciencia-ficción, lo que constituye en cierta forma la prueba física de lo bien que puede resultar esta categoría literaria desde la perspectiva femenina, cuando ellas se lo proponen. Pero más allá de las discusiones sobre los géneros, tanto los biológicos sexuales como los literarios, lo que da motivo para la satisfacción es constatar que en este mismo momento, se gesta un movimiento, tan silencioso como creciente, de personas interesadas por la investigación, la divulgación y la creación de la ficción especulativa.

Al final podemos decir que no se trata de cuatro posibles autores, sino de escritores consolidados, quienes a pesar de su juventud demuestran un bagaje consistente basado en conocimientos y en habilidad narrativa para mostrarse como el mejor ejemplo del grato presente de la ciencia-ficción latinoamericana, cuatro autores que hablan de un mañana alternativo, diverso, desde su perspectiva.

Dixon Acosta
Bogotá, mayo de 2010.

DIXON ACOSTA (1967)

Bogotano, felizmente casado con Patricia. Sociólogo (Universidad Nacional de Colombia) y Diplomático de Carrera (Academia Diplomática de San Carlos). Integrante del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC). Finalista en varios concursos internacionales de poesía, cuento y ensayo. Artículos, ensayos, poesías y cuentos publicados en libros colectivos, periódicos y revistas. Colaborador de publicaciones virtuales especializadas en ciencia-ficción.



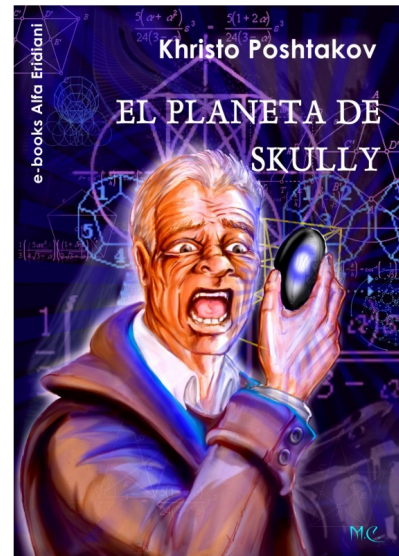
Revista Axxón 208
Junio de 2010

MINATURA



REVISTA DE LO BREVE Y LO FANTÁSTICO
REVISTA DE LO BREVE Y LO FANTÁSTICO
REVISTA DE LO BREVE Y LO FANTÁSTICO
REVISTA DE LO BREVE Y LO FANTÁSTICO
REVISTA DE LO BREVE Y LO FANTÁSTICO

Revista Minatura # 102
Dossier Cyberpunk
Marzo - abril, 2010



El Planeta de Skully y
otros relatos de ciencia
ficción
www.alfaeridiani.com

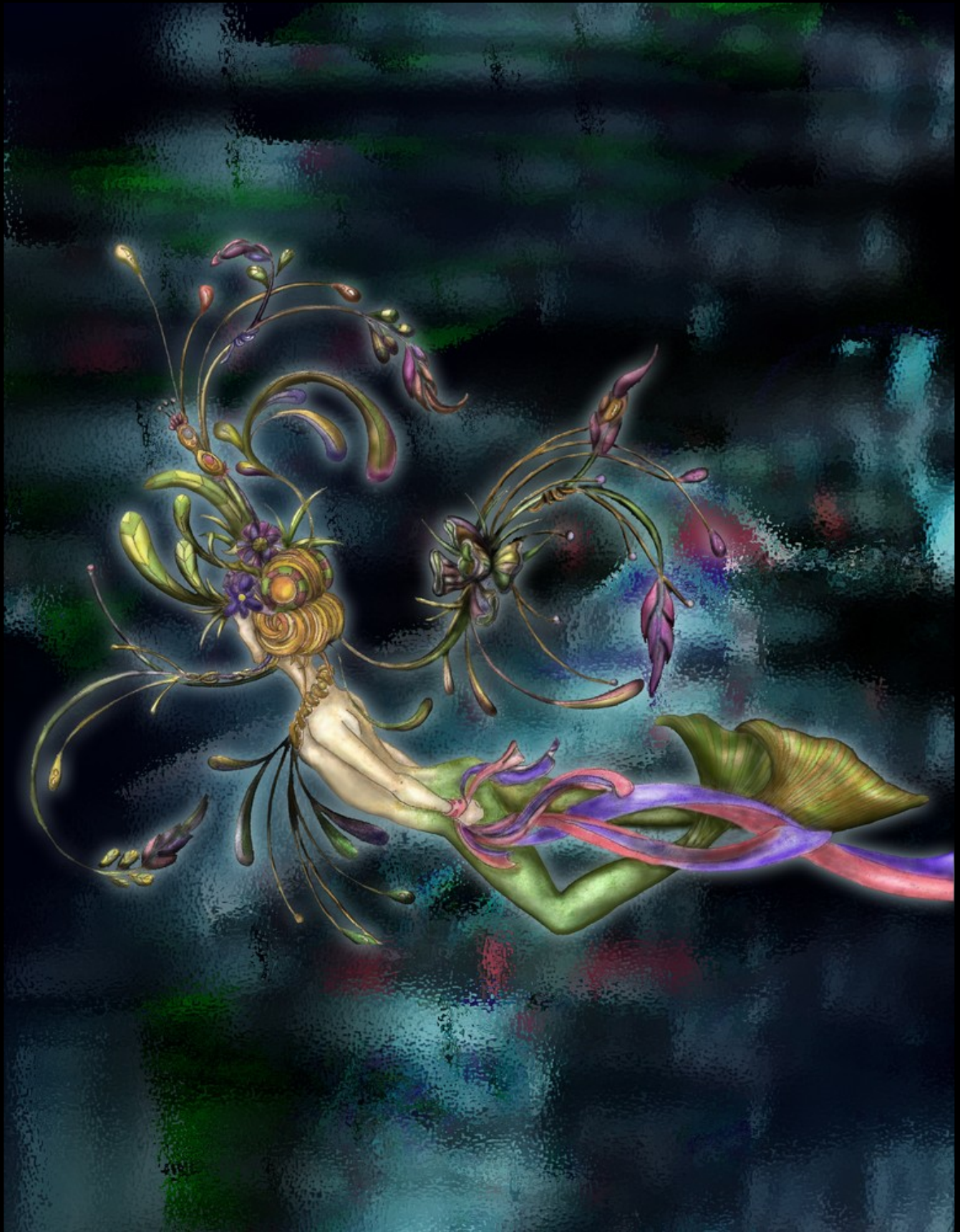


www.portal-cifi.com

Agradecimientos especiales a la Corporación Universitaria del Caribe CECAR por su respaldo.



Corporación Universitaria del Caribe
CECAR



"Sirena" por Lourdes Yadira Martínez Pimentel
<http://simplemente-yad.blogspot.com>